

Antropología



ANIVERSARIO

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 25 ≈ Enero-Febrero 1989



Temalacatl-Cuauhxicalli, encontrado en el edificio del Ex-Arzobispado

La antropología mexicana y el patrimonio cultural *Augusto Urteaga*

□ Primeros bienes culturales y naturales de México inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial de la Unesco *Salvador Díaz-Berrio* □

Encuentro con los tarahumaras *Donaciano Gutiérrez* y *Luis E. Gotes*

□ Los paleoecosistemas acuáticos a través del análisis de sus diatomeas *Ma. Cecilia Martínez L.* □ Acta de la Primera Asamblea

de Filólogos y Lingüistas de México □ *Tlaltecuhтли*, el Señor de la Tierra *Felipe Solís O.* y *Ernesto González L.* □ Hacia una historia

regional *Leticia González* □ Guerra y sociedad en Michoacán durante la ocupación militar franco-belga y el Imperio de

Maximiliano (1863-1867) *Carlos García Mora*. Suplemento en páginas centrales.

Antropología

Boletín Oficial del
Instituto Nacional
de Antropología
e Historia

Publicación bimestral

Indice

ESC. NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HIS.

BIBLIOTECA

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

La antropología mexicana y el patrimonio cultural

Augusto Urteaga

3

Primeros bienes culturales y naturales de México
inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO

Salvador Díaz-Berrio

8

Encuentro con los tarahumaras

Donaciano Gutiérrez y Luis E. Gotes

17

Los paleoecosistemas acuáticos a través del análisis
de sus diatomeas

Ma. Cecilia Martínez L.

21

Acta de la Primera Asamblea de Filólogos
y Lingüistas de México

23

Tlaltecuhlli, el Señor de la Tierra

Felipe Solís O. y Ernesto González L.

26

Hacia una historia regional

Leticia González

31

Guerra y sociedad en Michoacán, durante la ocupación
franco-belga y el Imperio de Maximiliano (1863-1867)

Carlos García Mora

Suplemento en páginas centrales

Roberto García Moll

Director General

Joaquín García Bárcena

Secretario Técnico

Roberto Miranda Cerón

Secretario Administrativo

Jaime Bali Wuest

Coordinador Nacional de Difusión

Antonio Guzmán Vázquez

Director de Publicaciones

Patricia Cazals Kirsch

Edición

FONDO
EDITORIAL
DEL INAH

Colección
Científica

Cuadernos
de Trabajo

Colección
Divulgación

Colección
Regiones
de México

Colección
Biblioteca
del INAH

Colección
Textos Básicos

Colección Leyes
y Reglamentos

Colección
Catálogos

Obras
Varias

Publicaciones
Periódicas

Boletín
Antropología

Museos-Guiones-
Memorias

Proyectos
Especiales

Guías
Oficiales



SEP

Augusto Urteaga**

La antropología mexicana y el patrimonio cultural

El hombre de nuestros días, que parecía estar completamente absorbido por los acontecimientos cotidianos y la inquietud por el futuro, ha demostrado una gran curiosidad por mirar atrás. . . Necesitamos los últimos cinco mil años para poder soportar los próximos cien con cierta tranquilidad.

[C.W. Ceram, *Dioses, tumbas y sabios*, 1949]

Cuando en 1939 Lázaro Cárdenas resolvió emitir la *Ley Orgánica de Instituto Nacional de Antropología e Historia* y en 1940 apoyó la organización del Congreso Indigenista de Pátzcuaro, todo el quehacer en antropología, arqueología, conservación de monumentos prehispánicos e históricos, en museos y en docencia, pasó a manos del Estado, a sus dispersas dependencias y a los profesionales de estos ramos adscritos a diversas entidades universitarias, técnicas, civiles y paraestatales.

Gracias a la adopción de este particular impulso revolucionario, el Estado dio un paso clave en la conformación de la nación moderna por medio de una política que intentaba eslabonar coherentemente el nuevo vínculo social con la propuesta de un ejercicio de poder encaminado a resolver, de veras y a fondo, viejas y nuevas opciones de perfil y creatividad culturales. Para Cárdenas y sus acompañantes de la hora —que en estas materias los hubo, y notables— era el momento de elaborar un mito con retorno que permitiera consolidar la nueva grandeza mexicana: los sitios de Teotihuacan, Tula, Monte Albán, Chichén Itzá, Uxmal, por una parte; y las personalidades de Gamio, Caso, Mendizábal, De la Fuente, etcétera, por otra, se erigieron en la pléyade material e intelectual de una propuesta política de conformación del patrimonio cultural abonada al promisorio Estado nacional, y a una apuesta de creación cultural apoyada en un amplio movimiento intelectual y en las posibilidades —nada desatendibles— de un desarrollo autónomo, sostenido y auspiciado en el crecimiento integral de

los Méxicos con mucha nación por delante y en sus nuevos rostros por mirar que empezaban a reconocerse a sí mismos.

La variable estratégica fue entonces reconstruir a partir de evidencias palpables el *patrimonio vivo* del futuro creíble, reelaborar el verdadero saldo cultural y social de la Revolución: una suerte de transmisión hereditaria que no desvinculara el real y verdadero drama étnico-social del complicado ejercicio técnico de conservar los monumentos materiales y/o monumentales de una totalidad cultural diversa y dispersa, viva, pero oculta por sinnúmero de máscaras e históricamente fragmentada en un mosaico sin fin.

El proceso de construcción de una imagen *unitaria* del vasto territorio cultural de la nación, sin embargo, no dejó de considerar sus inconmensurables diferencias: baste recordar que Don Manuel Gamio solo propuso que el estudio

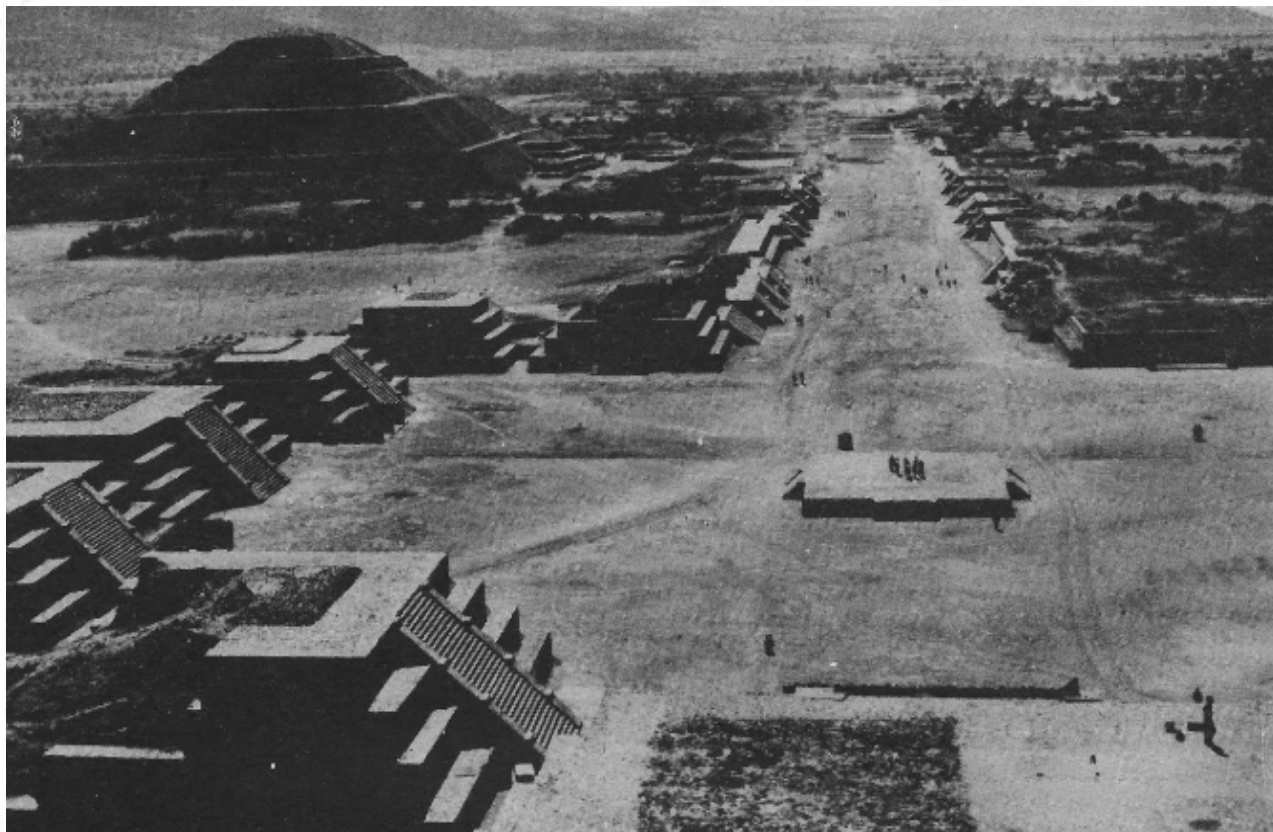
de la población del Valle de Teotihuacan fuera el inicio de un relevamiento mayor que terminaría abarcando a las diez regiones culturales de un país todavía empapado de revoluciones. La suerte de la Dirección de Antropología —verdadero proyecto pionero de las actividades antropológicas en el siglo que nos ha tocado vivir— no corrió con la fortuna que tuvo el modelo político que entonces empezó a despuntar en los vaivenes de la hegemonía del incipiente aparato cultural.

En los todavía oscuros prolegómenos de la conformación del ahora aparato cultural dominante (1910-1938), todo parece indicar que la escuela del difusionismo cultural —y obviamente de uno de sus discípulos dilectos— perdió paso ante la del evolucionismo unilineal que, por muchas más vías ideológicas de las que solemos sospechar, tomó el atajo y la estafeta en esta disputa por la hegemonía política: las configuraciones regionales fueron suprimidas y todo terminó en una propuesta etnográfica sin orden ni concierto (o en la mera actividad de acumulación de datos); lo que se constituyó como hipótesis de trabajo —por ejemplo, el concepto de Mesoamérica— se erigió en arma concluyente. Es decir, el Estado terminó damarcando su propio territorio, convirtiéndolo en escenario de sus propias empresas culturales: el Gran Centro Ceremonial encontraba así en el discurso político (otra finalidad de sus inspiraciones), la contundente explicación que toda supresión re-



* Ponencia presentada en la Mesa "La función del Estado y la participación social frente a la conservación del patrimonio", en el Simposio *Patrimonio y Política Cultural para el Siglo XXI*, 5-9 de octubre de 1987, Museo Nacional de Antropología, INAH, S.P., O.A., México, D.F.

** Investigador del INAH



quiere y colocó a "lo otro" en un linderó marginal del verdadero terreno del juego cultural.

Si hasta entonces la actividad antropológica había adoptado la inspiración boasiana para *elaborar* un modelo-guía de comportamiento de política cultural ante la urgencia de la coyuntura revolucionaria y a su influjo *determinante*, que incluso pasaba por la Calzada de Los Muertos de Teotihuacan en un interesante intento por eslabonar metodológicamente el patrimonio monumental con aquel que hoy denominamos "vivo", la nueva ideología intelectual lo suprimió en aras de un "instrumentalismo" funcional que tocaba más a la puerta y a las urgencias de conformación del Estado moderno. La elaboración del modelo —pese a la protesta académica de muchos— dejó de ser base de un, ya en los hechos, emergente modelo político que para ese momento precisaba resolver un sinnúmero de mal de muchos. Así, el reconocimiento y la defensa documentada de la llamada barbarie en los otros territorios culturales de México, se convirtió en una suerte de diletantismo marginal.

Es aquí donde valdrá la pena investigar ya algunos de los esfuerzos institucionales hasta ese momento realizados por el INAH, el INI, el III, y una serie de organismos promotores del patrimonio cultural.

Después de la vertiginosa conformación de los aparatos de política cultural, con arreglo al modelo de política concertado en la apoteosis de Pátzcuaro, y de proponerse en los hechos la configuración institucionalizada y especializada de sus quehaceres en relación al nuevo ciclo del mito para la formación del patrimonio —incluidos utopías, enfoques, teorías, usos, difusión, etcétera, que sobre el mismo se forjaron al calor de esa época— el modelo pasó a ser a secas la nación: la institucionalización se constituyó entonces en el imperativo-operativo frente a saqueos y excavaciones sin nombre, a la compra masiva de artesanías, archivos y bibliotecas; frente a la expoliación de los monumentos arqueológicos e históricos.

Al unísono, la puesta en marcha del modelo de desarrollo económico (que entre otras cosas puso pronto en valor a Teotihuacan, Tula, Monte Albán, Chichén Itzá y los centros históricos

de la ciudad de México, Taxco, Cuernavaca, Guanajuato, etc.) propició muy pronto la desorganización de los patrones productivos de las regiones indígenas, acicateando en ellas y en las zonas campesinas y urbanas demandas por el aumento de la cobertura de satisfacción de los niveles de bienestar social y cultural.

Son éstos, dichos de una manera general, lo síntomas de un proceso mayor de disociación y separación tendencial entre el aparato de política cultural y la sociedad civil productora de cultura: por ello, y por ejemplo, todavía sería interesante hacer seguimiento del proceso que paulatinamente se fue abriendo para las distintas etnias del estado de Oaxaca con el descubrimiento de las tumbas en el sitio de Monte Albán, y después en todo el Valle Central. Tal vez este verdadero nuevo "descubrimiento" permita acercarnos también al otro proceso: a esa verdadera amalgama entre Estado y sociedades culturales que hoy constituyen los sitios arqueológicos patrimoniales. Por cierto, en esa sincronía de usos variables comerciales (de todas las estrellas posibles en el firmamento turístico imperan-

te); en esa amalgama de aparentes, reales y evidentemente asimétricas utilidades por parte de diversos sectores sociales, podemos encontrar ahora, hoy mismo, en la vigencia de la multiplicidad y multiproductividad en los territorios de agentes productores de cultura *realmente existentes*, la noción exacta acerca de lo que las fórmulas sagradas consignan sobre utilización y no utilización del tangible patrimonio cultural. Allí se encuentra por fin una de sus vigencias posibles en el resbaladizo terreno del futuro, del pasado hoy aparentemente de todos tan temido.

Es en este periodo histórico (1940-1972), cuando se produce el gran "ciclo" de producción del patrimonio y las políticas culturales, el aparato se despliega siguiendo el modelo de Estado-Nación, único e indivisible. En la divergencia, disparidad y otredad de su existencia "originaria", lo cultural-regional se fue conformando frente a este modelo de desarrollo integrador en una especie de pantalla en la que las diferencias empezaron a leerse como rezago, tradición y lastre de una deseada modernidad occidental, y a cubrirse con un discurso que, como todo populismo, fue fundamentalmente proclive al totalitarismo y al progreso salvacionista.

Así, la "normatividad" sobre usos y costumbres y esa otra, la legal a secas, creció más o menos sostenida y equilibradamente con respecto al patrimonio tangible, no así y "principalmente de la población indígena" del país como la propia ley cardenista indicaba. Tenden-



cia que fue, acicateada por la ya conformada, documentada y valorizada imagen de una nación exótica turística que arqueologías y antropologías del momento erigieron como interpretaciones dominantes de toda esa vastedad de objetos, aun cuando las tendencias emanadas de la arquitectura novohispana pudieron extender sus propuestas hasta la problemática de conservación y restauración de los monumentos coloniales ya totalmente vigente durante todo el siglo pasado.

La creación y recreación del patrimonio fue sostenida: el gran ciclo atravesó las colecciones embodegadas, permitió una frenética actividad etnográfica y arqueológica que no sólo cristalizó en los grandes proyectos nacionales de la museística mexicana, sino también en una importante y todavía hoy vigorosa corriente de promoción cultural regional y aun local y comunitaria.

Aunque hegemónica, la política de una cultura nacional pudo de perder, defender, en sus linderos, las tímidas y ambiguas estampas de todo aquello considerado como lo demás desparpado en tecomates, sarapes, rebosos, enredos, cerámicas; utensilios de caza y pesca y recolección; texturas de techos aplanados y enjarrados. Todavía hoy cualquier estudiante de antropología común y corriente debe recordar esa lección de aquella rezadora mazateca y las cercanías de Huautla, grabada y repetida para siempre (esperamos) en un rincón de la Sala dedicada a las etnias oaxaqueñas, en el ya clásico Museo Nacional de Antropología. Pero habría que preguntarles a los responsables (etnógrafos, antropólogos físicos, lingüistas y obviamente arqueólogos) sobre qué tiempos aquellos: sobre el mundo abstracto del progreso por delante y los otros para dejar atrás; sobre las bondades de la apertura de caminos y escuelas, centros de salud y aguas entubadas. La obra del progreso, como los Flecha Roja transmisores de corri-

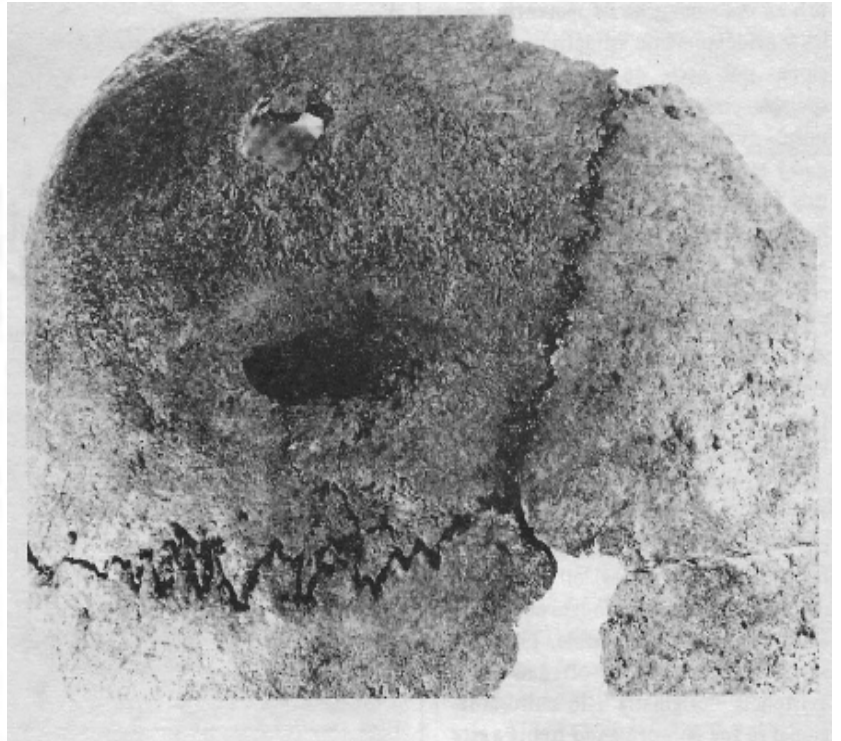


dos, amores y esperanzas, quedó plasmada en las patentes anónimas de hornos, amates, rezos y libros de ánimas que hoy bajan recortados de San Pablito y Pahuatlán. Habría que preguntarles, por qué no, sobre las visiones concéntricas del hongo o sobre la inexorable huella migrante del peyote en los desiertos: ¿cuál es el mundo ahora y qué era, cuando los abuelos repetidamente contaban tantas cosas que hoy hasta investigando terminamos?

Pero en todos estos esfuerzos, algunos de ellos realmente notables y cuyo recuento histórico debiera ya ser materia de investigaciones mucho más precisas, *lo que predomina* es la vocación de satisfacer una demanda de conocimientos culturales —o de reconocimientos simplemente— manifestada por las mil y un formas posibles en que todas las sociedades articulan sus propios procesos de creación material e intelectual. La relación Estado-sociedad civil observada por este lado, tendrá que ser necesariamente revisada por los anales de la arqueología del saber cultural con relación a sus propias imágenes, creaciones y bienes. Hoy por hoy, cada quien, profesional o no, "protege" o rehace o conserva el sitio de su preferencia al disfrutar del derecho de revivir, reutilizar, recordar, etcétera, el pasado *in situ*. Este hecho plantea problemas con el receptor común y corriente de los mensajes estandarizados que sobre el patrimonio se realizan hace ya varias décadas por los aparatos de política cultural, pero también los plantea para el conjunto de los productores emisores de estos mensajes, incluido su éxito innegable. Si no, imagínese lo aburrido del paseo a las Pirámides aquel domingo tan mentado en la cotidianidad familiar o en el videopocket del viajero del Primer Mundo: a fin de cuentas, todos tenemos y/o tememos al arqueólogo que calzamos, aunque sólo sea para solaz de nuestras más bajas pasiones por el lado oscuro de la pirámide.

Lo exótico (imagen ya internalizada por la población y que tiene connotaciones disímbolas para todos) como propuesta implícita del saber cultural surge de la antropología del saber común, también de suyo respetable, y de la simulación del pasado (académicamente manipulada o no) como interrogante ritualizada sobre el destino de todo territorio y patrimonio culturales. Puede ser una profesión o un hobby; incluso, una premisa del saqueo.

En este sentido, se podría afirmar



que a la moderna arqueología mexicana la contemplan ya más de seis décadas y ha estado a punto de dejar sin adjetivos a buena parte del patrimonio material de la nación. Desde la década de los cuarenta (como en general en toda América Latina) prefirió marchar por el camino de *reconstrucción* de las ruinas. Tendencialmente, este procedimiento convirtió cada vez más a las zonas arqueológicas de escuelas para el mexicano común y corriente, en curiosidades para el extranjero: piezas de diferentes orígenes y épocas fueron y son aparatadamente reunidas para conformar agregados sin mayor significado histórico y sí mucho de falsificación. Incluso, el predominio de la pieza artística ha permitido concepciones museísticas en donde el real y verdadero arte prehispánico deslumbra —casi ritualmente— a los miembros de las instituciones avocadas al diseño de políticas culturales sobre el patrimonio.

Con la *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas*, emitida en mayo de 1972, México en efecto actualizó sus definiciones de orden jurídico para la protección de los bienes culturales e influyó radicalmente en el marco internacional respectivo. Con esta Ley, dichos bienes fueron considerados materia de interés público y el Estado asumió responsabilidad respecto a los testimonios mate-

riales de las sociedades que en el ayer histórico construyeron un presente que todavía no termina de asimilarse cabalmente. No sólo porque las instituciones de política cultural no han logrado levantar un inventario aproximado de las manifestaciones de cultura en un tan vasto y diversificado territorio, sino en la original y aún inquietante tarea que nos asignaron los fundadores del conocimiento sobre el patrimonio cultural, histórico y antropológico: el puente entre los tiempos, el nexo entre pasado y presente. Y aquella relectura que toda la etnología ha propuesto desde su nacimiento sobre vigencias y autoridades del pasado, en materia del presente y el futuro.

Por ejemplo, en el área de los monumentos históricos se estima que existen entre 50 y 60 mil inmuebles que podrían ser considerados como objetos de trabajos de conservación, y en este rubro sólo existen 20 declaratorias de zonas de monumentos históricos. Además, y como bien se sabe, las "normas" legales no han sido para nada el único derrotero de las actividades de conservación monumental (tanto arqueológica como histórica) y sí con mucho el conjunto de avatares que la historia fue dictando en coyunturas políticas con mayor peso y aplicabilidad e, incluso, resolviendo en ellas aunque fuera con *tandanza razones propiamente téc-*

nicas que dividieron tanto como hoy a los especialistas en conservación y restauración de los bienes culturales.

Esta situación se hace hoy en día mucho más urgente desde el punto de vista de que los monumentos prehispánicos como los objetos asociados a ellos, requieren de otros recursos técnicos adaptados a las urgencias del desarrollo económico, la destrucción del paisaje y de los complejos sistemas ecológicos. Ante estos nuevos retos, los conocimientos científicos y las técnicas de conservación han mostrado también que algunas de ellas (a veces consideradas como panaceas) resultan, a la postre, inadecuadas para una política de conservación y se impone la adopción de normas que, tomando en cuenta estos nuevos factores, posibiliten la preservación y transformación del patrimonio cultural con atención a soluciones nuevas e imaginativas.

Pero el problema de la preservación del patrimonio ha sido y es histórico: lo demuestran las disciplinas antropológicas, la arqueología y sus ya sólidas tradiciones de desarrollo —que por cierto no han hecho sino acercarse a la reconstrucción de los modelos de preservación emergentes de situaciones de diversidad social fundamentalmente hoy vigentes. Este hecho implica la necesidad de una búsqueda siempre renovada en sus modos, estilos y técnicas: desde Viollet-Le-Duc hasta la ventanilla de atención al público de la Dirección de Monumentos Históricos del INAH, pueden atravesarse pragmáticamente toda la gama de enfoques en restauración y conservación del patrimonio mueble e inmueble. En este sentido, es cada vez más urgente considerar las técnicas de restauración y conservación en función de los contextos socioculturales que produjeron los ahora llamados “restos” del patrimonio —y que les permitieron ser espacios y zonas con funcionalidades específicas, adaptables según los niveles de participación social también específicos de distintos momentos históricos—, así como las utilizaciones y/o valoraciones públicas que su mera existencia cultural provoca y seguirá provocando en las próximas generaciones. Por ello, no estaría mal considerar seriamente la posibilidad —académica y técnica— de asignarle a dichos monumentos y bienes utilizaciones dictadas por los tiempos modernos, (como por ejemplo, la de vivienda popular en los Centros y Zonas Históricas) bajo la sanción de comunidades cada vez más proclives



—gracias precisamente a la aceptación de la multiplicidad de mensajes culturales que hoy reciben— a la apropiación, transmisión y reproducción del vasto y colectivo conocimiento cultural contenido en ellas.

Esta última podría ser la interacción “clave” para algo que aquí no se ha mencionado pero que resulta fundamental para interpretar y asumir un enfoque nacionalista como el que impera en México con respecto al patrimonio. El hecho de ser éste un bien público y de interés social nos propone ya, que todo acercamiento debe colocar en su debido lugar consideraciones meramente artísticas o academicistas sin más y buscar una reconstrucción de los conceptos y prácticas sobre el patrimonio que procien una nueva y creativa relación entre Estado y sociedad civil en el tan complicado, pero atractivo, terreno de su propia diversidad cultural.

Antropologías e historias aparte, el del patrimonio cultural es el único recuerdo documentado del porvenir que aún guardamos y aguardamos como nostálgico y monumental tópico de una nación que se hizo para no quedarse casi ni siquiera en los libros de texto gratuito. Ni modo, hacer antropología

e historia constituyó un modelo forjado en el nacionalismo radical de hace poco más de cuatro décadas: indios, artesanías y pirámides fueron homogeneizados por un perfil curricular y un discurso profesional históricamente necesarios, pero tal vez hoy en día ya desactualizado y prácticamente sin posibilidades de reinsertarse en la memoria colectiva —incluidas sus variables académicas y gremiales. Resulta que ahora el Estado no tiene plena claridad sobre el monto y destino de su patrimonio y sus propios recursos humanos al respecto; las localizaciones del mismo y su mantenimiento; de sus propias normatividades y capacidades instaladas; de sus propias historias por contar en relación a la sociedad que cada vez más produce por otros cauces la verdadera y real creación cultural del México de fin de siglo.

Vastedad del objeto, limitación de medios: eso está claro. El problema salta a la vista cuando la situación imperante puede desembocar en un año 2 001 a la vuelta de la esquina y sorprender al patrimonio con nuestras viejas fórmulas, imágenes, pedagogías y maneras de administrarlo. ¿Habrá matrimonio posible para el patrimonio?

Primeros bienes culturales y naturales de México inscritos en el Lista del Patrimonio Mundial de la Unesco



Ciudad de México, Centro

El día 10 de diciembre de 1987, durante su XI Reunión, el Comité del Patrimonio Mundial de la UNESCO acordó inscribir en la Lista del Patrimonio Mundial, seis bienes culturales y naturales propuestos por México en diciembre de 1986, y que son:

1. Ciudad Prehispánica de Teotihuacan, México.
2. Ciudad Prehispánica de Parque Nacional de Palenque, Chiapas.
3. Zonas de Monumentos Históricos de la Ciudad de México y de Xochimilco, D.F.
4. Zona de Monumentos Históricos de la Ciudad de Oaxaca y Zona Arqueológica de Monte Albán, Oaxaca.

5. Zona de Monumentos de Puebla, Puebla.
6. Reserva de la Biósfera de Sian Ka'An, Quintana Roo.

Antes de hacer un breve resumen de diversas características de estos bienes, ampliamente conocidos en sus aspectos generales y sobresalientes, será útil ubicar este reconocimiento internacional en un marco histórico y geográfico general, así como ampliar la información sobre el proceso de un trabajo en el que participó activamente el INAH.

ANTECEDENTES

La Lista de los Bienes Culturales y Naturales del Patrimonio Mundial (también llamado "Universal" o "de la Humanidad") se va estableciendo progresivamente, con base en la Convención de

la UNESCO de 1972, sobre el "Patrimonio Mundial, Cultural y Natural", última de las tres convenciones establecidas hasta ahora por esta organización internacional.

El interés de esta Convención reside en haber asociado, en un solo instrumento internacional, la protección de los bienes naturales y culturales, en momentos en los que se estaban generando paralelamente, por organismos del sistema de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), dos instrumentos parecidos, atendiendo separadamente a ambos patrimonios.

Aunque México participó activamente en 1972 para establecer tanto esta Convención como las dos anteriores, hubo que esperar hasta el 22 de diciembre de 1983 para que la Cámara de Senadores aprobara el texto de la Convención y el Decreto correspondiente, expedido por el Ejecutivo y publicado en el *Diario Oficial* del 23 de enero de 1984, una semana antes de realizarse en el Museo Nacional de Antropología, y justamente en el "Auditorio Jaime Torres Bodet" —quien fuera Director General de la UNESCO de 1948 a 1952—, la "Segunda reunión para definir una política nacional de conservación de monumentos".

Ese mismo año, la Secretaría Técnica del INAH, en acuerdo con las direcciones de Monumentos Prehispánicos e Históricos, propuso una primera lista tentativa de los bienes que México presentaría en un plazo de cinco a diez años, según los procedimientos definidos por el Comité del Patrimonio Mundial.

En agosto, en acuerdo con el Comité Directivo del ICOMOS mexicano, quedó establecida la lista tentativa inicial que comprendía 22 bienes y fue entregada a la Comisión Nacional de los Estados Unidos Mexicanos para la UNESCO. A partir de esa fecha, esta Comisión, presidida por el titular de la SEP, como organización encargada de las relaciones de los organismos nacionales con la UNESCO, inició una activa labor para lograr la elaboración, la formulación detallada y la presentación ante la UNESCO de toda la documentación necesaria y especialmente la de cada uno de los expedientes de bienes culturales y naturales que se considerara oportuno ir presentando.

Tratándose de una Comisión Nacional, se buscó la participación más amplia posible, convocando no sólo a los institutos de la SEP, competentes en materia de patrimonio cultural (INAH e INBA), sino a las direcciones de SE-



Palacio del Rey, Monte Albán, Oaxaca

DUE encargadas del patrimonio natural y del desarrollo urbano, y a organismos dedicados al estudio de bienes naturales como el CONACYT, y culturales como el ICOMOS.

Cabe señalar que el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS) y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y sus Recursos (UICN), juegan el papel de asesores de la UNESCO con el objeto de analizar y dictaminar sobre los bienes cuya inscripción se propone a este organismo, para su inclusión en la Lista del Patrimonio Mundial. En México no se cuenta con una delegación nacional del UICN, pero el Comité Nacional del ICOMOS fue establecido desde hace más de veinte años y su participación en esta labor es de particular importancia, ya que refleja los criterios de evaluación de este organismo no gubernamental de carácter internacional.

EL PROCESO DE TRABAJO

La primera Lista se amplió de 17 a 22 bienes en una primera fase y quedó fi-

nalmente definida con un total de 27 bienes culturales y naturales. Para establecer dicha Lista, además de los criterios señalados en el texto de la propia Convención de 1972, prevalecieron las siguientes consideraciones:

- 1) Mantener un equilibrio entre elementos del patrimonio cultural y bienes arqueológicos, históricos y artísticos, en el conjunto del patrimonio cultural.
- 2) Mantener en lo posible un equilibrio geográfico de los diversos bienes, tratando de abarcar el mayor número posible de entidades de la federación, y evitar un número excesivo de proposiciones en un sólo estado.
- 3) Reflejar la diversidad del patrimonio cultural y natural del país, considerando desde elementos paleontológicos y prehistóricos hasta expresiones excepcionales del siglo actual, como es el caso del llamado "muralismo mexicano", así como sitios naturales, desde los desiertos del norte del país hasta las selvas tropicales

del sureste y elementos raros de la fauna y la flora.

- 4) Proponer en lo posible conjuntos arqueológicos, arquitectónicos y urbanos, es decir "zonas de monumentos" según lo establece la *Ley Federal* de 1972, más que edificios o elementos aislados.
- 5) Dar preferencia, en el orden de presentación de los bienes, a aquellos que ya cuentan con instrumentos o mecanismos legales de protección, infraestructura de apoyo y planes de gestión ya en operación, establecidos, o en proceso de realización.

Tanto la lista inicial como la definitiva con 27 bienes, fueron acogidas favorablemente en la UNESCO a finales de 1985. En esa misma época se planteó la duda, después de los sismos de septiembre, y se preparó la documentación necesaria para solicitar la inscripción de la Ciudad de México —bien ya previsto en la Lista Indicativa— en la "Lista del Patrimonio Mundial en peligro". Ante la reducida magnitud de los daños sufridos por el patrimonio

natural de la ciudad y la definición de políticas de rehabilitación y renovación que no afectarían este patrimonio, se optó, en el transcurso de 1986, por presentar este caso de acuerdo con el procedimiento normal, pero lo antes posible.

Los trabajos de emergencia requeridos después de los sismos impidieron concluir, en el último trimestre de 1985, la elaboración de algunos expedientes ya iniciados (Monte Albán y Oaxaca, por ejemplo) para presentarse en diciembre de ese año.

Se optó por posponer la presentación de los primeros casos en 1985 y preparar con cuidado el mayor número de expedientes posibles en 1986. To-

mando en cuenta que, por haber transcurrido 14 años desde que se estableció la Convención de 1972, México se encontraba en una situación de relativo retraso que era conveniente recuperar.

En 1978 se inscribieron los primeros ocho bienes, correspondientes a siete países en la Lista del Patrimonio Mundial; ocho años después, la Lista contaba ya con 186 bienes pertenecientes a 49 países, sin figurar ningún bien de México y algunos países contaban ya con ocho, trece y hasta quince inscripciones.

Por este motivo, y aun tratándose de la primera ocasión y experiencia de México en este ámbito, en lugar de pre-

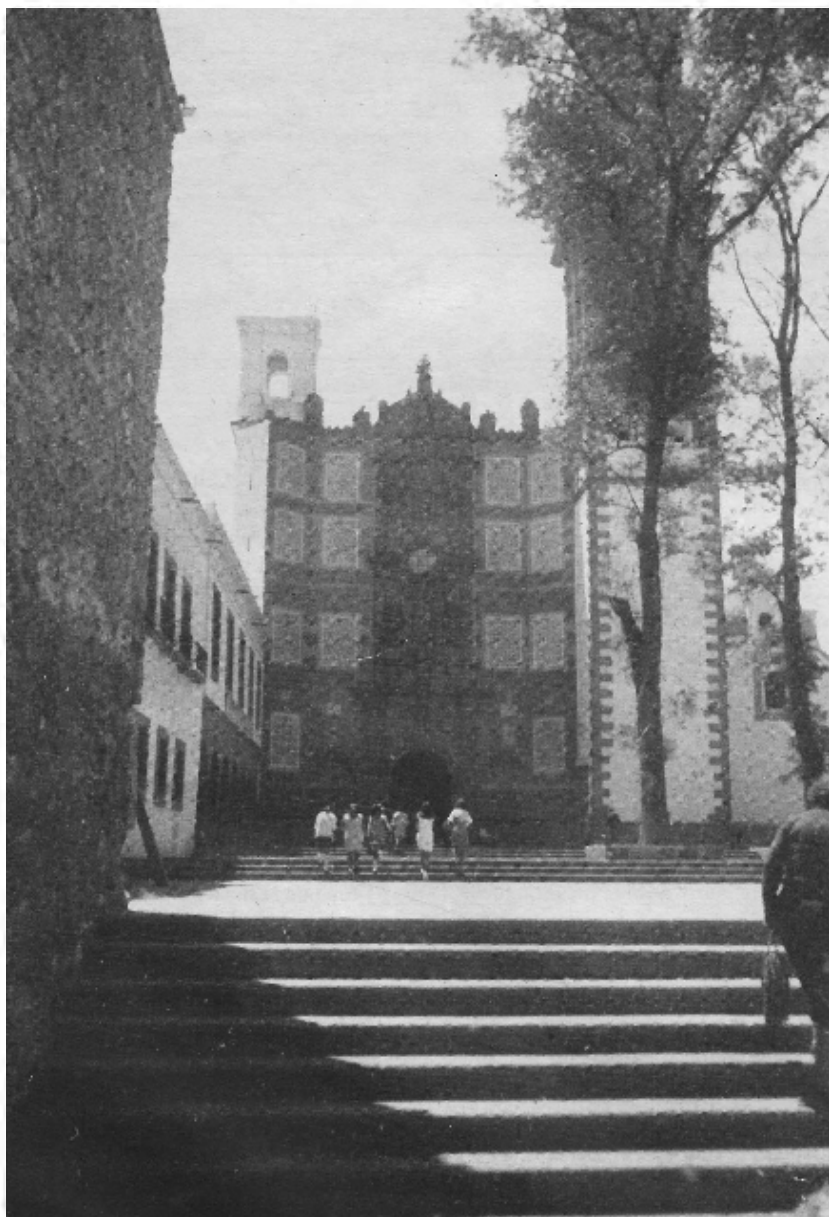
sentar modestamente uno o dos bienes se optó, siempre en el seno de la CONALMEX, por lograr la inscripción de ese "mayor número posible" de bienes en un solo año y que se calculó entre cinco y siete, para presentar en años sucesivos un número más reducido en cada ocasión, pero en forma sistemática y siguiendo un plan de acción a largo plazo, para situarse entre los países con mayor número de inscripciones a mediano plazo, en concordancia con el rico patrimonio cultural y natural de México.

Para lograr lo anterior se desarrolló una intensa labor tanto en la sede de la UNESCO, obteniendo México una de las tres vicepresidencias del Comité del Patrimonio Mundial, como en la CONALMEX que formó un amplio Comité Técnico, integrado por representantes de los organismos ya mencionados y presidido frecuentemente por el Subsecretario de Cultura de la SEP, o el Director General de Asuntos Internacionales y Secretario de la CONALMEX. Este Comité estableció los lineamientos generales de acción y delegó la integración de los expedientes en un grupo reducido, integrado por representantes del ICOMOS, el DDF y el INAH, coordinado por este último, con apoyo de la CONALMEX.

La labor más intensa de este grupo se realizó durante once sesiones, del 10 de octubre al 10 de noviembre de 1986, que estuvieron abiertas a la participación de otros especialistas y representantes de SEDUE, DDF, UNAM, ICOMOS y de los gobiernos de los estados, de Puebla y Oaxaca particularmente.

Se inició el trabajo considerando diez bienes, con el fin de integrar los expedientes de los cinco, seis o siete que se pudieran documentar mejor. Se decidió integrar siete casos, que se prepararon en su versión definitiva en inglés o francés y por triplicado, de acuerdo con los requerimientos del Comité del Patrimonio Mundial. El expediente de cada bien propuesto contaba en promedio con unas 15 páginas de texto y 30 ilustraciones, (un total de 315 páginas y 630 ilustraciones en original) además de un número considerable de anexos y documentación complementaria, gráfica y escrita.

De enero a mayo de 1987 se dio respuesta a varias preguntas específicas y se envió información adicional solicitada por la UNESCO en relación con los bienes presentados; cartografía y fotos aéreas (en los casos de Pátzcuaro,



Monte Albán y Teotihuacan), planes de desarrollo urbano (Teotihuacan, Puebla y Xochimilco), detalles sobre nuevos reglamentos de construcción y obras en proceso, en el caso del centro de la Ciudad de México, así como documentación gráfica adicional sobre los edificios de Palenque y la situación de la flora y la fauna en ese mismo Parque Nacional.

En la reunión de la Mesa Directiva del Comité del Patrimonio Mundial, realizada en junio de 1987 en París, se obtuvo la aceptación preliminar de seis de los expedientes presentados, mismos que fueron formalmente inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial en la Reunión del Comité, seis meses después, de acuerdo con sus procedimientos.

Conviene precisar que, durante el proceso de estudio, discusión y evaluación de los expedientes de México, fue necesario realizar varios ajustes y modificaciones:

- 1) La cercanía de la relación visual entre los asentamientos de Oaxaca y Monte Albán permitió que ambos elementos quedaran inscritos como un solo bien cultural, tal como se había propuesto; sin embargo, la distancia entre estos asentamientos y el importante sitio de Cuicuilan no permitió incluir a este tercer elemento en un solo conjunto, según se había previsto inicialmente.
- 2) El mismo propósito de considerar conjuntamente asentamientos históricos y prehispánicos vecinos, aceptado en los casos de México-Xochimilco y Oaxaca-Monte Albán, encontró varios obstáculos en el caso del binomio Puebla-Cholula:
 - a) La distancia relativamente mayor entre estos asentamientos.
 - b) El desarrollo de áreas industriales entre ellos, sin una clara definición de políticas y planes de gestión específicos, para regular el desarrollo urbano en el espacio entre las dos poblaciones.
 - c) El hecho de no contar con un instrumento legal, como la declaratoria de "Zona de Monumentos" históricos o arqueológicos para Cholula, mientras Puebla cuenta con esta declaratoria desde 1977. Estos argumentos motivaron que la delegación mexicana optara por proponer la inscripción inmediata de Puebla y quedara diferida de la de Cholula, hasta eliminar los factores que obstaculizaban su aceptación.



Teotihuacan

- 3) A pesar de la reticencia de la Comisión del Patrimonio Mundial para inscribir zonas urbanas extensas, se logró la inscripción conjunta de las de monumentos históricos de Xochimilco y el centro de la ciudad de México, admitiendo que, para los términos del Patrimonio Mundial, se considerara el perímetro "A" de esta zona central, conscientes de la menor densidad de edificios históricos de valor experimental en ciertas áreas del perímetro "B".
- 4) En el caso de Ka'an, los dos organismos internacionales asesores de la UNESCO (UICN e ICOMOS) señalaron, en junio de 1987, la conveniencia de asociar a Tulum en la inscripción de Sian Ka'an, en forma semejante a los casos de Oaxaca-Monte Albán y México-Xochimilco, por ejemplo. Como sucede en el caso de Palenque, también Tulum cuenta con un decreto, del 23 de abril de 1981, que establece un parque nacional en torno a esta singular zona arqueológica. Será muy simple, en un futuro cercano llevar a cabo la extensión de esta inscripción, asociando Tulum a Sian Ka'an en los términos de la Convención y la Comisión del Patrimonio Mundial, sin necesidad de hacer dos inscripciones por separado, e independientemente de las competencias y concurrencias de organismos, áreas administrativas y sistemas de gestión, diferentes a ni-

vel nacional, que intervienen en ambas zonas.

- 5) El caso denominado "Región Cultural de la Cuenca del Lago de Pátzcuaro", se enfrentó también a una variedad de problemas. En primer lugar, quedó incluido dentro de una doble problemática de carácter internacional, difícil de resolver por no haber establecido aún, este Comité de la UNESCO, criterios precisos para evaluar cierto tipo de bienes. Por una parte, Pátzcuaro podía asociarse a la categoría de la "poblaciones rurales de valor excepcional" (como el caso de Holloko en Hungría, por ejemplo), y por otra parte, se asociaba también a la categoría de los "asentamientos en cuencas lacustres" de más importancia por sus valores paisajísticos que ecológicos (como el Lake District en el Reino Unido). Ante las dudas manifestadas durante los debates en torno a ello, en junio de 1987 se optó por diferir estas inscripciones. En segundo lugar y en el marco nacional, a pesar de la documentación ya elaborada, no se contaba aún con declaratorias de "Zonas de Monumentos" para la población de Pátzcuaro o los sitios de Tzintzuntzan e Ihuatzio. Finalmente, la originalidad misma de este caso, congruente con los principios de la Convención de 1972, entró en contradicción con los requerimientos de ajustarse a criterios y parámetros de evalua-

ción, tanto a nivel nacional como internacional.

A nuestro juicio, esos "casos-límite" permitieron avanzar sustancialmente en el trabajo y los criterios del Comité de junio a diciembre. Por una parte, quedó claro que tales casos debían considerarse principalmente como bienes culturales más que como naturales, opinión que coincidía con la proposición de México. Por otra parte, aunque México mantuvo su decisión de diferir la presentación de Pátzcuaro, en espera de una mejor definición de los criterios de evaluación y de contar con los instrumentos legales necesarios, se logró inscribir la población rural de Holloko, superando las reticencias de algunos países. Además el ICOMOS, organismo asesor del Comité, se manifestó ya favorable a la inscripción del Lake District, aunque el Comité mantuvo su decisión de diferirla.

Lo anterior, y el intercambio de opiniones durante los debates de diciembre, muestran ahora las posibilidades de inscribir a corto plazo

ambos casos (Lake District y Pátzcuaro), al disponer de la protección legal adecuada y al superar, tanto a nivel nacional como internacional, ciertos parámetros generales de evaluación, difíciles de aplicar en casos complejos y especiales como los mencionados.

En síntesis, 14 años después de establecerse la Convención de 1972, México aparece en décimo segundo lugar, entre los 63 países que cuentan con bienes inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial, y en un sólo año se sitúa en el primer lugar, con Brasil y Perú, de los países de América Latina.

Cabe señalar que, en 1987, sólo se aceptaron dos tercios—41— del total —63— de los bienes propuestos, es decir, 66% de aceptación, mientras que los casos de México obtuvieron un 86% de aceptación.

Por último en este año, además de los sitios mexicanos, se incluyeron en la Lista del Patrimonio Mundial sitios importantes y famosos, como la Gran Muralla, el Monte Taishan y el Palacio Imperial de Pekín, en China; la Zona de Delfos y la Acrópolis de Atenas, en

Grecia; Venecia y Pisa, en Italia; el Conjunto de Westminster y el Muro de Adriano, en Inglaterra, y el conjunto de la Catedral, el Alcázar y el Archivo de Indias de Sevilla, en España.

CARACTERISTICAS DE LOS BIENES INSCRITOS EN LA LISTA

Para concluir esta exposición, transcribiremos algunos párrafos que se redactaron como "justificación para su inscripción en la Lista del Patrimonio Mundial", con el fin de cumplir con uno de los numerosos puntos requeridos, para elaborar los expedientes de cada uno de los bienes citados y que sintetizan sus características más sobresalientes.

TEOTIHUACAN

Las excavaciones han permitido descubrir una gran variedad de estructuras arquitectónicas, pinturas murales y numerosas piezas escultóricas, decorativas



Xochimilco

y objetos, que enriquecen con sus acentos únicos, un mundo que —el primero en el Altiplano de México—, supo imprimir al universo de su época una dimensión nueva.

La más antigua y una de las más importantes y verdaderas ciudades del México antiguo, Teotihuacan, fue creadora de una civilización particularmente fecunda, hasta llegar a ser en la época de su esplendor —y aún más tarde— uno de los polos culturales más poderosos de Mesoamérica.

La presencia de su influencia se encuentra, de hecho, en los confines de esta gran región y alcanzó incluso zonas aún más alejadas.

Parece evidente que no sólo en el contexto de Mesoamérica sino en el conjunto del continente americano, Teotihuacan posee un valor excepcional universal, tanto desde el punto de vista urbanístico como monumental en general.

Pionera en el conjunto del continente americano, en materia de revolución urbana, la ciudad de Teotihuacan con su extraordinaria complejidad física, lo fue también en el campo de las estructuras sociales, políticas y económicas.

La estructura de la urbanización regular, articulada por ejes ortogonales relacionados con las elevaciones geográficas circundantes, sirvió de modelo durante siglos para numerosas ciudades prehispánicas.

En el nivel de las artes del pensamiento, ciertas páginas, de las más importantes de la historia del México Antiguo, fueron escritas en este sitio. Aún después de haber sido abandonada, Teotihuacan conservó su presencia en el pensamiento de los pueblos prehispánicos, y permaneció asociada a los principales mitos de diversas culturas sucesivas.

PALENQUE

Uno de los principales centros ceremoniales del periodo clásico maya, Palenque, alcanza su esplendor entre los años 650 y 750 de nuestra era; los estilos arquitectónicos que ahí se desarrollaron son de excepcional interés, especialmente por sus sistemas constructivos, el uso de estuco como material escultórico en grandes piezas y la presencia de tableros de grandes dimensiones, con numerosas figuras de personajes y de inscripciones jeroglíficas.

Entre sus principales edificios, palacios y templos, el de las Inscripciones, con su cripta funeraria única y sus va-



Palenque

liosos tesoros, especialmente cabezas y máscaras de jade, es una obra maestra del espíritu creador del hombre.

La ejecución de obras hidráulicas para liberar al centro ceremonial de la violencia de las aguas del Otolum, y la integración de las construcciones con la topografía, para enfatizar la disposición de las estructuras arquitectónicas, en concordia con el medio selvático, materializan el alto grado de organización y desarrollo, alcanzado por la cultura que formó esta extensa ciudad.

Las selvas tropicales sólo cubren un 7% de la superficie terrestre, y se destruyen a un ritmo anual del 2%; de seguir así, para el año 2035 no quedaría nada de ellas. Por este motivo presenta gran importancia hoy en día la protección como parque nacional de este medio natural.

MÉXICO-XOCHIMILCO

Los asentamientos de México y de Xochimilco, edificados a partir de islotes ganados a un extenso lago, encerrado en un valle a 2 200 metros de altura, son pruebas elocuentes del espíritu creador y de los esfuerzos del hombre, para formar un hábitat en un medio geográfico poco favorable.

La antigua México-Tenochtitlan, capital del Imperio azteca durante dos siglos, y después de la Nueva España, del siglo XVI al XVIII, así como del país independiente desde el siglo pasa-

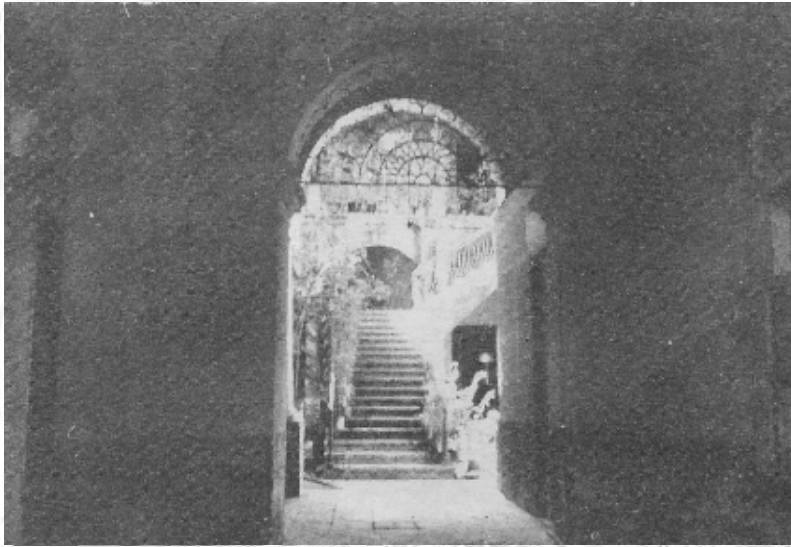
do, conserva testimonios excepcionales, desde la época prehispánica. Contiene un gran número de edificaciones, civiles y religiosas, con características particulares, que abarcan desde el gótico hasta el *art nouveau*, entre las cuales destacan ejemplos barrocos y neoclásicos de gran importancia.

Además de su catedral, que es la más importante del continente, y de un gran número de templos, conventos, claustros, capillas, colegios, hospitales, palacios y alojamientos de gran valor, la ciudad posee un amplio conjunto de plazas y jardines, de formas y ambientes variados, que caracterizan a su traza urbana.

Este asentamiento materializa la fusión de la implantación de la época colonial, sobre la estructura de calzadas y canales de la época prehispánica, que se conserva en ciertos sectores y particularmente, en el caso de Xochimilco.

Algunos barrios y pueblos antiguos, frecuentemente incorporados a la ciudad en su extensión, representan establecimientos y medios tradicionales de características excepcionales, como en el caso de Xochimilco, aún separada de la aglomeración actual por una extensa zona de chinampas de origen prehispánico.

Numerosos edificios conservan retablos barrocos de grandes dimensiones y de extraordinaria calidad, así como los primeros y más valiosos ejemplos de la pintura mural que, a partir de 1920, ejerció su influencia en la producción artística de numerosos países.



Oaxaca

OAXACA-MONTE ALBÁN

El valle central de Oaxaca, situado en un extenso macizo montañoso está compuesto por tres ricos valles agrícolas. En la confluencia de estos valles y en la cima de una colina acondicionada artificialmente, se materializó uno de los conjuntos de construcciones más extraordinarios de la antigüedad americana: Monte Albán.

Su importancia reside no sólo en las cualidades estéticas excepcionales de la arquitectura, las estelas y relieves esculpidos, la cerámica, las pinturas murales y los tesoros de sus tumbas, sino en su función de centro cultural en la extensa región de los valles de Oaxaca; el conocimiento y el estudio de Monte Albán han permitido establecer el desarrollo de los asentamientos humanos en esta región durante 20 siglos.

Además de las raras cualidades artísticas de numerosos elementos, muchos objetos encontrados en este sitio pueden considerarse como únicos en su género y forman, al mismo tiempo, un conjunto de una variedad de materiales sumamente peculiar.

El interés de los primeros españoles hacia Oaxaca, se manifiesta desde que el propio Cortés se convierte en Marqués del Valle de Oaxaca y determina el trazo de la ciudad actual, segunda en el territorio de la Nueva España después de la capital, al pie de la colina de Monte Albán.

El asentamiento de Oaxaca, cerca de los cauces del Rfo Atoyac y el Jala-

tlaco, es el primero con traza de manzanas cuadradas en el país, aprovechando una ligera pendiente, al sureste de la colina del Fortín, para protegerse de los vientos; e inclinado algunos grados los ejes de la traza, en relación con las direcciones norte-sur y este-oeste, para compensar así la iluminación y la incidencia solar.

Desde el siglo XVI, se realizaron trabajos para controlar el curso del Atoyac y evitar inundaciones en la parte baja de la ciudad. Por otra parte, la incidencia de los movimientos sísmicos en la región, obligó, desde los primeros años de su fundación y durante los siglos siguientes, a realizar numerosas adaptaciones y recomposiciones de las estructuras, para constituir ejemplos significativos tanto de los diversos estilos arquitectónicos como de los procedimientos constructivos, en este medio tan vulnerable ante la acción de los agentes naturales.

Oaxaca conserva uno de los más ricos conjuntos de arquitectura civil y religiosa del continente, con 29 templos construidos a partir del siglo XVI, y reconstruidos a veces en dos o tres ocasiones, como consecuencia de los sismos, que cada vez causaron menos daños, gracias al desarrollo de los procedimientos constructivos tradicionales. Un buen número de estos edificios representan realizaciones artísticas excepcionales y ejercen una influencia importante en el siglo XVIII, más allá de los límites de sus valles. A partir del siglo XIX la ciudad se llamará Oaxaca

de Juárez, por estar el nombre y la vida de este personaje histórico, íntimamente ligados a su región natal.

PUEBLA

Puebla es un ejemplo vivo que ilustra el conjunto de los estilos artísticos y arquitectónicos, desde el siglo XVI hasta el siglo XIX. Se trata de un caso único por la densidad de construcciones civiles y religiosas históricas, y las características de su perfil urbano, volumetría, riqueza estética y sus colores.

El valor excepcional de nuevas manifestaciones estéticas producto de la fusión europea y americana alcanza, en la época barroca, manifestaciones locales propias y únicas, en las construcciones civiles y religiosas.

El emplazamiento y la estructura de Puebla son muy importantes por su influencia en el desarrollo del urbanismo del Renacimiento, establecido por Felipe II, que ilustra las concepciones culturales, políticas, sociales y religiosas, con las cuales España emprendió la ocupación del territorio y su colonización en el continente americano.

Su materialización, como experiencia social planificada, constituye uno de los ejemplos más interesantes del siglo XVI y tuvo gran influencia en los siglos siguientes. Las características de la traza física y espacial originales se conservan inalteradas en su implantación, su volumetría y sus proporciones generales.

La zona de Puebla ha sido también escenario de la mayor parte de los acontecimientos históricos de la lucha nacional y popular, en la formación del país actual. Desde la época de la Independencia hasta la Revolución de 1910, Puebla vivió 12 sitios militares de gran importancia para el país, especialmente en los años de 1821, 1862 y 1915. Además, su contenido histórico y su bagaje cultural y documental de valor excepcional, hacen de la ciudad un centro de investigación social e histórica de gran significado para el continente americano.

SIAN KA'AN

Sian Ka'an se ubica en una zona de transición entre las grandes provincias biológicas de Mesoamérica y de las Antillas. Su gran superficie permite asegurar que se protegerán ecosistemas íntegros, que podrán seguir cumpliendo sus funciones naturales.

Esta reserva cuenta con los siguientes aspectos ecológicos, económicos y sociales: mantenimiento del ciclo hidrológico, regulación climática, conservación del suelo, preservación de ecosistemas representativos de características naturales y culturales únicas, gran potencial tanto turístico y educativo, como para la investigación sobre el uso de nuevos recursos naturales, en zonas marginales y para las actividades agropecuarias y forestales tradicionales, así como para la protección de una invaluable diversidad genérica.

Entre sus peculiares ambientes, Sian Ka'an destaca por poseer 61 cenotes, 77 lagunas y centenares de petenes e islas de selva en pantanos, exclusivos de las penínsulas de Yucatán y de Florida, pero en Sian Ka'an se dan en número sobresaliente y con dimensiones sin igual, ya que alcanzan medidas hasta de 2 200 por 1 100 metros.

Las 1 200 especies florísticas, estimadas en la reserva, se agrupan en 17 modalidades diferentes de vegetación, tales como: selvas, sabanas, manglares, etcétera, que cubren el espectro de las

comunidades de la Península de Yucatán. Algunas de ellas están representadas mejor que en ningún otro lugar del mundo: las selvas bajas inundables, los manglares chaparros y los petenes.

En Sian Ka'an son comunes todavía algunos de los grandes mamíferos más amenazados de América. La presencia de las cinco especies de felinos neotrópicos, animales que requieren de grandes territorios de caza, muestra la salud del ecosistema; son también excelentes indicadores el tapir, el manatí y el jabalí de labios blancos, amenazados de extinción en toda su área de distribución geográfica, especies que junto con el jaguar y el ocelote deben ser estrictamente protegidas. Ofrecen además especial interés, el pavo de monte, el hocofaisán, el tucán real y el loro de Yucatán. También son muy importantes las poblaciones de aves acuáticas coloniales, de cocodrilos, de tortugas marinas y de langostas de espinas.

La reserva también tiene importancia mundial por la diversidad de pequeños peces de las lagunas, los cenotes y del arrecife. Esta riqueza natural está

en inmejorables condiciones de conservación, ya que el 99% de su territorio es propiedad de la nación, existen en la zona muy pocas vías de comunicación y se encuentra fuera de los proyectos de desarrollo urbano de la región.

Como valor cultural de gran importancia, la reserva posee más de 20 sitios arqueológicos, prácticamente desconocidos científicamente, que permitirán aumentar el conocimiento de la cultura maya en esta región de Yucatán, además de contar con la importante zona de Tulum, en su límite norte.

CONCLUSION

La formulación de la Lista del Patrimonio Mundial es consecuencia del tratado o acuerdo intergubernamental denominada "Convención" de 1972, según el término utilizado por la UNESCO.

Al suscribir dicha Convención como cualquier instrumento internacional semejante, los países adquieren compromisos que pueden resumirse como se detalla a continuación:



Tulum

- 1) Cada Estado reconoce que le incumbe primordialmente la obligación de identificar, proteger, conservar, rehabilitar y transmitir a las generaciones futuras el patrimonio cultural y natural situado en su territorio. Para ello actuará con su propio esfuerzo y hasta el máximo de los recursos de que disponga y, llegado el caso, mediante la asistencia y la cooperación internacionales en los aspectos financiero, científico y técnico.
- 2) Con objeto de garantizar una protección y conservación eficaces y revalorizar lo más activamente el patrimonio cultural y natural situado en su territorio, cada Estado procurará:
 - a) Adoptar una política general que atribuya al patrimonio cultural y natural, una función en la vida colectiva y que integre la protección de ese patrimonio en los programas de planificación general.
 - b) Dotar al personal encargado de esta labor de los medios que le permitan llevar a cabo las tareas que le incumben.
 - c) Desarrollar estudios e investigación científica y técnica, así como perfeccionar los métodos de intervención que le permitan hacer frente a los peligros que amenazan a su patrimonio cultural y natural.
 - d) Adoptar las medidas jurídicas, científicas, técnicas, administrativas y financieras adecuadas para identificar, proteger, conservar, revalorizar y rehabilitar este patrimonio.
 - e) Facilitar la creación o el desenvolvimiento de centros nacionales o regionales de formación en materia de protección, conservación y revalorización de dicho patrimonio y estimular la investigación científica en este campo.
 - f) Desarrollar amplios programas educativos e informativos para estimular, en sus pueblos, el respeto y el aprecio al patrimonio cultural y natural, informando al público acerca de las amenazas que pesan sobre este patrimonio y de las actividades emprendidas para aplicar esta Convención.
- 3) Aportar una contribución económica cada dos años al "Fondo del Patrimonio Mundial", equivalente al 1% de su contribución a la UNESCO, y prestar su concurso a las Campañas Internacionales, para coleccionar fondos a favor de este "Fondo del Patrimonio Mundial".

Por otra parte, y además del reconocimiento universal a sus bienes culturales y naturales, los países pueden beneficiarse en varios aspectos que se resumirían en la forma siguiente:

- 1) La UNESCO realiza y promueve una difusión internacional muy amplia de los bienes inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial: publicaciones de diversos tipos, exposiciones, audiovisuales, carteles, etcétera, sin costo para los países y con evidentes beneficios directos e indirectos, como el turismo por ejemplo.
- 2) La UNESCO establece mecanismos de cooperación técnica para los países, no sólo destinada a los bienes ya inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial. Esta cooperación o asistencia, con base en el "Fondo del Patrimonio Mundial" y la estructura general del sistema de la ONU (UNESCO y organismos intergubernamentales e internacionales no gubernamentales), puede adoptar las siguientes modalidades:
 - a) Estudios sobre problemas artísticos, científicos y técnicos que plantean la protección, conservación, revalorización y rehabilitación del patrimonio cultural y natural.
 - b) Servicios de expertos, técnicos y de mano de obra calificada, para velar por la buena ejecución de proyectos aprobados.
 - c) Formación o apoyo a centros nacionales o regionales de formación ya establecidos, de especial-

listas de todos los niveles en materia de identificación, protección, conservación, revalorización y rehabilitación de dicho patrimonio.

- d) Suministro de equipo que el Estado interesado no posea o no pueda adquirir.
 - e) Préstamos a interés reducido, sin interés o reintegrables a largo plazo.
 - f) Concesión de subvenciones no reintegrables, en casos excepcionales y especialmente justificadas.
- 3) Recibir asistencia especial o de mayor importancia, tanto en caso de catástrofe o emergencias para bienes inscritos en la Lista citada o en la Lista adicional del "Patrimonio Mundial en peligro" como a través de Campañas Internacionales que se establezcan en favor de algún bien cultural o natural determinado.
- Como conclusión simplemente cabe señalar que, independientemente de la variedad de posibilidades de apoyo que se abren para México, el reconocimiento internacional de los bienes que se vayan inscribiendo en la Lista del Patrimonio Mundial implica evidentemente una mayor responsabilidad nacional para su mejor conservación, y es un elemento adicional para fortalecer e impulsar la labor que nuestro país ha desarrollado para proteger, valorizar y utilizar adecuadamente un patrimonio cultural y natural que heredamos y debemos transmitir al futuro como patrimonio nacional y de la humanidad.



Teotihuacan

Donaciano Gutiérrez**
Luis Eduardo Gotes***

Encuentro con los tarahumaras

Carike, la casa, es el primer espacio de identidad de los *rakámuri*; ahí realizan la mayor parte de su vida cotidiana. La casa se encuentra cerca de la parcela y está conformada por un área habitacional, en la cual se hallan los utensilios domésticos que componen el ajuar de la familia tarahumara. Una olla, *sikóni*, con agua obtenida de algún arroyo o manantial cercano, huejas para beber, platos de barro o *bitolís*, hechos por la mujer, y canastillas tejidas para guardar maíz, frijol, tortillas y pinole. El fuego, *naiki*, cuenta con un lugar en la casa; ahí se preparan los alimentos y se obtiene calor, tan importante durante los meses fríos. Es el punto de reunión de la familia en donde, de forma pausada, como es el carácter del tarahumara, se relatan los hechos vividos durante el día por parte de los integrantes del núcleo familiar o de algún invitado.

En un rincón de la casa, colgadas de un lazo, se hallan las prendas de vestir y, por otro

lado, sobre petates o tarimas de madera, se ubica el sitio para dormir. Es frecuente que se prefiera dormir en el portal, salvo los días muy fríos, aunque esta práctica desaparece paulatinamente conforme hay una mayor aculturación.

La comida se compone básicamente de tortillas de maíz, y de frijoles; se usa poca sal en los alimentos y éstos se sazonan con chile y hierbas de olor. La alimentación se complementa con huevos de gallina, con algunos animales atrapados como ardillas o pequeños chichimocos,¹ con

¹ Especie de roedor

hierbas de recolección y hongos en temporada. El maíz también se prepara en forma de pinole —útil como reserva en las largas caminatas—, tamales y esquiate.

El comercio ha introducido otras prácticas alimenticias a base de sopas de pasta, tortillas de harina, galletas y latas de sardinas, pero el uso de estos productos está restringido por la reducida economía del tarahumar.

La comida se realiza alrededor del fuego y el mobiliario está formado por bancas o piedras. La mayor aculturación ha inducido al uso de mesas y utensilios de plástico.

Frente a la habitación suele construirse el granero, de 2 ó 3 metros de lado por 1.50 de alto y normalmente levantado de 20 a 40 cm., sobre el suelo. Se trata de la construcción hecha con mayor cuidado, perfectamente cerrada y sellada para evitar la humedad; ahí se guardan, además de maíz, artículos considerados como valiosos: pieles, dinero, grabadoras, etcétera.

A continuación y formando un perímetro se encuentra un cajón de 1 x .50 m, alzado sobre postes de 1.50 del suelo;

es el gallinero que, de esa forma, protege a las aves de los depredadores —zorros y coyotes. En el otro extremo se halla una corralera móvil, para encerrar el ganado ovicaprino que, junto con algún vacuno y un burro, constituyen el patrimonio de la familia.

La distribución de las construcciones conforma un patio central, área importante, pues forma el espacio vital doméstico. Ahí, en dirección a la parcela y orientadas hacia la salida del sol, se encuentran plantadas una o tres cruces, frente a las cuales se realizan ceremonias de antecedente prehispánico para pedir o agradecer a sus deidades la cosecha.

La unidad habitacional *rakámuri* se encuentra inmersa en una extensión que integran dos o tres unidades, formando una rancharía; en ésta, normalmente se conservan relaciones de parentesco extendido. Una serie de rancharías dispersas, en los valles, cumbreros y barrancos, integran un pueblo tarahumar, con un centro ceremonial, en donde por lo común existe un templo católico y —hoy en día—, una escuela, un albergue, una clínica, comercios y en las zonas

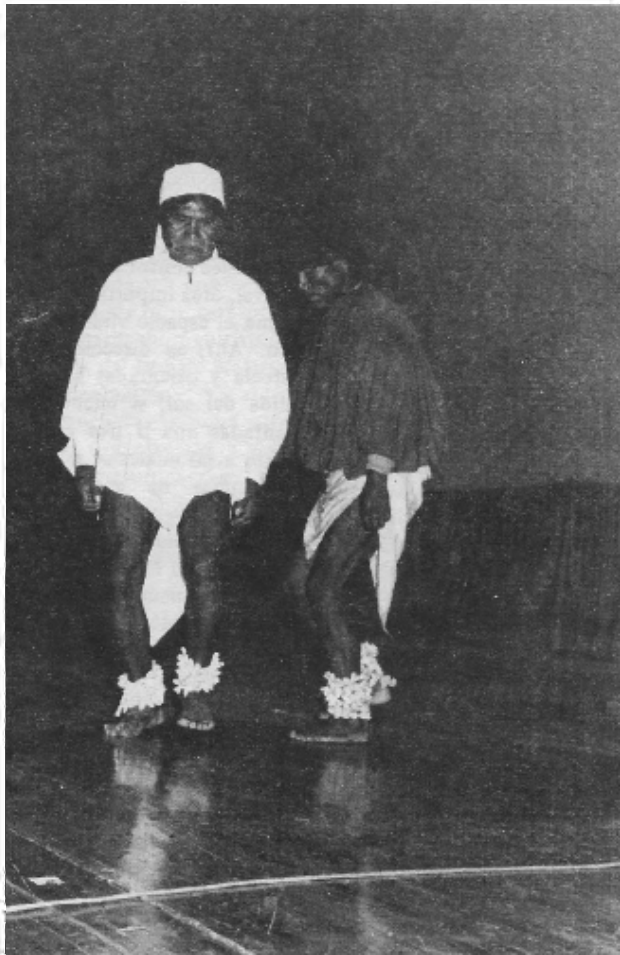


Tutúguri en el MNA

* Del 1 al 15 de junio de 1988, un grupo de aproximadamente 30 tarahumaras, procedentes de las comunidades de Samachique y Munéachi, visitaron la Cd. de México, por vez primera, con el objeto de hacer conocer sus formas de vida, su música, su danza, y conocer a su vez otra forma de vida.

** Depto. de Etnografía
MNA

*** Taller de Investigación
"Grupos étnicos y clases
sociales" ENAH



Danza de la Pascola

de bosque, un aserradero. El territorio que comprende a los distintos pueblos tarahumares, a partir de la implantación de la Reforma Agraria en la región, conforma los ejidos.

Los tarahumares de una determinada área territorial o pueblo, con una extensión normalmente mayor a 20 km., estrechan sus vínculos y relaciones a través de las fiestas que se celebran en el centro ceremonial, entre las que destaca la fiesta de Semana Santa, *noliruachi*, que significa el inicio del periodo agrícola. Además, se reúnen en el centro del pueblo, para escuchar el *nawí-esari* o consejos de *striome* o gobernador, que es la autoridad propia más importante, democráticamente electa. Por otra parte, entre rancherías se realizan constantes reuniones de trabajo, para llevar a cabo

tareas que superan la posibilidad de la unidad doméstica *rarámuri*, basada en la familia nuclear. Estas reuniones de trabajo son pagadas con tesguino o *sowike* y conforman el vínculo socio-espacial más importante de la cultura *rarámuri*. Las relaciones del tesguino cruzan barrancas, ríos y montañas.

Es común que el tarahumar posea más de una casa, por lo cual vive una permanente movilidad. Cada casa —generalmente tiene dos—, significa una parcela que completa las necesidades de producción para el consumo de una familia. En la región se practica una migración estacional entre cumbres y barrancos, para aprovechar las distintas condiciones climáticas y florísticas de cada zona, las barrancas son muy calurosas en verano y muy frías en el invierno. Era

común el habitar en cuevas en los periodos de barranca, pero esta práctica desaparece día a día y sólo se conserva en las comunidades más aisladas y entre los “gentiles no bautizados”.

Los tarahumares forman parte del tronco lingüístico Uto-Náhuatl, tuvieron relaciones de origen con los grupos Opata-Cahitas, que se ubicaron en la región noroeste de lo que hoy es México, cuando la gran migración Uto-Náhuatl hacia el sur. Existen algunas similitudes culturales y lingüísticas entre los *rarámuri* y los yaquimayos, tepehuanos, pimas, coras y huicholes.

Los *rarámuri* se asentaron en una extensa área comprendida en el actual estado de Chihuahua, entre los límites occidentales del Altiplano del norte y la vertiente del Pacífico de la Sierra Madre Occidental. Su llegada a esta región se remonta a aproximadamente 1 500 años. En este periodo se identifica una fase de desarrollo denominada de canasteros, similar a la del gran suroeste norteamericano; más adelante la arqueología ubica un periodo de vida en cuevas o cavernario, durante el cual se enterraba a los muertos en una funeraria tejida, dentro de la propia cueva habitación. Desde los tiempos remotos, los *rarámuri* practican una economía basada en la caza-recolección y una agricultura incipiente del maíz.

En el inicio del siglo XVII se producen los primeros contactos con la sociedad colonial, a través del misionero Joan Font, quien en 1607 establece relación con algunos *rarámuri* a solicitud de los tepehuanos que se quejan de continuas hostilidades por parte de los primeros. El punto de reunión es el Valle de Balleza donde, en 1611, se funda la primera misión de la tarahumara: San Pablo Balleza.

Font, es el primero que los refiere como “tarahumara”, deformación del vocablo *rarámuri* (los pies ligeros) nombre

MUSEO NACIONAL DE HISTORIA CASTILLO DE CHAPULTEPEC

Primera Sección del Bosque de Chapultepec
México, D.F.

Martes a domingos de 9:00 a 17:00 horas

16 salas de exposición de los periodos:

1759-1821
1821-1857
1857-1876
1876-1910
1910-1917

exposiciones temporales

MUSEOS
DEL INAH

que ellos mismos se asignan. Los misioneros jesuitas fueron la punta de lanza de la penetración de la sociedad occidental en la sierra; como consecuencia de este fenómeno el territorio *rarámuri* se contrae, los tarahumares abandonan las zonas más orientales, aprenden la domesticación de animales y entran en la zona de hatos bovinos y ovinos. Con el estiércol del ganado pueden abonar y reciclar productivamente los terrenos agrícolas, adquiriendo hábitos de asentamiento más prolongado.

Siguiendo a los misioneros, los colonos españoles penetran y descubren minerales en el fondo de los barrancos, explotan la fuerza de trabajo del tarahumar por una reducida paga en las faenas de extracción del mineral o en las labores en primeras fincas coloniales.

Entre 1890 y 1910 se tienden las líneas del ferrocarril "Kansas City", que iba desde la frontera con Estados Unidos hasta el centro de la sierra tarahumara en Creel, Chihuahua. La construcción es pagada con madera; con este proyecto, se inicia un acelerado desarrollo del capitalismo en la región, que conduce a cambios importantes en la población *rarámuri*.

El bosque empieza a ser explotado intensamente; más tarde, se crean los ejidos, y con ello se atrapa al tarahumar como fuerza de trabajo cautiva en el proceso de extracción de la madera. Los *rarámuri* aprenden a complementar su economía campesina doméstica con los reducidos ingresos salariales procedentes del trabajo en el aserradero.

Durante el siglo XIX, la minería vive periodos de auge, en Batopilas, Ocampo, Guadalupe y Calvo. Los tarahumares son otra vez empleados en la acelerada extracción de minerales, hasta agotar las vetas fáciles y rentables. La fuerza de trabajo tarahumar, la produce y reproduce la unidad doméstica comunitaria, y la gasta el capital.



Tutúguri con el rezador

Actualmente los tarahumares —aproximadamente 60 000— habitan en una extensión de más de 50 000 km², en la porción de la Sierra Madre Occidental que atraviesa el estado de Chihuahua. El área de asentamiento *rarámuri* comprende 18 municipios, todos dentro del territorio chihuahuense; destacan por el número de pobladores tarahumares los municipios de Balleza, Batopilas, Bocoyna, Carichi, Guachochi, Guadalupe y Calvo, Guazaparez, Nonoava y Urique.

Establecen fronteras étnicas al norte, en Temosachi, con los pimas; con los varhíos al oeste, en Uruachi, y con los tepehuanos al sur, dentro del municipio de Guadalupe y Calvo. Además, comparten su territorio con cerca de 300 000 blancos o mestizos denominados por ellos *chabochis*, los de pelos en la cara; éstos ocupan normalmente los puestos de decisión económica y política, tratando con desprecio y soberbia a los tarahumares, a quienes despojan, permanentemente y por distintos mecanismos, de sus tierras, ganado, bosque y artesanías. El espacio geográfico

en donde se desarrollan estos hechos interétnicos y sociales, comprende tres regiones:

La zona oriental, compuesta por colinas de pie de sierra y valles pluviales de la cuenca alta del Papigochi o cuenca media de Conchos, de mediana productividad agrícola. Es un área de sabana cubierta de extensos pastizales, lo que ha permitido el desarrollo de una importante y moderna ganadería. Ahí se han dado modificaciones importantes de la cultura *rarámuri*, debido a las prácticas de producción pecuaria y al más antiguo contacto con población mestiza o blanca. La altura sobre el nivel del mar de esta demarcación oscila entre los 1 600 y los 1 800 m, y la zona tiene clima templado en invierno, y seco y caluroso en verano.

La región de las cumbres o Alta Tarahumara está entre 1 800 y 2 500 msnm; el invierno es riguroso con nevadas frecuentes. Posee una cubierta forestal tan vasta que permite una de las mayores producciones madereras del país; es el área que, además de contar con la mayor parte de población, tanto mestiza como tarahumar, presenta las contradic-

ciones más importantes que dinamizan el fenómeno social de la tarahumara. Esta zona está surcada por ríos que forman profundas barrancas y dan pie a la región de las zonas bajas; esta fisiografía caracteriza de manera especial a la Sierra Tarahumara.

Hacia el occidente, entre los distintos afluentes del Río Fuerte y la vertiente de otros ríos menores, se integra la Baja Tarahumara o región de los barrancos, de clima tórrido, tropical seco que presenta temperaturas extremas en verano de más de 45°C. La altura sobre el nivel del mar es de 500 a 800 metros. En esta región con menores posibilidades agrícolas, dado el decaimiento de la minería, se presenta como alternativa la producción ganadera aun cuando tiene una escasa tecnificación. Para los *rarámuri*, se trata de una zona de apoyo y complemento económico-estacional de la región de las cumbres. La vegetación es propia de los climas tropicales secos. Se practica el cultivo de papayas, guayabas y naranjas.

Los campesinos *rarámuri* tienen la familia nuclear como

unidad básica de organización social; las tareas están claramente distinguidas: la mujer, *muki*, se ocupa en las labores de comida, manufactura de ropa, cestería y utensilios de barro; los hijos, *vanara*, se encargan de la recolección de hierbas y leña, así como del cuidado de los rebaños, trabajo que comparten con la madre. El hombre *nijoy*, es responsable del barbecho y cultivo de la parcela, del trabajo asalariado y del comercio.

La ranchería impone otro nivel de organización social, en el parentesco extenso; por medio de éste, al igual que de la concurrencia de unidades domésticas procedentes de otras rancherías a través del supra-nivel de organización social que son las *tesgünadas*, las familias resuelven aquellas tareas que requieren de mayor fuerza de trabajo que la aportada por el núcleo familiar.

Finalmente el pueblo, o instancia total de organización social, se integra de una serie de rancherías que concurren a un centro ceremonial. Este nivel de organización se apoya en autoridades democráticamente electas; el *siríame* o gobernador es la cabeza de una circunscripción y de un conjunto de rancherías. Es el padre, el juez, el jefe militar, el enderezador del pueblo, conservador y trasmisor de sus añejas tradiciones culturales y formas de vida, de sus valores y patrimonio religiosos. Bajo sus órdenes existe un cuerpo militar —general y soldados— encargados de la seguridad pública; un cuerpo de orden y moralidad mayores, fiscales y alguaciles —un cuerpo de servicios culturales— fiesteros, *tenanches* y antiguamente doctrineros. Esta organización, que con variantes se conserva en todo el noroeste de México, fue introducida por los jesuitas.

Las autoridades tradicionales se han subordinado a las autoridades ejidales y municipales, quedando a cargo sólo de actividades de organización interna del pueblo.



Danza de la Pascola en el MVA

La economía *rarámuri* se basa en la agricultura y en la pequeña ganadería. Producen fundamentalmente maíz, así como frijol, calabaza y chile. Desarrollan prácticas de recolección de quelites, plantas medicinales y hongos alimenticios, así como una constantemente más restringida cacería.

La economía es cada vez más dependiente del exterior a través de la venta de artesanías y ganado o mediante el trabajo asalariado en aserraderos, peones urbanos y jornaleros agrícolas.

Practican una forma de redistribución generalizada llamada *kórma*, que fluye de los que más poseen a aquellos que padecen escasez debido a problemas por viudez, enfermedad, robo o incendio de la parcela.

La religión *rarámuri* muestra una acentuada mentalidad agrícola. Ubica las deidades creadoras en el cosmos: *ono-rúame* y *soyerúame*, *Reyena* y *Michá*, el sol y la luna. Esta dualidad se expresa en todas las áreas del universo: en las montañas y barrancos, en el agua y el cielo, en las plantas y los animales y entre el hombre y la mujer.

Los distintos rituales religiosos giran en torno a la agricultura: Semana Santa, *nolirua-chi* —dar vueltas— es el inicio del ciclo agrícola. *Yúmari* y *tutugúri*, ceremonia comunitaria y doméstica de petición o agradecimiento de cosechas. *Lónare* o sacrificio de animales, ritual para pedir lluvias y buenas cosechas. Los distintos ritos *rarámuri* están mediados por el *tesgüino*, la música y la danza: *díos quiere que los rarámuri bailen y tomen tesgüino, para saber que están contentos y no deja que se caigan el sol y la luna y se acabe el mundo.*²

Por más de 300 años la misión católica y, recientemente, las sectas protestantes, han intentado cristianizar a los *rarámuri*, pero sólo lo han conseguido en la forma, pues la esencia religiosa sigue siendo propia, es *rarámuri*.

En la región se encuentran, además de las misiones religiosas y las compañías mineras y madereras, una serie de instituciones gubernamentales avocadas al desarrollo económico y social del área: el INI,

IMSS, Profortarah y las escuelas de educación indígena. Todas, si bien cumplen con tareas congruentes con el interés histórico del Estado, en función de los *rarámuri* sólo han conseguido modernizar la opresión y explotación que sobre ellos se ejercen.

El bosque es cada vez menos un recurso de la etnia. Las clínicas no resuelven las tasas de mortalidad y mortalidad en el grupo; la educación bilingüe y bicultural forma, por un lado, neocaciques en los profesores y, por otro, medio tarahumares, medio mexicanos, medio hombres.

Así, entre montañas, nieve, barrancos y *tesgüino*; entre caminos, aserraderos, escuelas y coca-cola, los *rarámuri* —compesinos y con formas propias de cultura— se muestran al mundo como una alternativa de vida, a la que se recurre como única posibilidad de existencia. Ahí existe el hambre, la enfermedad, el dolor; pero está ausente la envidia. Y está presente la libertad del viento frío y del cielo claro y azul, delineado por obscuras montañas; la libertad del ave, que se pierde en la gran jaula del capital.

² Comunicación verbal de un grupo tarahumar.

Los paleoecosistemas acuáticos a través del análisis de sus diatomeas

Hace algunos años en el Departamento de Prehistoria surgió el interés de sumar el estudio de las diatomeas fósiles lacustres a las demás áreas de investigación que la Sección de Laboratorios realiza, con un enfoque interdisciplinario y con el propósito de brindar apoyo a las investigaciones arqueológicas que en él se realizan. Actualmente en el Departamento, el estudio de las diatomeas no se realiza más. En este artículo se presenta de manera breve, información general acerca de la biología de estos organismos, haciendo hincapié en la importancia que su estudio tiene para la arqueología.

Las diatomeas son algas microscópicas: su tamaño varía de 5 a 400 micras; la mayoría son unicelulares, aunque también se agrupan formando colonias. Poseen una pared celular exterior rígida, constituida por largas cadenas de sílice hidratado, a la que se le ha dado el nombre de frústula.

Estos organismos han colonizado con éxito todos los medios acuáticos, tanto los oceánicos como los limnológicos y son una parte muy importante del plancton vegetal de estos sistemas. Son varios los mecanismos evolutivos que les han permitido alcanzar este éxito: gracias a sus procesos reproductivos las diatomeas pueden llegar a incorporar un gran número de individuos en la comunidad fitoplanctónica, además de que este grupo de algas está integrado por mu-

chas especies (aproximadamente se conocen 10 000); abundancia y diversidad que se explican por el desarrollo de una flexibilidad adaptativa alta, que les permite adecuarse a diversos ambientes; por esta capacidad adaptativa les es posible, también, responder con éxito a los cambios constantes y naturales que ocurren en sus habitats, mediante fluctuaciones continuas de sus poblaciones.

Para la botánica, la frústula de las diatomeas es una estructura extremadamente importante. En sus diferencias morfológicas se basa toda la taxonomía del grupo; tanto la determinación y descripción de las especies como su iden-

tificación. Por su rigidez, junto con otras características como son el tamaño celular y la abundancia, las diatomeas pueden conservarse por periodos de tiempo muy prolongados cuando se depositan *in situ* en los fondos de los cuerpos de agua.

La capacidad que las diatomeas poseen para perdurar a través del tiempo, puede alcanzar extremos sorprendentes cuando sus frústulas llegan a cubrir grandes extensiones de terreno, con un sedimento de color blanco y muy ligero. Estas áreas se conocen con el nombre de "tierra de diatomeas", "diatomita", "tizar" o "tizate".

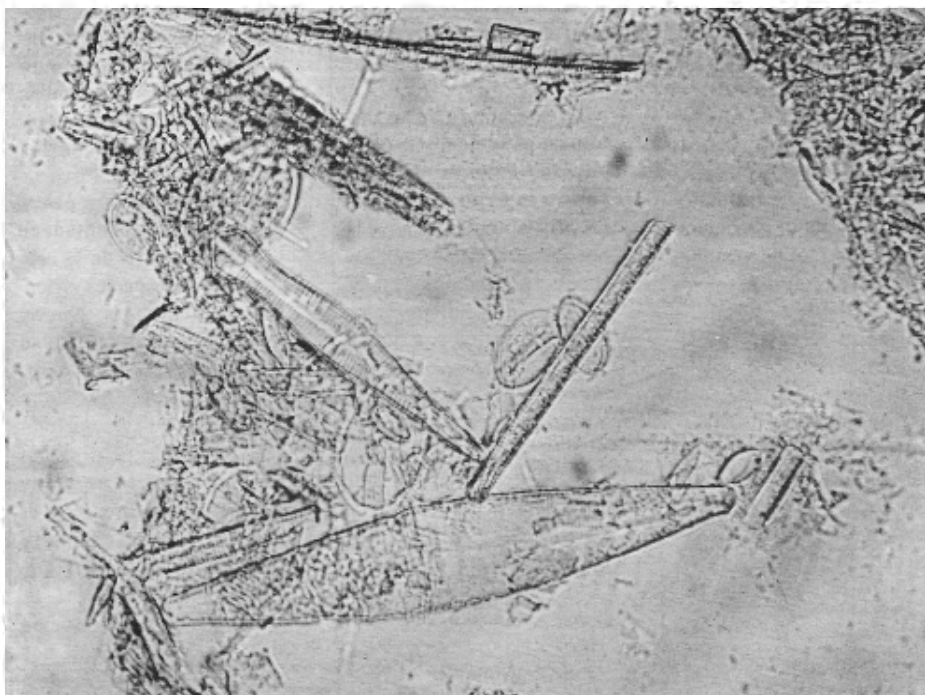
En México algunos de los

depósitos más importantes de diatomita se encuentran en Durango, Guanajuato, Hidalgo, Jalisco, Estado de México, Michoacán, Puebla, Querétaro y Tlaxcala. El primer interés que estos depósitos despertaron, se debió a que a partir de ellos es posible obtener una gran variedad de productos como filtros industriales, aisladores térmicos y acústicos, abrasivos, pulidores, acarreadores catalíticos, vidrios, pinturas, insecticidas, fungicidas, silicatos sintéticos y cosméticos, entre otros.

Para la biología, el interés en estos depósitos va más allá de su aprovechamiento industrial. El estudio de los sedimentos de origen limnológico y oceánico nos permite hacer la reconstrucción de los medios acuáticos pretéritos y de sus cambios a través del tiempo.

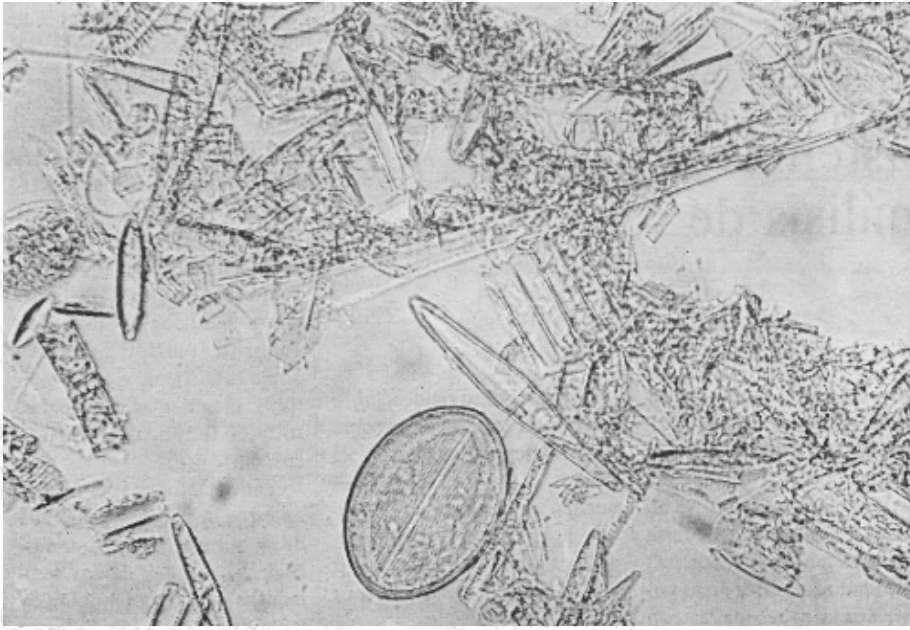
Por lo tanto, el estudio de las diatomeas de los sistemas acuáticos del Cuaternario, periodo de gran importancia para la prehistoria, permite entender algo de la historia ecológica de una parte muy importante de la biosfera.

Podemos resumir en tres



Frústulas de diatomeas

*Departamento de Prehistoria



Diversidad de formas y tamaños que se pueden observar en una muestra de diatomita

puntos la relación que existe entre la prehistoria y el estudio de las diatomeas:

— El análisis de los depósitos de origen acuático nos permite trazar una bioestratigrafía, mediante la identificación de sus diatomeas y la cuenta de su abundancia relativa, la cual permite, además, darle al estudio un tratamiento estadístico, ampliándose aún más las bondades del mismo. En esta estratigrafía quedan comprendidas las épocas pliocena y pleistocénica.

— Debido a que las diatomeas responden sensiblemente a los cambios de su medio ambiente, es posible que a través de su estudio podamos inferir la relación que existió entre los cambios de la flora diatomítica con los cambios de su hábitat.

— También es posible registrar las modificaciones que a lo largo de su historia, el hombre ha producido a los ecosistemas acuáticos. Estas perturbaciones pueden ser detectadas a través del análisis de las variaciones espaciales y temporales de las poblaciones de diatomeas, con lo cual nos es posible

registrar algunos cambios ocurridos en los ambientes acuáticos que acompañaron al hombre primitivo.

En los estudios de diatomeas con fines paleoecológicos, se presentan problemas que hacen difícil y a veces imposible su correcta realización. Se relacionan fundamentalmente con la taxonomía. Quizás los que con mayor frecuencia aparecen son los siguientes:

— La taxonomía de las diatomeas es sumamente complicada. Esto se debe en parte a su éxito adaptativo. La alta abundancia con la que estas algas se encuentran en el plancton y también su distribución cosmopolita, ocasionan que la literatura taxonómica (claves de identificación y descripciones) sea muy extensa, muy compleja y confusa, y por tanto, difícil de consultar y de conseguir.

— Por otra parte, cuando las frústulas se depositan en el fondo de los cuerpos de agua, son sometidas por ésta, a un proceso de disolución continua en el momento de su deposición y después de él. Esto trae

como consecuencia que el material colectado con frecuencia se encuentre roto y maltratado, dificultándose entonces su identificación.

— El tratamiento de las muestras en el laboratorio contribuye a deteriorar más las paredes celulares, además de que este tratamiento normalmente no alcanza a eliminar ni la materia orgánica ni, especialmente, los cristales, que por lo común están presentes en las muestras. Esto impide muchas veces la observación de los organismos.

— La interpretación paleoecológica está sustentada en el conocimiento de la ecología de las especies vivientes de diatomeas. Nuevamente su amplia diversidad y distribución se transforman en factores que operan en este sentido como limitantes, porque la literatura correspondiente es muy amplia y su obtención es difícil y costosa. Es importante mencionar aquí que además esta disciplina es prácticamente desconocida en México, ya que son unos cuantos los investigadores y pocas las instituciones que se dedican a su estudio,

de tal suerte que es necesario "echar mano" casi exclusivamente de la literatura extranjera.

Es de esperar que, a estas limitaciones en este tipo de investigaciones, se sumen muchas más, que se van conociendo en la medida en que aquéllas se desarrollan. Sin embargo, no hubo tiempo de conocerlas y de enfrentarlas, debido a que en el Departamento de Prehistoria las investigaciones sobre ecosistemas acuáticos del pasado se encuentran interrumpidos desde hace algún tiempo. La causa del abandono de esta disciplina tan interesante, fue la falta de apoyo económico; no obstante, resultaba interesante dar a conocer, aunque de manera muy general, las posibilidades que esta disciplina nos ofrece para incrementar nuestros conocimientos acerca de los ecosistemas que han acompañado al hombre a lo largo de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Gasse, F. "Végétaux aquatiques. Les diatomées, Instrument de reconstitution des paléoenvironnements" En: *Géologie de la Préhistoire, Méthodes, Techniques, applications*. Sous la direction de Jean Claude Miskovsky. Association pour l'étude de l'environnement Géologique de la Préhistoire. Maison de la Géologie, Paris, 1986.
- Díaz, M. "Diatomeas fósiles mexicanas". *Anales del Instituto Geológico Nacional*. Tomo 1, 1; 3-26. México, 1917.
- Petkof, B. "Diatomite". *Mineral Facts and Problems*. United States Department of the Interior, Bureau of Mines, Bull. 630: 313-319. 1965.
- Wetzel, G. R. *Limnology*. Saunders College Publishing. New York. 2a. ed. 767 p. 1976.

(Fotografía: Germán Zúñiga y Fernando Sánchez).

Acta de la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas de México

El Departamento de Antropología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas dependiente del Instituto Politécnico Nacional organizó, en 1939, una reunión de filólogos y lingüistas que trabajan en el campo de los idiomas indígenas de México, para discutir ampliamente los problemas de la enseñanza rural en lengua indígena, el estado de las investigaciones, de la técnica científica, etcétera. A esa reunión fue invitado el INAH y, por considerarlo de interés publicamos ahora el acta final de esa reunión.*

Patrocinada por el Departamento de Asuntos Indígenas y el Instituto Politécnico Nacional, el Departamento de Antropología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, organizó y dirigió la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas, cuyas reuniones tuvieron lugar del 9 al 17 de mayo. Los puntos importantes, sometidos a discusión por la Asamblea, se basaron en los problemas de la Enseñanza Rural en lenguas indígenas, unificación de alfabetos científicos para investigaciones y formación de alfabetos adecuados para la escritura corriente de los idiomas nativos; exposición de los problemas que presentan diferentes lenguas y continuidad de investigaciones.

La Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas, después de un amplio estudio de los problemas anunciados en su trabajo, se honra en presentar el siguiente informe, conclusiones y recomendaciones:

I. La Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas reunió a todos los investigadores de lenguas nativas para

discutir los problemas de investigación y de aplicación práctica para la enseñanza indígena en lengua nativa. En dicha Asamblea

estuvieron representadas las siguientes Instituciones:

Departamento de Asuntos Indígenas



Departamento de Antropología
Departamento Agrario
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Instituto Panamericano de Geografía e Historia
Sociedad Mexicana de Antropología
Sociedad Huey Tlatekpanaliztli
Linguistic Society of America
Summer Institute of Linguistics, con asistencia

de cuarenta y cinco congresistas y cinco ausentes. Estuvieron representadas en la Asamblea las siguientes lenguas indígenas:

Náhuatl, Maya, Otomí, Zapoteco, Mixteco, Totonaco, Mazateco, Tarasco, Huasteco, Chinanteco, Popolaca, Cuitlateco, Matlatzincua y Cuicateco.

La Procuraduría General de la República hizo una importante contribución a la Primera Asamblea enviando una comisión de indígenas para facilitar la explicación de ciertos problemas en diferentes lenguas, cuyo contingente estuvo formado por representantes de catorce grupos indígenas de la República. II. Los trabajos de la Primera Asamblea se rigieron por un temario especialmente preparado para el estudio de los problemas científicos y de su aplicación práctica en los problemas de la enseñanza indígena en lengua nativa.

III. La Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas acordó las siguientes resoluciones acerca de los problemas de los alfabetos:

1. Se acuerda la selección de un alfabeto general uniforme, del cual deberán seleccionarse las letras para los alfabetos particulares.

2. El alfabeto para cada idioma particular debe ser lo más sencillo posible, es decir, sólo deberán usarse los signos estrictamente necesarios.

3. Se acuerda mantener

* Reproducción textual del documento.

MUSEO DE LA EVANGELIZACIÓN HUEXOTZINGO, PUEBLA

Martes a domingo, de 9:00 a 17:00 horas

- Historia
- Pintura y escultura colonial
- Retablos
- Reproducción de códices y fachadas de iglesias

**MUSEOS
DEL INAH**



una uniformidad máxima entre los alfabetos particulares para evitar dificultades y confusiones, tanto tipográficas como fonéticas, a los estudiantes, maestros, empleados, y, en general a todos los lectores en lenguas indígenas.

4. Se acuerda usar el principio de flexibilidad alfabética: las letras pueden usarse en sentidos diferentes en distintas lenguas, si los valores son parecidos y si tal uso es factible.

5. Se acuerda que los alfabetos se acerquen, hasta donde sea factible dentro de las necesidades del idioma, al alfabeto español, para facilitar la transición al alfabetismo en dicha lengua.

6. Se acuerda el uso de símbolos únicos, pero no se proscriben el uso de diagramas, sobre todo cuando se trata de conformar la ortografía de determinado idioma indígena a la ortografía española.

7. Se acuerda evitar el uso de diacríticos por presentar dificultades tipográficas y dificultades en la enseñanza, en la lectura y escritura.

IV. Sobre dialectología se tomaron las siguientes resoluciones:

1. Acordar en su oportunidad la forma de cada lengua que debe emplearse como idioma standard.

2. La norma anterior debe servir de orientación al trabajo de las Academias o comisiones de delegados de los pueblos encargados de los problemas de cada idioma.

3. De preferencia debe elegirse como base del idioma standard el dialecto que reúna las condiciones siguientes:

a) Ser hablado por el núcleo de mayor importancia numérica o cultural.

b) Que reúna caracteres comunes a otro dialecto.

c) En casos como el Maya y el Náhuatl se deben preferir, al hacer la selección del idioma standard las formas más cercanas a las clásicas.

d) En caso de que exista conflicto entre dos principios se debe atender a los hechos de la situación específica.

V. Sobre materiales existentes en lenguas indígenas

se tomaron las siguientes resoluciones:

1. Formación de una Comisión Editora encargada de:

a) de estudiar y publicar los trabajos lingüísticos modernos útiles para la investigación de los idiomas indígenas.

b) recolectar, preparar y recomendar materiales y obras lingüísticas para su edición.

c) obtener fondos para la compra de material tipográfico necesario y para la edición de las obras lingüísticas.

d) Editar lo más pronto posible las obras que se especifican en las actas de las sesiones de la Asamblea.

VI. Acerca de los problemas de la enseñanza rural en lenguas, indígenas, se tomaron las siguientes resoluciones:

1. Realizar una amplia propaganda para crear confianza en la labor de alfabetización en lenguas indígenas.

2. Utilizar en todo trabajo de educación indígena con preferencia a los Maestros Rurales nativos, a los

maestros nativos que se preparan en las Escuelas Normales Rurales, y a todos los otros elementos que estén dispuestos a prestar su cooperación.

3. Emplear un sólo tipo de letra de imprenta minúscula para las cartillas, discos fonográficos, cartillas murales, propaganda por radio, periódicos murales y volantes y letreros y otra propaganda mural o volante.

4. Organizar misiones alfabetizadoras.

5. Utilizar el método psicofonético para la enseñanza de la lectura.

6. Enseñar el español como materia del plan de estudios, desde el segundo o tercer año de enseñanza rural. Recomendar a las autoridades competentes la solución de los siguientes puntos:

7. Crear becas del Departamento de Asuntos Indígenas o de otras dependencias oficiales, si fuera posible, en favor de maestros rurales indígenas.

8. Recomendar textos para las diversas materias de la enseñanza primaria en lengua indígena (cartilla de lectura, aritmética, ciencias naturales, lenguaje, historia (local y nacional), geografía, etc.).

9. Recomendar la enseñanza de las lenguas indígenas en los Centros Superiores y Secundarios de Educación.

10. Adquirir maquinaria tipográfica barata para establecer imprentas locales indígenas en las Escuelas Normales Rurales o Internados Indígenas y preparar en ellas tipógrafos indígenas que realicen esta labor.

VII. Para el desarrollo y continuidad de las investigaciones lingüísticas y para cooperar con las autoridades competentes en la enseñanza rural en lenguas nativas la Asamblea acordó la creación de una Institución

capacitada para abarcar todos los aspectos de estas actividades, con la cooperación de instituciones científicas y educativas mexicanas y extranjeras. La Asamblea resolvió crear una Institución que llevará por nombre Consejo de Lenguas Indígenas, su domicilio social será el Departamento de Antropología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas. Sus finalidades serán: efectuar estudios estructurales y sociales de las lenguas indígenas, contribuir a la solución de los problemas de la educación en tales lenguas y entrenar investigadores. Como Instituciones Patrocinadoras, se han invitado a formar parte del Consejo de Lenguas Indígenas al Departamento de Asuntos Indígenas, Departamento de Antropología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento Agrario, Sociedad Mexicana de Antropología y la Linguistic Society of America, así como miembros filiales a todas las organizaciones y sociedades Científicas y Educativas, y distinguidos investigadores.

El Consejo de Lenguas Indígenas tendrá un Director, un Subdirector, un Secretario, y el personal investigador docente necesario para cumplir con la misión que se le ha conferido. El Consejo de Lenguas Indígenas tendrá como patrimonio las partidas que le asignen las Instituciones patrocinadoras tanto Federales como privadas. Se compromete a editar una Revista Científica y todas las publicaciones de lingüística americana, a formar una Biblioteca y a organizar aquellas dependencias de investigación y docencia que crea necesarias para el buen cumplimiento de sus fines. Convocará a un Congreso Internacional de Lin-

güística Americana; se hará cargo de las investigaciones de los dialectos indígenas que están por desaparecer y prestará su colaboración científica para las investigaciones lingüísticas en Centro y Sudamérica.

VIII. La Asamblea discutió los alfabetos de las lenguas Mixteca, Totonaca, Tarasca, Náhuatl, Mazateca, Otomí y Chinanteca, dejando a Comisiones respectivas la determinación del Alfabeto respectivo en cada caso.

IX. La Asamblea resolvió entrenar para su ejecución al Consejo de Lenguas Indígenas, el proyecto Tarasco que fué aprobado por dicha Asamblea, además del programa de las investigaciones que deberán hacerse a los dialectos indígenas que están por desaparecer.

X. La Asamblea acordó nombrar una Comisión encargada de redactar la Memoria del Congreso.

XI. La Asamblea acordó enviar el Acta de Resoluciones y Recomendaciones a las siguientes Autoridades Federales: C. Presidente de la República, C. Jefe del Departamento de Asuntos Indígenas, C. Secretario de Educación Pública y Jefe del Departamento de Prensa y Publicidad, C. Procurador General de la Nación y CC. Gobernadores de los Estados.

XII. Para dar fuerza y validez a los acuerdos, resoluciones y recomendaciones de la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas, fir-

man la presente Acta, la Directiva, Miembros Congressistas y Miembros representantes de las Instituciones colaboradoras.

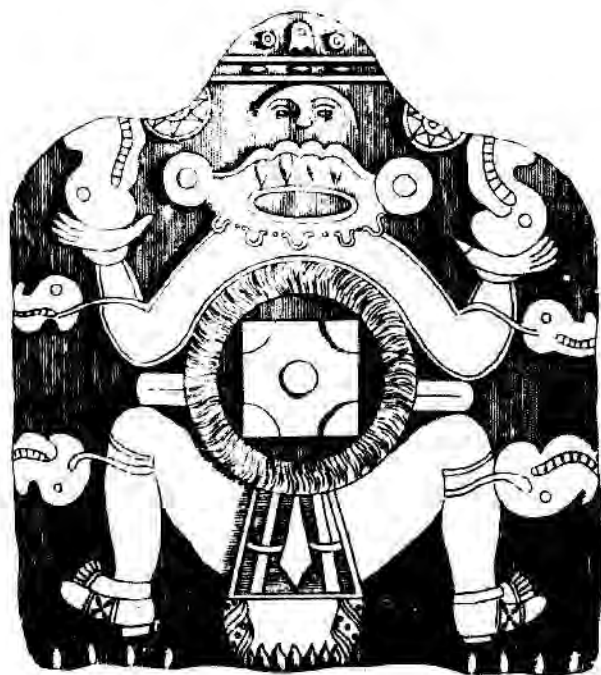
Prof. Luis Alvarez Barrret
 Prof. Alfredo Barrera Vázquez
 Guillermo Bentley
 Prof. Ignacio M. del Castillo
 Prof. Luis Chávez Orozco
 Dr. Lawrence Ecker
 Felipe Guerrero
 Srta. Florencia Hansen
 Srta. Carol Jackson
 Dr. Jean B. Johnson
 Dr. Paul Krchhoff
 Dr. Marvin Leech
 Dr. Juan H. V. Lemley
 Prof. Ezequiel Linares
 Prof. Juan Luna Cárdenas
 Prof. Byron Mc. Afec
 Sr. Manuel Mier y Terán
 Sr. Rafael Montaña
 Sr. M. Otis Leal y Sra.
 Prof. Manuel Pérez Serrano
 Srta. Victoria Pike
 Dr. D. Rubín de la Borbolla
 Dr. Morris Swadesh
 Dr. John Brande Trend
 Prof. Jorge A. Vivó Escoto
 Pedro Aschmann Horman
 Ing. Juan de Dios Bátiz
 Dr. Alfonso Caso
 Dr. John H. Cornyn
 Dr. Landis Christiansen
 Prof. Rafael Gamboa
 Lic. Timoteo Guerrero
 Prof. Pedro R. Hendrichs
 Prof. Wigberto Jiménez Moreno
 Srta. Mildred Kiemele
 Prof. M. C. Lathrop y Sra.
 Dr. David B. Legters y Sra.
 Sr. Adrián León
 Prof. Rafael Castro
 Prof. Norman Mc. Quown
 Prof. Walterio Miller y Sra.
 Prof. Francisco Nicodemo
 Prof. Miguel Othón de Mendizábal
 Prof. Kenneth Pike y Sra.
 Prof. Rafael Ramírez
 Dr. Jacques Soustelle
 Dr. Guillermo Townsend y Sra.
 Prof. A. Villa Rojas
 Ing. Roberto J. Weitlaner
 Lic. Eugenio Maldonado V.

México, D.F., 17 de mayo de 1939



Felipe Solís Olguín*
Ernesto González Licón*

Tlaltecuhтли, el Señor de la Tierra



Grabado que permite apreciar el Tlaltecuhтли de la base de la Coatlicue

El reciente hallazgo de una representación de Tlaltecuhтли —Señor de la Tierra— en las excavaciones que se realizan a unos cuantos metros del Museo Nacional de Antropología, para la construcción del paso a desnivel Reforma-Chivatito, nos llevó a considerar de una manera particular la importancia y significado que esta deidad tenía dentro de la cosmovisión mexica, así como al análisis y publicación de otras representaciones de Tlaltecuhтли que se encuentran en el MNA.

Muchos se ha descrito acerca del impacto tan avasallador que representó para los habitantes de la planicie mexicana, y aun para toda Mesoamérica, la conquista militar y espiritual de México-Tenochtitlan. La destrucción de los templos y de las representaciones de sus deidades llevó a los indígenas al convencimiento de que una vez muertos los dioses, ellos no merecían vivir. La existencia ya no tenía sentido, se había roto el equilibrio cósmico, el sol ya no volvería a salir y caía la noche eterna sobre el Anahuac.

Sin embargo, no fue posible desarraigar completamente, al menos durante las primeras décadas de dominación española, la forma de vida que habían llevado las comunidades indígenas durante siglos; el sistema tributario continuaba, aunque ahora los beneficiarios eran otros; y a pesar de que la enseñanza de la religión católica se hacía “entrar con sangre”, era poco aceptada teniendo como antecedente la cosmovisión indígena.

Las “prácticas idolátricas” continuaron por un buen tiempo, sustituyendo o sobreponiendo las deidades indígenas a las que ahora se les imponían; no fue sino hasta que los frailes se compenetraron cada vez más de los secretos y concepciones de la religión indígena, cuando ésta se atacó más a fondo.

El adoctrinamiento constante, dedicado especialmente a las nuevas generaciones, pronto rindió frutos; los hijos, practicantes ahora de la nueva religión, llegaron incluso a denunciar a sus propios padres por mantener ídolos ocultos en sus casas o enterrados bajo las cruces o imágenes dentro de los templos católicos.

Estos hechos, consignados en crónicas y relatos de la época, llaman la atención cuando existe la posibilidad de confrontarlos con el hallazgo arqueológico: es ahí donde el documento histórico y el objeto mismo se unen para configurar más claramente una etapa de nuestra historia.

Desde este punto de vista, resulta importante el hallazgo del Tlaltecuhтли; al igual que otras representaciones escultóricas, ésta pudo ser preservada de la destrucción española, al transformarla en piedra de molino. En otros casos, los monolitos se destinaron a servir como columnas, o como pilas de agua; los indígenas que llevaban a cabo las obras, tenían la precaución de no mutilar la deidad, perpetuando de este modo su existencia, lo que era también motivo de regocijo en sus corazones, pues así lograban una pequeña victoria espiritual sobre sus conquistadores.

HALLAZGO Y DESCRIPCIÓN

El 16 de junio de 1988, en los trabajos de construcción del paso a desnivel Reforma-Chivatito, el operador de la pala mecánica descubrió dos monolitos circulares. Al lugar se presentaron arqueólogos del Departamento de Salvamento Arqueológico, quienes observaron que las piezas se encontraban estratigráficamente asociadas al antiguo lecho de un río, ubicado aproximadamente a 3.60m bajo el nivel de la calle. No se detectaron restos de elementos arquitectónicos a los que pudieran estar relacionados (Alejandro Martínez, información personal).

Una vez trasladados los monolitos al Museo Nacional de Antropología, fueron sometidos a un cuidadoso proceso de limpieza y consolidación por los restauradores Carlos Sigüenza y Arcadio Nieto, para proceder posteriormente a su estudio.

El primer monolito es de piedra caliza, de forma circular aunque en parte fragmentada y desgastada; tiene 1.44 m de diámetro y un grosor máximo de 19 cm; su peso aproximado es de 560 kg y presenta una perforación al centro de 20 cm de diámetro. No obstante lo erosionado de la pieza es posible apreciar, por su forma y por las huellas de uso, que fue utilizada durante la época colonial como piedra de molino, y debió ser traída de algún lugar fuera de la Cuenca de México por no ser común aquí ese tipo de caliza.

El segundo monolito es de basalto, también de forma circular. Esta pieza, de 1 002 kg de peso, 1.30 m de diámetro y un grosor máximo de 30 cm, presenta en uno de sus lados un bajo relieve de Tlaltecuhтли —Señor de la Tierra—, lo que indica

*Depto. de Arqueología del MNA



Relieve de la base de la Coatlicue

que fue la base de una escultura mexicana de mayor tamaño, que se "acondicionó" posteriormente a la Conquista como piedra de molino. Tiene una perforación central de 15 cm de diámetro y en el lado liso se practicó una muesca transversal de 45 cm de largo por 16 cm de ancho con lo que se fijaba al eje.

Las representaciones de *Tlaltecuhltli* aparecen casi siempre en la planta o base de las esculturas, generalmente asociado a *Coatlicue*, la de la falda de serpientes, diosa de la vida y la muerte y madre de todos los dioses; *Tlaltecuhltli* es pues la advocación masculina de Coatlicue, donde se concibe a la tierra como el lugar más apropiado para la proliferación de dioses, hombres y animales. Es por ello que generalmente no era visible y casi siempre se le representa como un gran sapo, con grandes colmillos, pelo revuelto lleno de alimañas y sosteniendo al Universo.

Este último factor —el de no ser visible, es decir, el estar siempre en contacto mismo con la tierra—, le dá a las representaciones de *Tlaltecuhltli* la posibilidad de sobrevivir a la destrucción colonial; así tenemos que en este caso la parte superior de la escultura es destruida, dándole a la base la forma circular para utilizarla como piedra de molino.

El relieve se conserva en magnífico estado lo que nos indica que el "Señor de la Tierra" debió estar precisamente en contacto con la misma, ya que de otra manera no hubiera sido aceptada por los españoles. La otra superficie presenta huellas de haberse usado con fines de molienda; a este respecto es conveniente recordar que el cultivo del trigo se implanta casi inmediatamente después de la Conquista y por este motivo

proliferan los molinos. Uno de los más importantes sería el Molino del Rey, ubicado a poca distancia de donde fue localizado este monolito. Lleno un poco más lejos es posible considerar que además de los molinos "establecidos", es decir, de los edificios contruidos específicamente con este fin, existieran al margen de los ríos, como el que pasaba por el lugar del hallazgo, otros procesos de molienda más rudimentarios que aprovecharan directamente las corrientes de agua y que, en algún momento, dejaran abandonadas las piezas ahora descubiertas.

En cuanto a la descripción misma del relieve, aparece *Tlaltecuhltli* representado en la forma común, es decir como un batracio con las extremidades extendidas; aquí sólo se conservan parte de los brazos en los que se observan los amarres que sujetaban los cráneos con los que generalmente está asociado.

El rostro aparece de frente, con grandes cejas curvas que parten de la nariz; en este caso, los ojos han sido eliminados quedando sólo una pequeña porción del párpado superior derecho. Exhibe cuatro grandes y afilados colmillos que sobresalen de una banda parecida a una bigotera y que en ocasiones hace suponer que se trata de *Tlaloc*.

Su tocado aparece incompleto, se observa una banda rectangular con tres círculos, rematándola dos tiras decoradas con pequeños triángulos. Luce enormes orejeras circulares, seguramente de piedra verde y un collar en donde se aprecian tres caracoles cortados, es muy posible que fueran cuatro pero este último desapareció al practicársele la perforación central a la pieza.

El vientre de *Tlaltecuhltli* aparece cubierto por una especie de escudo o rodela casi completo, bordeado por plumas y con la representación de los cuatro puntos cardinales y el centro del Universo llamado "quinterno", este último elemento ocupa una gran parte de la pieza, haciéndose evidente cómo los indígenas, aún mutilando las extremidades y tocado de la figura, procuraron preservar el rostro y su vientre.

Un aspecto interesante de este monolito es que el personaje aparece inmerso en bandas ondulantes que hacen alusión a que *Tlaltecuhltli* flota o se sostiene sobre el agua universal que está debajo de él.

Por último, cabe mencionar que en el canto de la pieza, a la altura de la cabeza, se aprecian representaciones de dos garras, refiriéndose al carácter del Señor de la Tierra que devoraba todo lo que llegaba a ella.

ICONOGRAFIA DE TLALTECUHTLI

En la concepción mítica de los antiguos habitantes del Anahuac, la tierra, como muchos otros elementos de la naturaleza, tenía un carácter dual: en su concepción femenina era conocida con distintos nombres, relacionándose todos con el poder fecundador de la mujer, con el de la tierra; se dice que hay un complejo *teteoinan* para designar conjuntamente a *Cihuacoatl*, *Teteoinnan*, *Toci*, *Tonantzin*, *Coatlicue* y *Tlazolteotl* (Nicholson, 1971: 420-421); todas ellas advocaciones diversas de un ancestral culto a las diosas madres en Mesoamérica.

El aspecto masculino de la tierra, era concebido como un animal cubierto de espinas, mezcla de lagarto, pejelagarto y

tiburón, llamado *Cipactli*; así también este elemento era *Tlaltecuhltli* a quien imaginaban como un ser fantástico, cuyo cuerpo adoptaba la posición de un batracio gigantesco y a quien imaginaban como el devorador y destructor de todo lo que se enterraba, para lo cual tenía feroces colmillos y garras en todo el cuerpo.

LA COSMOGONIA INDÍGENA Y TLALTECUHTLI

A través de sus mitos, recogidos por los cronistas del siglo XVI, los indígenas explicaban la creación del Universo, de los dioses, de la tierra y del hombre; así relataban que

la tierra fue creada de esta suerte: Dos dioses, Quetzalcoatl y Tezcatlipoca bajaron del cielo a la diosa [sic] Tlaltecuhltli, la cual estaba llena por todas las coyunturas de ojos y de bocas, con las que mordía como bestia salvaje. Y antes de que fuese bajada, había ya agua, que no sabe quién la creó, sobre la que esta diosa caminaba. Lo que viendo los dioses dijeron uno al otro: Es menester hacer la tierra.

Y esto diciendo se cambiaron ambos en dos grandes sierpes, de los que uno asió a la diosa de junto a la mano derecha hasta el pie izquierdo, y el otro de la mano izquierda al pie derecho, y la apretaron tanto que la hicieron partirse por la mitad, y del medio de las espaldas hicieron la tierra y la otra mitad subieron al cielo. . . Luego, hecho esto, para compensar a la dicha diosa de los daños que estos dos dioses le habían hecho, todos los dioses descendieron a consolarla y ordenaron que de ella saliese todo el fruto necesario para la vida de los hombres. Y para hacerlo, hicieron de sus cabellos, árboles y flores y yerbas; de su peil la yerba muy menuda y florecillas; de los ojos, pozos y fuentes y pequeñas cuevas; de la boca, ríos y cavernas grandes; de la nariz valles y montañas [Thevet, 1973:10].



Relieve del *Tlaltecuhltli* del *Quetzalcoatl*

Los indígenas muestran a través de este mito, una mezcla de lo femenino creativo y lo masculino destructivo como elementos contrarios y complementarios de la tierra. Asimismo, al identificarla como diosa, aunque su nombre se traduce literalmente, como "el Señor de la Tierra" es prueba indudable de que para la época en que estos relatos fueron recogidos, existía ya una confusión con la dualidad de la tierra.

Había una diosa llamada Tlaltecotl [Tlaltecuctli] que es la misma tierra, la cual según ellos, tenía figura de hombre; otros decían era mujer [op. cit.: 105].

Los informantes precisaron que la creación de la tierra fue hecha "...el primer día del año..." (ibidem:105), lo que Nicholson afirma "...ocurrió en el año *ce tochtli* —uno conejo— el primero de la primera trecena del ciclo de 52 años..." (Nicholson, 1971:400).

Así tenemos caracterizado al elemento tierra por dos advocaciones, una femenina que permitía a la naturaleza la fecundación y regeneración de la vida y una masculina, entrada al mundo de los muertos, el *Miclan*, que se encargaba de destruir todo lo que se depositaba en ella; esto lo vemos magistralmente materializado, en la imponente escultura de la *Coatlicue* mayor, donde la figura de mujer está a la vista del público, mientras que en la base, sobre la tierra está el relieve de *Tlaltecuctli*. Es una alegoría de esta dualidad: el Señor de la Tierra en posición de batracio, lleva sobre sus espaldas a la tierra fecundadora.

ICONOGRAFIA Y SIMBOLISMO

El primer relieve que conocemos, de un *Tlaltecuctli* fue publicado en la obra de León y Gama y él lo describe de la siguiente forma:

Acompaña también esta estatua [se refiere a la *Coatlicue* que describe detalladamente] y con gran propiedad la imagen de otro dios, que según los oficios que le atribuían... este es el que fingieron ser señor del infierno o del lugar de los muertos que esto significa literalmente su nombre *Mictlantecuctli*, el cual es el que está grabado de medio relieve en el plano inferior de la piedra que mira a la tierra [León y Gama, 1792:43] (Lám. 5).

Curiosamente esta descripción es muy parecida en varios de sus elementos iconográficos con el disco de este dios recientemente descubierto.

En la actualidad conocemos un buen número de imágenes de esta deidad, trabajadas en relieves pétreos, y a su vez su



Tlaltecuctli

iconografía es una de las más precisas dentro del conjunto simbólico del mundo nahuatl del Postclásico Tardío (1325-1521 d.C.). Su postura, como hemos mencionado, es siempre la misma: a manera de un batracio, colocado en decúbito ventral, con las extremidades flexionadas y el rostro de frente o hacia arriba; da la idea que para los indígenas era tal el esfuerzo que realizaba este Señor de la Tierra por sostener todo sobre sus espaldas, que esa era la posición más adecuada; de tal manera lo apreciamos en el monolito motivo de este estudio.

Muestra garras en ambas extremidades y feroces colmillos, y en ocasiones en todas las coyunturas se aprecian rostros fantásticos con ojos, cejas y colmillos, todo indicando que "mordía como bestia salvaje", que destruía todo lo que a él llegaba; esta alegoría de la antesala de la muerte, la indican algunos relieves al portar cráneos humanos en las manos y en brazos y piernas a manera de brazaletes, los que posiblemente en ocasiones sustituían a los rostros fantásticos de las coyunturas.

El rostro de la deidad en ocasiones ocupa todo el relieve, y se estiliza de tal manera que de él se aprecian los ojos con las cejas curvas, el pelo enmarañado con algún elemento nocturno como alimañas, estrellas o púas y la enorme boca con los amenazantes colmillos que se extiende a lo largo de toda la figura. Sin embargo, afortunadamente en la mayoría de las figuras que conocemos el personaje está de cuerpo entero y la forma de mostrar la faz es: presentando una especie de rostro fantástico, de cuya nariz surgen las cejas que se curvan alrededor de los ojos sin completar el círculo, y una especie de banda a manera de bigotera de la que sobresalen una hilera de colmillos (este último elemento, en ocasiones a primera vista nos hace pensar en *Tlaloc*, el patrono de la lluvia. Otra manera de presentar el rostro es indicando que el dios abre sus fauces de un modo tan exagerado que sólo se aprecia la curva de la boca, indicada por una hilera de cuadritos a manera de dientes y colmillos, la banda labial y, junto a ellos, el pelo enmarañado con los ya mencionados elementos nocturnos y terrenos como: arañas, ciempiés, alacranes, serpientes, etc., y de esa boca gigantesca se aprecia un rostro humano con círculos en las mejillas y mostrando la lengua transformada en cuchillo de sacrificio.

Como bien lo menciona Caso:

la tierra es el lugar a donde van los cuerpos de los hombres cuando mueren... también es el lugar en el que se ocultan los astros, es decir, los dioses cuando caen por el poniente y van al mundo de los muertos [Caso, 1945:43].



Quetzalcóatl

De tal suerte que el rostro humano dentro de la fauce abierta del *Tlaltecuhltli* puede ser el mismo *Tonatiuh* —el sol— que inicia un viaje dentro de la tierra y que surgirá en la mañana tal y como vemos su faz en el centro de la Piedra del Sol.

Cuando luce un tocado, la deidad de la tierra lleva una especie de banda rectangular con tres círculos, posibles representaciones de chalchihuites, y de los bordes de esta banda caen en curva, a ambos lados, dos tiras que lucen pequeños triángulos en hilera, tal y como lo apreciamos en la nueva pieza.

Los relieves que se localizan en la base de la *Coatlícue* mayor (Fernández, 1954) y de la *Yolotlicue*, presentan encima del tocado la fecha *ce tochtli* —uno conejo—, que como se indica en el mito de la creación de la tierra, fue el año en que concluyó dicha creación.

Sus orejeras son círculos con un pequeño anillo inserto en su interior y el collar o colgante que lleva sobre el pecho está formado por una banda en la que se observan varios caracoles cortados y colocados en hilera, cuatro o cinco, según el espacio.

Sobre el vientre, y en ocasiones cubriéndolo totalmente, *Tlaltecuhltli* luce cráneos humanos de frente o de perfil, clara alusión a su relación con el mundo de los muertos, o una especie de escudo o rodela circular con un borde de flecos o plumas en cuyo centro está el llamado quintero, elemento formado por un círculo central y los cuatro de los extremos, representando a *Tlalxico*, el ombligo o centro de la tierra del cual se extienden las cuatro direcciones: *Tlacopa*, el Oriente; *Mictlampa*, el Norte; *Cihuatlampa*, el Occidente y *Huitztlampa* el Sur. Este último elemento, aunque algo mutilado, es parte importante del último *Tlaltecuhltli* descubierto: la alusión es definitiva, el Señor de la Tierra está en el centro de la tierra y de ahí domina las cuatro direcciones de la misma; del disco o del cráneo hay varios colgantes formados por tiras o bandas que tienen como función cubrir el sexo del personaje.

En algunos relieves observamos tres plumas que complementan la decoración de este escudo con el quintero.

La localización de este relieve, generalmente en la base de altares o de otro tipo de escultura tridimensional, como serpientes, la *Coatlícue* etc., indica que en la concepción indígena, *Tlaltecuhltli* claramente tenía la misión de sostener dicho altar o imagen. Por ello es sorprendente y revelador que, después de la hecatombe de la Conquista, cuando los

europeos obligaban a los vencidos a transformar las imágenes de sus antiguas deidades en columnas de palacios o de iglesias, o inclusive hayan preservado la piedra, cuidando el relieve que se salvará gracias a que quedó oculto en la base de la nueva escultura o edificación. Así, durante los siglos venideros *Tlaltecuhltli* continuará cumpliendo su misión de sostener una nueva construcción o de ser el punto de apoyo de un instrumento de trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- CASO, Alfonso,
1945 *La religión de los aztecas*, Biblioteca enciclopédica popular No. 38, S.E.P., México.
1967 *Los calendarios prehispánicos*. Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Cultura Nahuatl, Monografías No. 6, UNAM, México.

- FERNÁNDEZ, Justino,
1954 *Coatlícue, Estática del arte indígena antiguo*. Ediciones del IV Centenario de la fundación de la Universidad Nacional, No. XV, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, México.

- GARIBAY, Quintana Ángel Ma.,
1973 *Teogonía e historia de los mexicanos, tres opúsculos del siglo XVI*, Col. Sepán cuántos... No. 37. Edit. Porrúa, México.

- LEÓN y Gama, Antonio,
1792 *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del empedrado que se esta formando en la plaza principal de México se hallaron en ella el año de 1790*. Imprenta de Don Felipe Zúñiga y Ontiveros, México.

- NICHOLSON, Henry B.,
1971 "Religion in Pre-Hispanic Central Mexico" en *Handbook of Middle American Indians*, Vol. 10:395-446. University of Texas Press, Austin.

- THEVET
1973 "Historia de México", en *Teogonía e Historia de los Mexicanos, tres opúsculos del siglo XVI*, Col. Sepán Cuántos... No. 37, Editorial Porrúa, México.



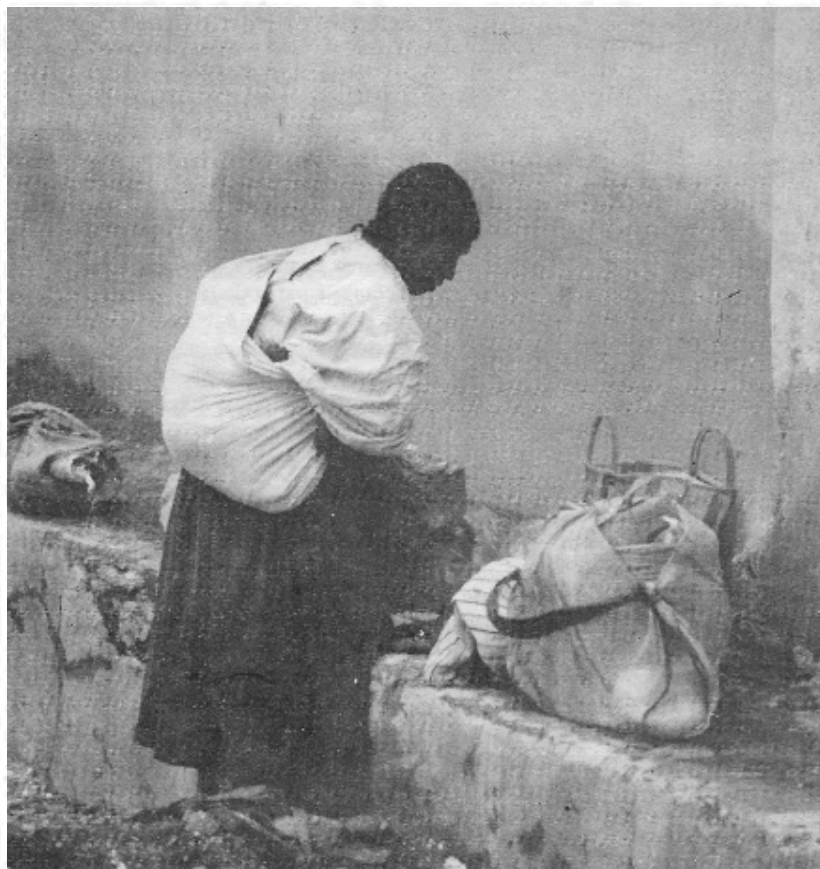
Relieve del *Tlaltecuhltli*



Fotografía: José de los Reyes Medina (MNA).

Leticia González**

Hacia una historia regional*



Dentro de la historiografía, la historia regional se considera una opción metodológica (Del Río, 1982: 42) ni más ni menos rigurosa en el manejo de los datos que lo que se exigiría al estudio de la historia nacional o universal. Esto significa que:

El tipo de problemas teóricos que uno se plantea cuando hace historia regional es básicamente el mismo que sería válido en investigaciones que se ocuparan de universos de estudio más vasto [Del Río, 1982: 42].

Si la enfocamos desde esta perspectiva, tenemos que en la historia regional, sus resultados y logros deberían evaluarse al igual que en cualquier otra investigación histórica en función de las siguientes líneas:

La legitimidad teórica de su problemática, la originalidad y adecuación de los métodos con que se realiza, el rigor con que se efectúa y la precisión con que se expresan los resultados [*ibid.*].

La historia regional no debería ser

pues, un terreno para improvisaciones, folclorismos ni fantasías como tiende a practicarse con mucha frecuencia, particularmente en las publicaciones de provincia. No se trata de una tierra de nadie abierta a la incursión de todo aquel que sienta la inclinación de hacerlo sin tomar en cuenta los fines ni objetivos de la investigación histórica, conformándose con utilizar únicamente una especie de intuición. Es necesario insistir como ya otros lo han hecho (Montejano, 1972) que la historia regional debe de eliminar el "amateurismo" y dar paso al rigor.

Por otra parte, sería necesario también delimitar el alcance de diferentes actividades que apoyan la investigación historiográfica pero no persiguen objetivos de la historia en el sentido de una disciplina que analiza el pasado desde una perspectiva tal que pueda servir para "... reformar el presente y permit(a) prever el futuro." (Connelly, 1977: 25). Por ejemplo, recopilar escritos inéditos, ordenarlos y publicarlos, es una forma de salvaguardar una parte de los datos objeto de la investigación histórica (lo mismo podría decirse de la narración oral, el material arqueológico, el material visual o audiovisual, etc.); realizar una crítica aislada de los documentos sería otra actividad relacionada, así como su interpretación y evaluación (*ibid.*). En resumen, la práctica de las llamadas "ciencias auxiliares de la historia" tales como la Bibliografía, Archivonomía, Cronología, Genealogía, Heráldica, Museografía, Numismática, Paleografía y Siglografía (Uribe, 1966: 683) proporcionan un tipo de datos muy valiosos en ciertos casos para el historiador, pero manejados aisladamente no producen una historia que explique determinados fenómenos sociales del pasado.

El quehacer que se antoja como inmediato para iniciar el replanteamiento de la historia regional implica abandonar el estrecho enfoque localista que se percibe en muchos de los textos publicados en provincia.

Durante la Colonia, por ejemplo, el territorio actualmente conocido como la Comarca Lagunera estaba controlado, influenciado, gobernado o sujeto a la dinámica social y política generada en otros asentamientos cercanos, tal y como puede ser el caso de Parras, Viesca, Cuencamé, Mapimí, Parral, etc. Desde estas poblaciones se incursionaba y explotaba esporádicamente la Comarca Lagunera, terri-

* Ponencia presentada en la Mesa Redonda "Historia e Identidad" el 8 de septiembre de 1987 celebrada en el Museo Regional de La Laguna de Torreón, Coah., organizada por la Dirección General de Promoción Cultural, SEP.

**Depto. de Prehistoria, INAH, México, Museo Regional de La Laguna, INAH, Torreón, Coah.



torial aún anónimo y relativamente deshabitado. El análisis histórico de estas poblaciones y particularmente de las unidades de producción que las sostienen, tales como las haciendas de los grandes latifundios y la minería, en función de las cuales se estaba generando toda la dinámica económica y social en esta parte de México, es ineludible si se desea entender el móvil, las consecuencias y peculiaridades de la colonización de esta parte de México.

Según Vito Alessio Robles (1938: 489).

... en las postrimerías del siglo XVI los misioneros jesuitas fundaron un gran número de los pueblos en la región en donde desaguan los ríos Nazas y Aguanaval dichas poblaciones hubieron de ser abandonadas a causa de las hostilidades de los indios salvajes. Así, la región agrícola más rica del Estado de Coahuila permaneció abandonada durante todo el siglo XVII...

Esta cita sirve de apoyo al planteamiento previo relativo al hecho empírico de que se trataba de un territorio abandonado por lo que a la colonización española se refiere. Sin embargo, por otra parte habría que cuestionarse la interpretación de este fenómeno y desechar como única la explicación a

esta situación atribuyendo solamente a la presencia de "salvajes" la imposibilidad de su colonización. Es decir, desechar explicaciones monocausales y plantearse hipótesis alternativas como podrían ser, entre otras, que el abandono de este territorio respondiera a los intereses, limitaciones orango de influencia de otras empresas productivas, políticas, etc.

A estas alturas, la historiografía desarrollada para la Nueva España nos señala también la necesidad de ampliar el campo de estudio incluso más allá de las poblaciones circunvecinas puesto que una gran cantidad de decisiones económicas y políticas que atañían a este territorio se generaron en la capital de la Nueva España y en la propia España.

Hay que subrayar también el hecho de que finalmente, a partir de la Colonia, el territorio mexicano está inserto en un sistema colonial capitalista, vinculado por lo tanto a intereses del mercado mundial, y que es en función de sus necesidades como muchas veces se deciden las prioridades en la explotación de los territorios.

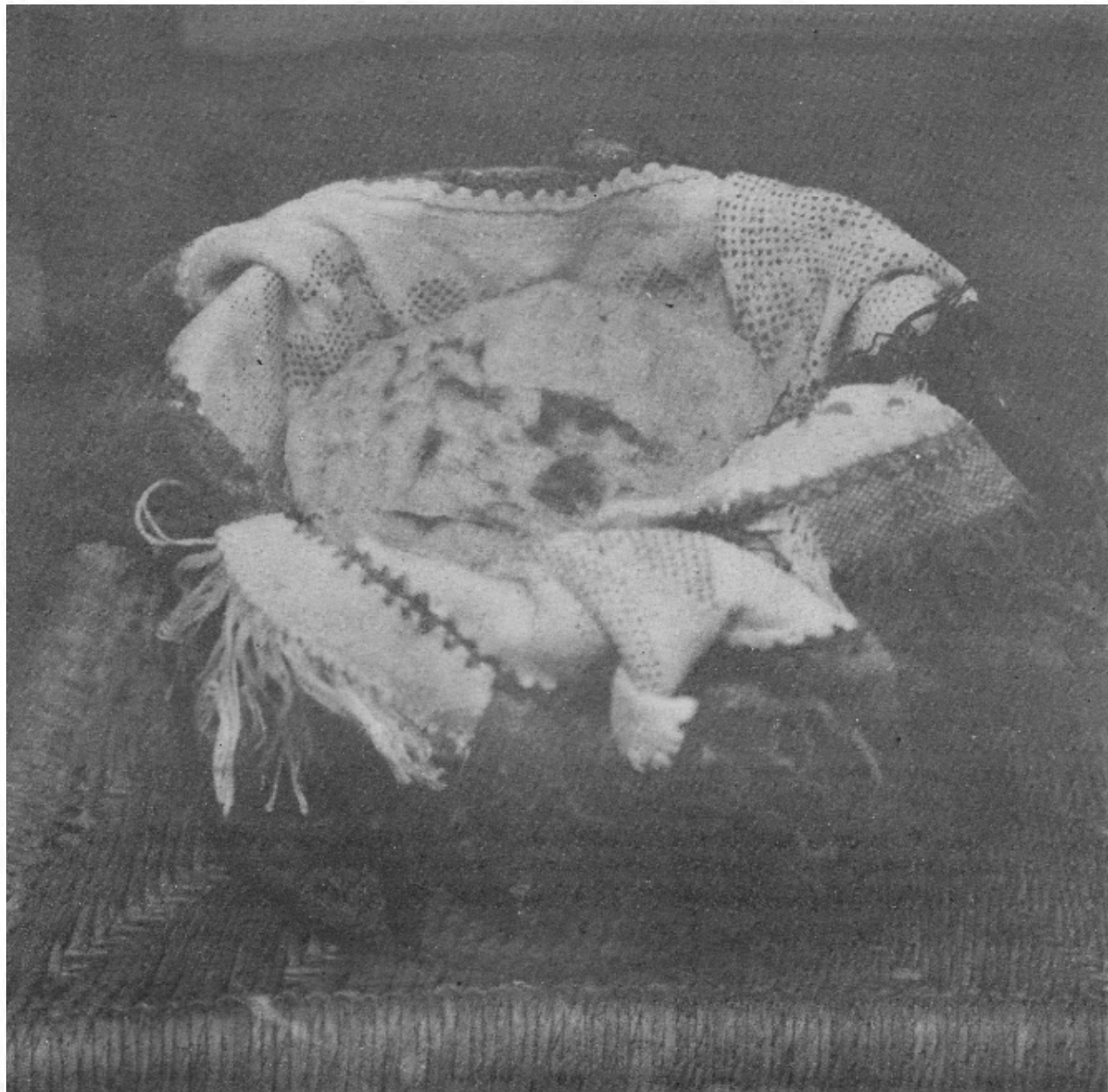
En este siglo (XVII), como en el posterior (XVIII), el factor más influyente en

la formación de la nueva sociedad es el sector externo: la relación con una metrópoli distante que concibió a sus colonias como proveedoras inagotables de los recursos que requería para competir con las potencias del Viejo Mundo. De ahí que el comercio y la minería intervinieran tan poderosamente en la economía novohispana [Florescano, *et. al.*, 1973:473-474].

Así pues, sería necesario, como lo han hecho tantos historiadores especializados en la Nueva España, partir de una teoría que contemple la vinculación de la región bajo estudio, a los intereses económico-políticos extra-regionales que no aparecen como obvios pero que son los que finalmente han determinado, al menos por lo que a México respecta, la ruta económica, social y política de cada una de las regiones del país, incluyendo la Comarca Lagunera, y de cada una de sus etapas a partir de la Colonia.

Al revisar la bibliografía dedicada a este territorio encuentro que, en la medida en que el tema es tratado a partir de épocas más cercanas a nuestros tiempos, por ejemplo desde el Reparto Agrario en adelante, la investigación es más abundante y es llevada a cabo particularmente por sociólogos, antropólogos y economistas. Gran parte de estos trabajos poseen un buen nivel de rigor metodológico, y sustentan una teoría de principio así como los conceptos derivados de la misma. En la medida en que nos alejamos en el tiempo (de la Revolución Mexicana hasta el Reparto Agrario en la Comarca Lagunera), disminuye el número de obras. En múltiples casos,





el análisis de esa época es un mero preámbulo para abordar el fenómeno que trajo consigo la decisión cardenista de la expropiación de latifundios.

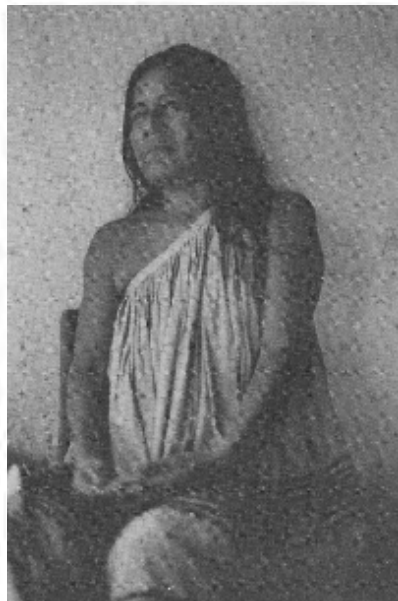
Contados son los estudios que abarcan desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la Revolución, que sustenten alguna tesis explicativa de la situación de la época, y se tiende a encauzar la investigación a la recopilación de documentos y a la exaltación de personajes locales. Finalmente, escasean desde documentos hasta interpretaciones sustentadas por un enfoque teórico, de mediados del siglo pasado hasta la época prehispánica. Es difícil

encontrar un estudio que rebase la mera anécdota o descripción textual de los documentos más conocidos que los antiguos cronistas redactaron, sin aportar nada más que la información que el documento en sí proporciona.

Desde un punto de vista de la historiografía regional, considero verdaderamente urgente el estudio y análisis científico de las épocas tradicionalmente ignoradas por esta historia, como es la prehispánica, la colonial y el siglo XIX. Una parte de la urgencia por lo que respecta a su aspecto práctico, radica en el hecho de que su estudio requiere de una fuente de in-

formación muy vulnerable: por un lado los documentos antiguos y, por el otro, el material arqueológico. Ambos tipos de información desaparecen día con día ya sea debido al saqueo de que son objeto los sitios arqueológicos o a la negligencia con que se tratan los archivos que contienen documentos que informan sobre estos periodos históricos.

Es necesario recuperar estos periodos, entre otras cosas porque el vacío producido por la falta de conocimiento sobre lo que ocurre en la Colonia, por ejemplo, ha llevado a soslayar o pasar por alto una explicación que



muestra de qué manera la organización de la producción durante esta época inciden, se oponen o promueve, en el Norte de México, la dinámica que surge como un proyecto alternativo y diferente (desde la perspectiva histórica del Norte de la República Mexicana): la producción de un monocultivo con miras a su comercialización y exportación, introduciendo a marchas forzadas una gran cantidad de recursos técnicos desarrollados generalmente en el extranjero, aplicados en todos los niveles del trabajo agrícola y, en particular, a la irrigación.

La Comarca Lagunera es el primer lugar del Norte Arido de México donde se instrumenta este tipo de agricultura (generando una forma de relaciones sociales y de trabajo de corte netamente capitalista). Según Bernardo García (1973:66) la colonización de la Laguna, "... es la mayor y más antigua -1850- de las regiones de colonización del Norte".

Cabe hacer notar que es sintomático en la historiografía nacional, no únicamente en la regional, la carencia de estudios de la época colonial (Florescano, 1973: 473; Semo, 1973: 13) particularmente a través de fuentes primarias, con un enfoque que se avoque al estudio de los procesos sociales que, a través de la producción, generan cierto tipo de prosperidad económica. ¿Qué mecanismos políticos y sociales contribuyeron a que esta riqueza se concentrara en determinada clase social y cómo este hecho está ligado a las carencias, limitaciones y pobreza de otros grupos sociales que

constituían la mayoría de la población?. También resulta imperativo incluir como tema de la misma investigación la forma de explotación de la naturaleza para lograr los objetivos económicos y las consecuencias que ésta acarreo.

Finalmente, sugiero que la historiografía regional debería de satisfacer dos objetivos:

1) Señalar la articulación que tiene la historia regional con la historia nacional, para conformar una visión a la vez amplia de los fenómenos económicos y sociales cuya dinámica sea de orden nacional y más específica por lo que se refiere a fenómenos que surgen gracias a coyunturas regionales. La historia nacional está plagada de lagunas de información por el hecho de que normalmente se excluye de ésta a las historiografías locales (algunas veces por ignorarseles, otras por inexistentes), que en teoría deberían ser precisamente las que alimentarían a esa historia. La búsqueda de esta vinculación está por realizarse.

2) Aislar con categorías suficientemente generales, fenómenos y procesos sociales que rebasen el ámbito regional y nacional y que puedan identificarse como de orden universal, contribuyendo con casos concretos al enriquecimiento de la historia mundial.

En síntesis, se podría afirmar que la información y datos que la experiencia del pasado ha producido, permiten a su vez asomarse a la historia regional y darle un matiz más genuinamente local en algunos de sus fenómenos, pero también más universal en otros. Lograr estos objetivos implica una investigación orgánica, la cual no se ha realizado aún, aunque existen trabajos aislados que nos puedan dar la pauta sobre la orientación a seguir como el de Gándara, del Castillo y Meyer (1979) y el Vargas-Lobsinger (1984).

Implica pues, la organización de un trabajo que considere fundamental la integración sistemática de la teoría, el método y la técnica historiográfica. Sólo así se podrá aducir como positiva la actividad de los historiadores regionales.

BIBLIOGRAFIA

ALLESSIO ROBLES, Vito, 1938, *Coahuila y Texas en la Epoca Colonial*, Editorial Cultura, México.

CONNELY, Marisela, 1977, *Cambios del Análisis histórico*, Anuies, México.

FLORESCANO, Enrique e Isabel Gil Sánchez, 1976, "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808". *Historia General de México I*. El Colegio de México, p. 471-578, México.

GANDARA, Leticia, Gustavo del Castillo y William Meyer, 1979, *La Comarca lagunera: su historia Parte II: Las Haciendas de los algodoueros*. Centro de Investigaciones Superiores del INAH. Cuadernos de la Casa Chata 18 México.

GARCIA MARTINEZ, Bernardo, 1976, "Consideraciones Fotográficas". *Historia General de México I*. El Colegio de México, p. 5-69. México.

MONTEJANO Y AGUIÑAGA, Rafael, 1972, "Métodos de Investigación de La Historia Regional", *Estudios de Historia del Norte*, Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, Monterrey.

RIO, Ignacio del, 1982, "Entrevista", *Historias*. Boletín de Información. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, No. 9, p. 39-44. México.

SEMO, Enrique, 1973, *Historia del Capitalismo en México*. Los Orígenes, 1521/1763, Ediciones Era. México.

URIBE DE FERNANDEZ DE CORDOBA, Susana, 1966 "Ciencias Auxiliares de la Historia". *Historia Mexicana*.

VARGAS-LOBSINGER, María, 1984, *La Hacienda de "La Concha". Una empresa algodouera de La Laguna 1883-1917*. Instituto de Investigaciones Históricas Serie Historia Moderna y Contemporánea: 17 Universidad Nacional Autónoma de México México.



HISTORIA GRÁFICA DE MÉXICO

HISTORIA GRÁFICA DE MÉXICO

1



Joaquín García-Barcena

Época Prehispánica

1. Época Prehispánica
Joaquín García Barcena

HISTORIA GRÁFICA DE MÉXICO

2



Enrique Florescano • Rodrigo Martínez

Época Colonial

I

2. Época Colonial (I)
*Enrique Florescano
Rodrigo Martínez*

HISTORIA GRÁFICA DE MÉXICO

3



Enrique Florescano • Rodrigo Martínez

Época Colonial

II

3. Época Colonial (II)
*Enrique Florescano
Rodrigo Martínez*

HISTORIA GRÁFICA DE MÉXICO

4



Enrique Florescano • Rodrigo Martínez

Época Colonial

III

4. Época Colonial (III)
*Enrique Florescano
Rodrigo Martínez*

HISTORIA GRÁFICA DE MÉXICO

5



Luis Miguel Aguilar • José Joaquín Blanco • Guadalupe de la Torre

Siglo Diecinueve

I

5. Siglo Diecinueve (I)
*Luis Miguel Aguilar
José Joaquín Blanco
Guadalupe de la Torre*

HISTORIA GRÁFICA DE MÉXICO

6



Luis Miguel Aguilar • José Joaquín Blanco • Guadalupe de la Torre

Siglo Diecinueve

II

6. Siglo Diecinueve (II)
*Luis Miguel Aguilar
José Joaquín Blanco
Guadalupe de la Torre*

GUIAS INAH-SALVAT

- Museo Nal. de Historia
- Templo Mayor*
- Valle de Oaxaca*
- Teotihuacan*
- Uxmal*
- Cacaxtla
- Museo Nal. de Yucatán
- Antropología
- Palenque
- Museo Nal. de Historia*
- Norte de Yucatán*
- Comalcalco

*en inglés

EN PRENSA

- Tula
- Sur de Yucatán
- Bonampak
- Paquimé
- Yaxchilán

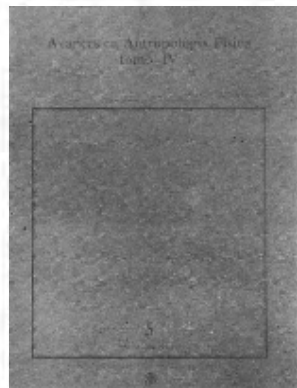


Novedades libros INAH

HISTORIAS 18



Historias núm. 18. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH



Avances en Antropología Física. t. IV. Departamento de Antropología Física. Cuaderno de Trabajo núm. 5

La madera: estudio anatómico y catálogo de especies mexicanas

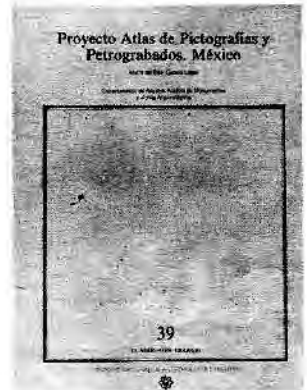


La madera: estudio anatómico y catálogo de especies mexicanas. Daniel Camacho Uribe. Colección Científica

Molino del Rey: historia de un monumento



Molino del Rey: historia de un monumento. Ma. Elena Salas Cuesta (coordinadora). Colección Científica



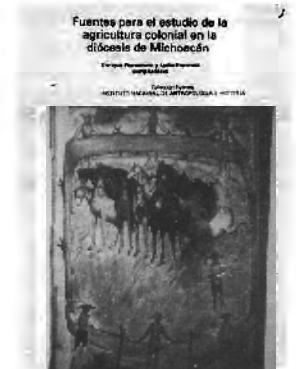
Proyecto Atlas de Pictografías y Petrograbados, México. Ma. del Pilar Casado López. Departamento de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas. Cuaderno de Trabajo núm. 39



México en 1863. Testimonios germanos sobre la intervención francesa. Jesús Monjarás-Ruiz. Colección Divulgación



Reminiscencias de un viaje a través de la Sierra Gorda. Alfredo Guerrero Tarquin. Colección Divulgación



Fuentes para el estudio de la agricultura en la diócesis de Michoacán. Enrique Florescano y Lydia Espinoza (compiladores). Colección Fuentes

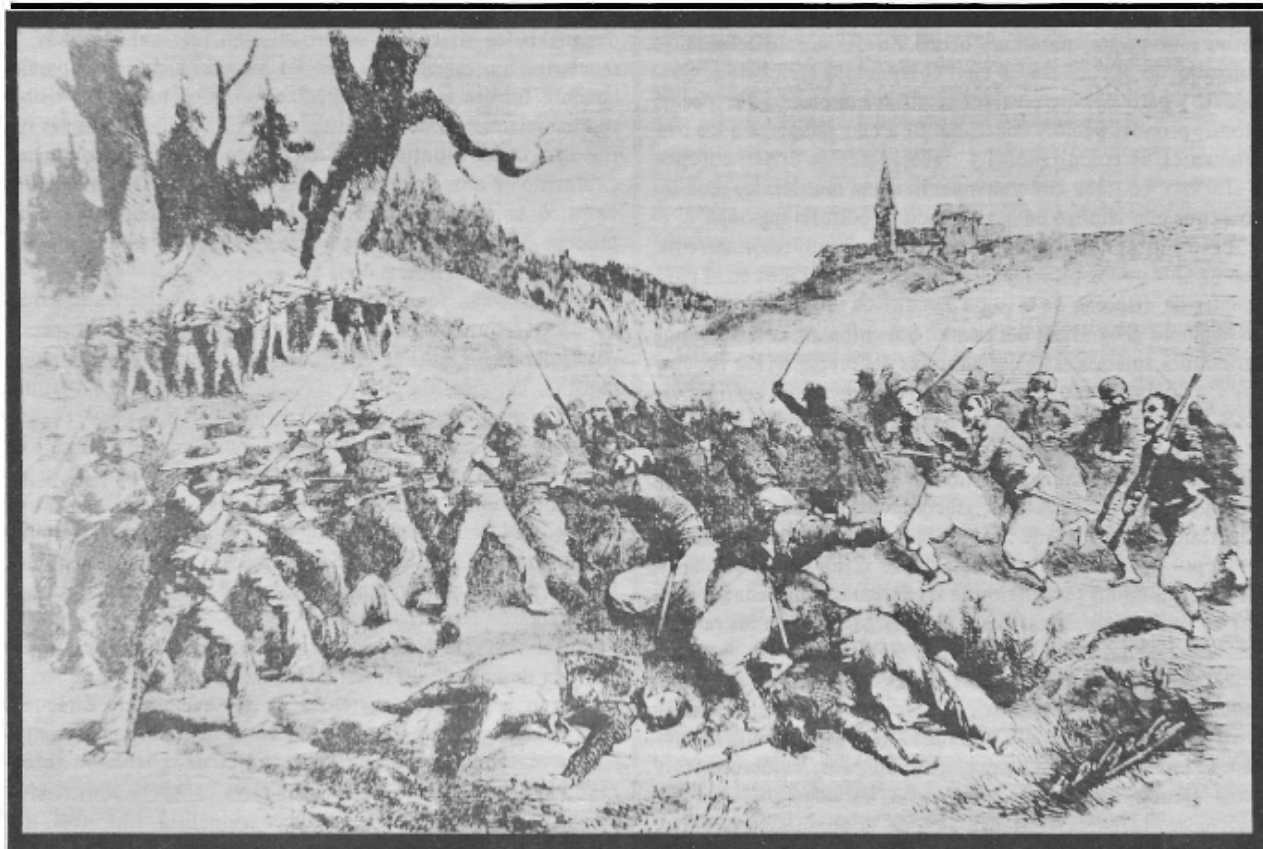


Historias para temblar: 19 de septiembre de 1985. Colección Divulgación

Antropología suplemento

ANIVERSARIO

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 25 ≈ Enero-Febrero 1989



Guerra y sociedad en Michoacán durante la ocupación militar franco-belga y el Imperio de Maximiliano (1863-1867)*

Carlos García Mora**

En la década de 1860, Michoacán fue escenario de la invasión y la ocupación de su territorio perpetradas por un ejército extranjero, en combinación con fuerzas mexicanas, para derrocar al régimen republicano y liberal vigente e imponer uno monárquico e imperial. Los sucesos entonces acaecidos se engarzaron

en la trama social, la situación económica y la lucha política mexicanas en general, y michoacanas en particular, de aquella época. Esos sucesos tuvieron trasfondos históricos internacionales y regionales específicos. Por ello, si bien la guerra a la sazón desatada siguió las directrices prevalecientes de la lucha por la hegemonía, tomó las formas peculiares moldeadas por las condiciones específicas de las tierras michoacanas. Bajo estas formas, la vida social se atuvo al desarrollo de los acontecimientos militares y políticos desenvueltos en tres lapsos: el de la ocupación militar y la instauración de autoridades adictas al intervencionismo extranjero; el de la implantación y vigencia del gobierno imperial; y el de la desintegración de éste y la restauración de las instituciones de la República liberal. Michoacán, sacudido por la guerra, heredó secuelas profundas, todo lo cual mueve a la reflexión sobre las nada olvidables cuestiones del pasado michoacano.

* Resumen de un trabajo realizado entre 1983 y 1984, dentro del Seminario de Historia de la Reforma, Intervención Francesa y el Imperio (relación Iglesia-Estado, 1860-70), dirigido por el doctor Luis Ramos en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El director del Seminario proporcionó asesoría y fotocopias de impresos y documentos del Archivo Secreto Vaticano. Y el colega Gerardo Sánchez Díaz, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, proporcionó asesoría bibliográfica y fotocopias de documentos del Archivo del Poder Judicial de Michoacán.

** Depto. de Etnohistoria, MNA

El escenario social

Michoacán albergaba entonces poco más de seiscientos mil habitantes, distribuidos en las ciudades de Morelia (su capital, con treinta mil vecinos), Pátzcuaro, Tzintzuntzan y Zamora; las villas de Zitácuaro, Charo, Pizándaro y Maravatío y unos 361 pueblos, 2 213 ranchos, 1 255 haciendas y 19 minerales. Un veinte por ciento de la población hablaba una lengua americana nativa (purépecha, mazahua y otras). En el conjunto del extenso obispado de Michoacán, el cual comprendió Michoacán, Guanajuato y parte de Guerrero, se encontraba población purépecha, otomí, pirinda, pame y mazahua. Si a ello se agrega a los descendientes de colonizadores y trabajadores de origen europeo y africano, contaba con una masa humana multiétnica, con todo lo que ello implicó en la vida social y cultural regional.

El territorio destacó sobre todo, por su producción agrícola, siendo uno de los principales productores de granos en el país, además de disponer de la gama de cultivos propios de las diversas regiones geográficas del estado. Sin embargo, como fue una agricultura sujeta a las bajas abruptas del precio de sus productos y a dificultades para transportarlos al mercado, sufrió cíclicas y agudas crisis. También fue notable la producción ganadera, forestal y minera, además de contar con una diversificada producción manufacturera. Existió un comercio establecido en tendajones y grandes tiendas, así como una extensa red trajinera y huacalera y sistemas de tianguis semanales y ferias anuales.

La población estaba conformada por varios sectores sociales. Había campesinos parcelarios de las antiguas comunidades agrarias en proceso de desintegración. Estaban también los ranchos libres y dinámicos de quienes se nutrieron las guerrillas chinacas. A diferencia de éstos, había trabajadores con pocas propiedades o bien ninguna, como peones y jornaleros rurales, y otros asociados a la cría de ganado, la minería y otras actividades. Los hacendados, ganaderos, mineros, comerciantes y otros grandes propietarios, formaron las oligarquías criollas regionales, herederas estructurales, de la colonia española. Y entre estos sectores básicos floreció una clase media de profesionistas, pequeños propietarios, pequeños comerciantes, militares, bajo clero y otros sectores medios, de los cuales se nutrió la vanguardia dirigente de los movimientos liberales. Por su parte, el clero michoacano, constituido por individuos de variada extracción social, formó —particularmente con la jerarquía— un sector dominante defensor de intereses propios y de aquellos del dominio social tradicional.

Las antiguas comunidades campesinas, lanzadas a un nuevo proceso de reintegración a la sociedad mexicana en construcción, eran pueblos social y económicamente heterogéneos y abiertos a otros sectores sociales y grupos étnicos. Integrados socioeconómica y políticamente a sus regiones y aún al país, dependían parcialmente del abasto externo. En efecto, las otrora comunidades agrarias coloniales mostraron: vecinamiento de población de origen español y africano y de migrantes de otros pueblos de la región; extensión del conocimiento y uso de la lengua española; estratificación social interna (acelerada por el desataque de las propiedades comunales para exponerlas a la dinámica de la compra y venta de bienes raíces); entrega de excedentes a través de pagos de diezmos y demás rentas a los curas; instalación de mesones, escuelas, casas de correo y receptorías de rentas; bracerismo eventual en minas, haciendas, obras públicas y otras actividades; salidas periódicas en peregrinaciones religiosas regionales e interregionales; inserción en los sistemas comerciales regionales y nacionales (a través de los huacaleros, la arriería y el tráfico de canoas, y las redes de tianguis semanales y de ferias anuales); puesta en el mercado de una variedad

de productos y manufacturas, y adquisición de otros por compra e intercambio.

Para entonces, los pueblos campesinos se hallaban en un dilema. Por una parte, habían sido unidades sociales apropiadas corporativamente de sus tierras, en cuyo seno lo civil y lo religioso funcionaron bajo una misma organización, regulada por los ciclos agrícolas, comerciales y religiosos. Y por otra parte, enfrentaban las inevitables contradicciones producidas por sus desigualdades internas y su articulación regional. Además, la secularización creciente escindió a los pueblos al crear paralelamente formas laicas de organización. Y al fondo del visible resquebrajamiento de la cultura regional, la división de las tierras agrícolas y montuosas de los pueblos fue un hecho crucial, expresado en numerosas rebeliones agrarias. La derrota de éstas significó la reincorporación de los pueblos campesinos a un proceso de reforma agraria, social y cultural, preconizada por la transformación liberal de la época.

Nada extraño fue entonces, la conducta pasiva y aún adicta de los excomuneros campesinos ante la intervención francesa y particularmente, ante la instauración de una monarquía paternalista y católica. De hecho, las aspiraciones de los campesinos fueron ajenas al proyecto liberal de nación. En general, el campesinado mexicano —entramado en las realidades étnicas— en varias regiones del país llegó a intentar construir utópicos señoríos campesinos. Tal ocurrió durante las llamadas guerras de castas, durante las cuales los territorios liberados del dominio criollo sucumbieron tanto por los embates externos, como por las contradicciones internas que abrieron los flancos por donde se produjeron las derrotas.

Como fuera, la defensa de la soberanía nacional en esa época fue una defensa clasista. Así, al mismo tiempo que los liberales exaltaron la heroica resistencia de los vecinos de Zitácuaro ante el invasor y sus aliados mexicanos, reprocharon al campesinado mazahua su apatía. ¿De qué Zitácuaro hablaron entonces? Pues del de las clases medias cuya cabecera convirtieron en un abanderado del liberalismo nacionalista. Entonces, mal hicieron en hablar a nombre del conjunto social, cuando fueron unas clases las comprometidas con el proyecto liberal y otras las subalternas.

El alto clero pudo contar con el campesinado para amparar su apoyo al Imperio, pero ese sostén pudo ser relativo y carente de incondicionalidad, dada la corrupción del clero secular y la degradación del regular, lo cual a veces pudo oponer a los sacerdotes con su propia feligresía. Además, la existencia en los pueblos de la heredada organización local del culto y del ciclo de fiestas religiosas, así como de los encargados lugareños de éstas, se opuso a la monopolización de la autoridad del clero o, por lo menos, limitó su alcance. Por ello, a la larga, el clero buscó extinguir esa organización (la cual fue adquiriendo un carácter popular dada su autonomía), para fomentar las asociaciones institucionalizadas dependientes de la jerarquía eclesiástica.

En términos generales, el llamado partido conservador en Michoacán estuvo compuesto por sectores de las clases propietarias, aunque éstas proporcionaron también algunos miembros al llamado partido liberal. La filiación política fue en algunos casos ambigua, por lo cual, la intervención francesa forzó a los individuos a tomar partido, provocando la deserción de algunos liberales acomodados, quienes se pronunciaron por la instauración del Imperio. Algo similar ocurrió con los grandes comerciantes. Otro sector conservador fue el de los militares, antiguos miembros de los ejércitos conservadores derrotados (como el santanista).

Otro importante y agresivo sector del conservadurismo mi-



Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, oriundo de Zamora, Michoacán. Formó parte de la junta de notables nombrada por las fuerzas intervencionistas francesas

choacano lo constituyeron los clérigos, particularmente su jerarquía, pues en el bajo clero hubo sacerdotes neutrales o partidarios de la República. La clerecía michoacana administraba una institución otrora financieramente importante, afectada por las reformas liberales puestas en práctica por gobiernos estatales, en particular por las de la desamortización y la nacionalización de los bienes eclesiásticos. Por ello, la cuestión de la defensa y la recuperación de esos bienes se convirtió en un asunto caro a la jerarquía. Ello se agravó con el resto de las reformas tendientes a quebrar el monopolio del control social e ideológico de la Iglesia sobre la sociedad michoacana, como fueron las de la instauración del registro civil, la expansión de la educación laica, la municipalización de los panteones y otras medidas secularizantes.

Aunque la jerarquía eclesiástica en su conjunto ofreció una oposición abierta al proyecto liberal, entre sus miembros hubo diferentes posiciones sobre las alternativas políticas a las cuales apoyar. Así, si bien todos buscaron una salida conservadora, algunos quisieron preservar la soberanía mexicana, incluso en el caso de imponerse una monarquía como régimen de gobierno.

Miembros destacados del clero conservador en Michoacán fueron Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Clemente de Jesús Munguía y José Antonio de la Peña Navarro.

Labastida, zamorano egresado del seminario de Morelia del cual fue docente y rector, ocupó elevados cargos en la curia eclesiástica michoacana. Formó parte de la Cámara de Diputa-

dos del estado. Y llegó a ser obispo de Puebla en 1855. Al involucrarse al clero poblano en el apoyo a una rebelión religionera antiliberal, por lo cual fue castigado con la confiscación de sus bienes, la oposición de Labastida a ese castigo le valió el destierro a La Habana. Luego pasó a Roma y a otras ciudades europeas, donde fue ministro plenipotenciario del efímero gobierno mexicano conservador entre 1859 y 1860. Después, en Roma llevó a cabo intensa actividad política y diplomática en favor del proyecto monárquico y la intervención de potencias europeas para hacerlo posible. En sus pláticas con el archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo, candidato a la Corona mexicana, defendió los intereses eclesiásticos, condicionando su apoyo a la resolución de sus problemas. En Roma fue nombrado arzobispo de México, convirtiéndose en el jefe más importante de la Iglesia católica en el país. En 1863, amparado por la fuerza francesa interventora, regresó del exilio como uno de los miembros de la regencia provisional encargada de preparar la instauración del Imperio.

Munguía, uno de los más destacados personajes del conservadurismo mexicano, nativo de Los Reyes e hijo de un abarrotero criollo de Tamazula, trabajó como dependiente de un comercio en Zamora. Fue arrestado en 1829 por conspirar contra los procedimientos electorales. Ya mayor, estudió en el seminario de Morelia, donde fue compañero de Labastida y donde impartió clases. Se recibió de abogado, ejerció un tiempo su profesión y después la abandonó para ordenarse sacerdote. Fue rector del seminario y ocupó varios cargos en la jerarquía michoacana. Ideólogo ilustrado y autor de varios libros, llegó a ser considerado como "la cabeza de la religión en México".¹ Nombrado obispo de Michoacán en 1850, tuvo constantes enfrentamientos con los gobiernos liberales estatales, debido a su intransigencia ante las reformas aplicadas por éstos. Apoyó al régimen conservador santanista, del cual fue presidente de su Consejo de Gobierno. A partir del triunfo del movimiento liberal de Ayutla, se involucró totalmente en la lucha política. Fue desterrado a Roma en 1861, donde movió cielo y tierra en favor del proyecto monárquico. Regresó a México junto con su paisano Labastida y otros preladados.

Peña y Navarro, nacido en Tanganmandapio y vecinado en Zamora, tenedor de libros de una casa comercial y luego egresado del seminario de Morelia, fue docente de esta institución, diputado en el Congreso local, cura de Angamacutiro, Jacona y Dolores Hidalgo y miembro de la curia michoacana. En 1856, fue desterrado también por el gobierno liberal, y en Europa trabajó en favor de la intervención extranjera. Estando en Roma se le nombró obispo auxiliar de Munguía y en 1863 primer obispo de Zamora.

El partido conservador contó con el peso de una cultura social, política, intelectual y religiosa de viejo cuño. Dispuso del seminario de Morelia para formar sus cuadros. Tuvo como uno de sus medios de difusión ideológica una prensa e impresos adictos. Y la preservación del catolicismo conservador tuvo en importantes segmentos de la población femenina su más eficaz conducto, pues gracias a ellos el pensamiento católico permaneció en el seno familiar, convertido en una fortaleza ideológica y en un aprovisionador, mediante las relaciones parentales, de una clientela silenciosa pero presente.

Por su parte, el llamado partido liberal se formó de una alianza dispareja, un bloque siempre cambiante, desmoronándose y reconstituyéndose constantemente. La vanguardia de esa alianza la compusieron sectores medios (profesionistas, funcionarios, burócratas, sacerdotes, artistas, etcétera), hacendados emprendedores y algunos comerciantes y militares. Su base social la formaron artesanos (herreros, sastres, talabarteros,

etcétera), pequeños comerciantes, rancheros propietarios o arrendatarios (particularmente los ligados a la ganadería: los chinacos) y aun bandoleros rurales de diversa procedencia.

Hombres libres de a caballo, los chinacos poblaron las rancherías en grandes zonas del estado y estaban extraordinariamente adaptados a su medio geográfico. Como guerrillero montaraz, el chinaco se convirtió en un símbolo del apoyo rural a la causa liberal:

usaba sobrero ancho jarano, corbata tricolor, chaqueta de cuero y chaparreras negras; en el cinto, el revólver; el sable, terciado en las acciones de la silla; en la cuya la lanza, y el mosquito en el carcax: todo un chinaco.²

Una ayuda destacable fue la de las mujeres liberales, tanto de las clases medias como de las populares. Tuvieron la carga más dura de llevar las segundas, de entre las cuales salieron las soldaderas, acompañantes de los ejércitos en campaña. Ellas vivieron, como pocos, el drama humano de la guerra.

Estos sectores liberales michoacanos se encontraban fraccionados en diversos y, a veces, opuestos grupos políticos, agrupados en torno de líderes y caciques, con bases sociales y materiales en diferentes regiones del estado. Por ello, fueron frecuentes sus fricciones, aun en los momentos más críticos, cuando la República se jugó su existencia misma; entre otras cosas quizás por carecer de una visión de conjunto.

El movimiento liberal produjo su propia cultura, la cual coadyuvó a su éxito en el debate ideológico con los conservadores. Su vanguardia contó con escritores, poetas, pintores, músicos, abogados, médicos y otros intelectuales y profesionistas. Dispuso de instituciones educativas para formar sus cuadros

profesionales como el Colegio de San Nicolás y con una prensa e impresores adictos. Asimismo, promovió la cohesión política con banquetes, ceremonias, festividades cívicas, desfiles militares y otros actos similares. En parte, la implantación afortunada de la corriente liberal se debió a su capacidad de generar una nueva manera de pensar y nuevas pautas de conducta social y política. Destacó particularmente, la incorporación de la filosofía de la igualdad y la institución del sufragio universal como medio de elección de los puestos políticos. Pese al costo cobrado a las comunidades campesinas con pretexto de dicha filosofía, ésta acompañó un avance democrático real, aunque haya satisfecho la necesidad de expansión de la sociedad burguesa, cuyos intereses se hicieron aparecer como propios de toda la nación.

Además de esa cultura de los liberales ilustrados, se contó con la adhesión de una cultura popular. Por ejemplo, las canciones y los fandangos fueron elementos arraigados de reanimación guerrillera y agitación clandestina. Sin duda, ello contribuyó a mantener viva la causa republicana:

*Dicen que vienen los belgas
bajando por el parral;
que vengan o que no vengan,
por nosotros es igual.
Churumbela de mi vida,
churumbela de mi amor;
a la guerra van los hombres,
¡válgame Dios! ¡qué dolor!³*

Cada uno de los individuos y los grupos involucrados en los acontecimientos, actuaron como tales y como miembros de



Comisión que ofreció a Maximiliano el trono de México. Entre sus miembros figura el abogado michoacano Ignacio Aguilar y Marocho, oriundo de Morelia

un sector específico; es decir, su actuación tomó la forma moldeada por las características de su propia organización social. Los profesionales como personalidades individuales. Los excomunerados se comportaron conforme a las pautas de su antigua organización corporativa, haciéndose representar a nombre de la colectividad. Los peones de cuadrilla como partidas. Los vaqueros como guerrilleros de a caballo. Y los caporales como jefes.

Y encima, aunque la historia muestra la lucha de las clases sociales, en conjunto esa lucha está lejos de ser una simple pugna de opresores contra oprimidos, pues en la mayoría de los casos, es un movimiento de alianzas tácticas o implícitas de varias clases o fracciones de clase. En Michoacán, si bien pudo haber tendencias sociales predominantes, ocurrieron divisiones por las posiciones políticas en el seno de cada clase social. Así, hubo hacendados afiliados tanto a un bando como al otro. E incluso, ocurrieron fracturas en las familias mismas. En una sociedad como la mexicana del siglo pasado, donde las relaciones parentales habían dejado de ser dominantes, el parentesco carnal o político jugó su papel, pero en un sentido y en otro; es decir, miembros de una misma familia pudieron apoyar a la causa liberal y otros a la monárquica, apoyándose cada uno en diferentes parientes y compadres, amén de sus allegados políticos, socios comerciales y demás personas relacionadas con ellos. Analizando los intereses sociopolíticos, económicos y religiosos de los involucrados se podrían determinar las diferencias entre cada uno.

El escenario histórico

El siglo pasado, México fue escenario de la tensión provocada por el desarrollo de los diferentes sectores sociales, cuyos intereses se polarizaron hasta conformar los bloques sociopolíticos aglutinados en los llamados partidos conservador y liberal. Ambos debatieron nada menos sobre cuál debía ser el destino de la nación, luchando enconadamente por imponer sus proyectos antagónicos, mediante la formación de un Estado a su medida. El bloque liberal y modernizador buscó, en un largo y difícil combate, construir una república liberal para cimentar una nación burguesa. Así, los acontecimientos se sucedieron dentro de la confrontación decisiva entre las clases dominantes y las ascendentes.

En efecto, ciertas fracciones sociales emergentes se interesaron en erigir una república liberal, desligada de su pasado colonial, empeñada en su modernización y organizada sobre una economía adecuada a las exigencias del mercado mundial. Para ello, se trató de fortalecer a la burguesía como conductora social, acumulando en sus manos capital y medios de producción, transformando la concepción anterior de la propiedad y sus funciones, fomentando la pequeña propiedad y creando un mercado libre. A largo plazo, su proyecto modernizador evitó el desmembramiento del país, pues constituyó una opción con posibilidades reales de imponer su hegemonía. Durante la dilatación de esa nueva sociedad, las clases trabajadoras fueron sometidas para jugar papeles subalternos. La ideología liberal aportó una filosofía de libertad e igualdad, aunque en un México burgués. El México trabajador debió, aún, esperar su oportunidad histórica. Los artesanos, los pescadores, los arrieros, los vaqueros, los campesinos, los obreros, los peones y todos aquellos hombres y mujeres, mestizos, mulatos, purépechas, mazahuas u otomíes, fueron sometidos a los proyectos contrapuestos de la oligarquía criolla y de los mestizos y criollos de las clases medias y de la naciente burguesía liberal. De hecho,

se sujetaron al desenlace del choque en el cual se hallaron enzarzados los nacientes sectores sociales y las clases dominantes hegemónicas.

El liberalismo michoacano tuvo tempranera raigambre, pues desde la independencia política de la Nueva España, se expresó en la forma de una corriente federalista y anticlerical. Esa primera generación preparó el advenimiento de una segunda, más resuelta y audaz, y menos adicta a la tradición colonial. Ello convirtió a Michoacán en una pieza política clave. Destacado promotor de la segunda oleada liberal fue Melchor Ocampo, miembro de una familia descendiente del criollismo independentista y dueña de la hacienda de Pateo, en el distrito agrícola de Maravatío. Interesado en la modernización de la agricultura regional, pero sensible a la cuestión social y contrario al poder y esquilmos clericales. Como gobernador dos veces, encabezó los ensayos del reformismo de nuevo cuño, experimentados en Michoacán para luego aplicarlos a nivel nacional. Ocampo representó una de las más avanzadas y lúcidas corrientes de su época. Su proyecto fue el de los hombres libres que tenían en la honestidad pequeño burguesa y en la mediana empresa, el pivote de su utopía liberal, la cual nunca se probó realmente. Mantuvo con el clero michoacano una sonada polémica, teniendo como su más destacado contrincante a Munguía, obispo de Michoacán. Esos dos hombres, en las crestas de olas históricas rivales, protagonizaron en Morelia en debate de su época, en el cual se dieron ya todos los elementos ideológicos de la época futura. Nada se decidió realmente entonces, pero ya todo estuvo dado ahí. El conjunto social entero debatió en Michoacán los albores de la marcha hacia la modernidad capitalista.

A raíz del movimiento armado cobijado en 1857 bajo el llamado *Plan de Ayutla*, el cual derrocó a la dictadura santanista y llevó al poder nacional a la segunda generación de liberales mexicanos, en Michoacán se terminó de arraigar un movimiento reformista. Su victoria militar, aunque endeble, les abrió su oportunidad histórica, por lo cual se apresuraron a generalizar la puesta en práctica de sus planes económicos y políticos.

Sin embargo, el partido conservador estuvo lejos de haber sido derrocado, pues se mantuvo como el mayor obstáculo. Papel estelar jugó en la resistencia antiliberal el alto clero michoacano, opuesto activamente a las reformas que le afectaron. En consecuencia, los gobiernos liberales michoacanos actuaron con dureza ofensiva, provocando tal hostilidad del clero que se tuvo que expulsar del estado al obispo Munguía. Este conflicto entre el gobierno y la clerecía terminó convirtiéndose en uno de los asuntos calientes de esa época. Pero la reforma de la sociedad michoacana abarcó, además de la cuestión eclesiástica, la de la educación, el registro civil, la prensa, la sociedad campesina, la hacienda pública, la cultura, etcétera. Sin duda, el clero católico, como las comunidades campesinas, fueron de los sectores más duramente tocados por las reformas. En efecto, la Iglesia fue eliminada como potencia económica y se deterioró su monopolio ideológico, al mismo tiempo que las comunidades se vieron acosadas por una ofensiva decidida para desintegrarlas, lo cual propició la insurrección campesina.

A nivel nacional, todo ello provocó una contraofensiva conservadora y detonó una guerra civil, conocida como la Guerra de Reforma o de los Tres Años, entre 1858 y 1860. De ella se vió relativamente libre Michoacán; pero ante el peligro afrontado, se constituyó un cacicazgo político militar de corte liberal, con el cual se hizo frente a la contrarreforma y se aceleró la aplicación de la política gubernamental. Sin embargo, la arbitrariedad y el predominio de lo militar sobre lo político, causó entre el mismo partido liberal un descontento implacablemente reprimido.

A la larga, se derrotó la contraofensiva armada del conservadurismo y se desintegró el descontento campesino.

Para entonces, la sociedad michoacana se halló hendida por bandos irreconciliables. La contrarreforma se reorganizó en torno de un proyecto monárquico, todavía más peligroso, pues puso en peligro la existencia misma de la República.

Un suceso, como fue el asesinato de Melchor Ocampo, secuestrado de su hacienda en Pateo, mostró hasta dónde estuvieron dispuestos a llegar los sectores más intolerantes, quienes distanciaron la política del ejercicio democrático y del debate ideológico, para sumirla en actos criminales ejecutados como pruebas de poder.

Michoacán se convirtió en un hervidero donde ningún grupo ni proyecto logró prevalecer. Mientras, el conservadurismo cristalizó su alternativa monárquica, propiciando la intervención extranjera para instaurar un imperio en México.

Como resultado, el país sufrió la intervención militar pergeñada en el Imperio francés, encabezado por Luis Napoleón, "el pequeño". La subsecuente guerra provocada por esa decisión, estuvo distante de ser una tregua obligada entre los bandos políticos mexicanos, para dirimir antes la cuestión vital de la soberanía nacional. Por el contrario, la guerra fue una lucha clasista por obtener en los frentes interno y externo, el triunfo definitivo en los campos militar y político. Lucha en la cual el partido liberal sobrevivió y se ganó su implantación irreversible en el territorio mexicano y en el concierto internacional.

Estos años se desarrollaron en el contexto de la competencia por obtener la supremacía, particularmente entre Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, tras la cual emergió la hegemonía del mundo *anglosaxon, white and protestant*. En ese escenario, el gobierno liberal mexicano se vio obligado a suspender temporalmente los pagos de su deuda externa, debido a la crítica situación económica del país. Ello provocó la intervención directa de los gobiernos de los países acreedores (España, Francia e Inglaterra), cada uno de los cuales tuvo intereses diferentes, además de los del mero cobro de lo adeudado. España se interesó en la reinstauración del dominio español o, al menos, en la implantación de un príncipe hispano. Inglaterra deseó prevenirse de las pretensiones estadounidenses sobre el Canadá. Y Francia acarició el proyecto de un imperio "latino", para bloquear el expansionismo estadounidense y el republicanism que amenazaban la existencia de las monarquías europeas. Para ello, en contubernio con sectores mexicanos se pensó instaurar una monarquía asociada al apoyo francés. A principios de 1862, las tres potencias citadas enviaron fuerzas militares expedicionarias a tomar el puerto de Veracruz. Después de las negociaciones del gobierno mexicano con los representantes español e inglés, los contingentes de Inglaterra y España se retiraron.

Pero en 1863, Francia, empecinada en llevar adelante sus proyectos, prosiguió con sus planes de invadir el interior del país. Después de ocupar la ciudad de México el mes de junio, la comandancia francesa formó una Asamblea de Notables para que nombrara una regencia espuria, adoptara legalmente la monarquía como forma de gobierno y recabara adhesiones públicas. En esa asamblea, Michoacán se vio representado por individuos de su más aneja aristocracia conservadora. También ese mismo año, se dió a conocer la candidatura del archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo para ocupar el trono mexicano, con la aprobación inglesa, el patronazgo francés y la complicidad del conservadurismo monárquico mexicano. Ante esa conducta, el gobierno mexicano sólo le quedó oponer resistencia armada. Desde entonces, dos formas de gobierno funcionaron en el país, desatándose una cruenta lucha a muerte entre ambas.



Un suavo

Para el emperador francés, Luis Napoleón, esa aventura fue un monumental error, el cual le costó a la postre su carrera y la desintegración del quimérico Imperio francés.

A diferencia de las guerras de conquista emprendidas en América por España, Portugal e Inglaterra, la invasión francesa, aunque fracasó, fue ya una verdadera guerra imperialista del moderno capitalismo internacional. Desde el punto de vista de la estrategia y táctica militares, la aventura francesa en México marcó las pautas de las subsecuentes agresiones imperialistas, sobre los países objeto de la codicia capitalista.

Ante los acontecimientos, el gobierno estatal michoacano llamó, en abril de 1862, a la resistencia armada contra la invasión francesa, mientras se acrecentó la agitación conservadora y algunos liberales vacilantes defecionaron. Además, como en el partido liberal se enraizó una crisis interna crónica, ésta estalló provocando la caída del cacicazgo del gobernador, general Epitacio Huerta. Pero la inestabilidad política del liberalismo estatal persistió, lo cual dificultó los aprestos militares. Por eso, éstos carecieron de continuidad y homogeneidad. Las diferencias entre los grupos políticos liberales imposibilitaron conformar una alianza cerrada frente a los agresores. De hecho, fueron varias las jefaturas y los grupos sucedidos en el encabezamiento de la lucha. En el proceso se recompusieron varias veces los cuadros militares y políticos de los liberales.

El ejército republicano debió reorganizarse constantemente ante cada descalabro sufrido a manos de los invasores. Lo mismo debió hacer el gobierno del estado de Michoacán y las autoridades civiles en los territorios libres. Y cada una de esas

reorganizaciones significó un cambio de las bases políticas regionales sustentadoras del gobierno y el ejército. Por esa causa, quienes tomaron sucesivamente el mando michoacano fueron, a veces, otros diferentes de quienes iniciaron la lucha.

Simultáneamente, el alto clero michoacano en el exilio se comprometió activamente con el proyecto monárquico y con el reforzamiento de la autoridad eclesiástica (Munguía ascendió a arzobispo de Michoacán, José Antonio de la Peña fue nombrado primer obispo de Zamora y Labastida llegó a la cumbre de la jerarquía mexicana como arzobispo de México). Su afiliación fue clara, pues incluso el arzobispo Labastida se prestó a fungir como uno de los regentes provisionales impuestos por la intervención francesa.

En septiembre de 1863, los obispos desembarcaron en Veracruz, al amparo de las armas francesas. Labastida, viviendo el mayor lance de su vida, se incorporó a su ministerio y a la regencia, pero sólo para terminar enfrentándose a las medidas liberales aplicadas por los interventores, lo cual le costó su puesto como regente.

Las cartas estaban echadas, el juego corrió ya, inclemente, sin detenerse. El debate ideológico quedó sujeto al servicio de las armas, ahora las decisivas. En Michoacán ocurrieron algunas primicias de los combates, con algún levantamiento prointervencionista. El mismo mes de septiembre, las fuerzas franco-mexicanas se citaron en Acámbaro para iniciar su campaña en el occidente del país. La última oportunidad histórica del conservadurismo decimonónico se jugó en la partida. Una vez más, Michoacán abrió sus campos; esta vez para sellar el destino del siglo, precisamente.

La ocupación militar

La incursión francesa tuvo entre sus prioridades la de la ocupación inmediata del occidente de México. Para ello, se destacaron fuerzas francozuavas y mexicanas; estas últimas encuadradas por antiguos militares mexicanos de los ejércitos conservadores y con infantería formada con leva y soldados republicanos apresados. Ante esa ofensiva, el gobierno michoacano decretó el estado de sitio, puso a buen recaudo los archivos públicos, sentó las bases organizativas de las guerrillas para la resistencia armada, previó la recaudación fiscal en la clandestinidad y declaró a Uruapan capital sustituta del estado (aunque se esperó hasta el último momento para evacuar Morelia).

El 27 de noviembre de 1863, irrumpieron las primeras fuerzas invasoras, procedentes de Toluca, al cruzar la frontera del estado. La defensa michoacana fue fácilmente repelida. El gobierno estatal levantó su protesta y desconoció todo acto de gobierno ejecutado por los ocupantes extranjeros y sus aliados mexicanos.

Tres días después, en la mañana del día 30, se hizo repicar las campanas de la catedral moreliana, cuando los invasores penetraron pacíficamente en la ciudad. Desde la colina de Santa María, el gobernador y sus acompañantes, quienes habían salido poco antes, observaron la ciudad enmarcada por un fértil valle regado por dos ríos y rodeado por un cinturón montañoso. Solamente ellos supieron qué pensamientos cruzaron entonces por sus mentes, pero difícilmente pudieron imaginar, ese plácido día de aquel otoño, las vicisitudes de los próximos tres años de guerra en las tierras michoacanas. Ese puñado de



patriotas contemplando su ciudad, representaron en ese paisaje, a los hombres y a las mujeres con la difícil empresa de hacer sobrevivir tanto a la República liberal, como a la nación misma.

Con la luna en cuarto menguante, la noche de ese día cobijó el acuchillamiento silencioso de dos oficiales zuavos, aventurados por las calles de Morelia. No toda la ciudad hospedaba a los invasores. Entonces, ellos lo supieron.

Después de Morelia, se continuó con la ocupación tomando Tánhuato y Yurécuaro (ya desde antes en manos de mexicanos prointervencionistas), así como La Piedad, Zamora y Los Reyes. Abogados y comerciantes colaboracionistas, fungiendo como agentes, organizaron una red de informadores por medio de arrieros, vendedores de anchera y otros individuos cuyas ocupaciones los mantenían recorriendo el territorio. Michoacán se fraccionó en regiones adictas, ocupadas y resistentes. Por ejemplo, el valle moreliano, el norte zamorano y la ciudad de Pátzcuaro fueron enclaves adictos a la intervención y a la monarquía; mientras el suroeste tierracalienteño y el oriente michoacanos, con poblados como Uruapan, Zitácuaro y Tacámbaro, fueron bastiones del liberalismo en armas.

En la ocupada Morelia, se procedió a nombrar prefecto político y jefe de armas, se regresaron algunas propiedades expropiadas al clero por el gobierno estatal, se volvieron a enclaustrar las monjas y se desreglamentó el culto externo.

Entretanto, el gobierno michoacano se instaló en Uruapan, donde se inició la impresión del periódico oficial: *La República*. Y la defensa quedó a cargo de la división michoacana del Ejército Republicano del Centro, el cual agrupó a las fuerzas de Jalisco, Michoacán, Colima, Guanajuato, Querétaro y México. Conforme el conflicto bélico se fue extendiendo, en algunas regiones la resistencia fue rebasando su carácter oficial, transformándose parcialmente en una guerra popular.

La contraofensiva michoacana se inició el 17 de diciembre, con un ataque masivo sobre Morelia del Ejército Republicano del Centro, dirigido por el indeciso general José López Uraga, miembro de una aristocrática familia moreliana, quien posteriormente se pasó al lado francés. Después de fuertes combates, el ejército republicano fue derrotado espectacularmente. El día 19, un jadeante caballo dejó en la plaza de Uruapan a un chinaco con la noticia: *¡Pues la amolamos! ¡El general Uraga nos hizo ir a estacar la zalea en Morelia!*⁴

Poco después, el día 22, una fuerza zuava llegó a Zamora. Su general entró bajo la lluvia, embozado en una capa argelina blanca, caracoleando su caballo en medio de las ovaciones de la población. Consecuente con la inclinación política e ideológica de sus poblaciones predominantes, desde ese día Zamora se mantuvo adicta al Imperio hasta su final.

Finalmente, el primer día del año siguiente, los invasores entraron a Uruapan para hacerle pagar caro su apego al liberalismo, entregándola a la rapiña de zuavos y argelinos.

Por otra parte, la política fue desarrollándose también. En cada población ocupada, se promovieron los pronunciamientos públicos por escrito apoyando la monarquía como forma de gobierno. Y el clero continuó oponiéndose a las disposiciones de los jefes de la intervención francesa, esperando la instalación del emperador para poder solucionar las discordias (como la suscitada por la retención de los bienes eclesiásticos expropiados por el gobierno juarista).

En el campo se instauró la confusión y se quebró el orden social. El bandolerismo plagó los caminos y las contraaguerrillas de los ocupantes extranjeros asolaron el país. Como en todo nuevo rompimiento del orden social, el finiquito de cuentas pendientes tomó la forma de venganzas, persecuciones y toda clase de desmanes.

Para colmo, las relaciones entre el gobierno michoacano y la jefatura del ejército republicano se dañaron. El gobernador Felipe Berriozábal renunció, para ser sustituido por el general Juan B. Caamaño, quien fue apoyado por un grupo político de Coeneo y Quiroga. Pero sus diferencias con otros grupos regionales terminaron por restarle confianza.

Sin duda, la situación obligó a los individuos a tomar posición, pues varios liberales desertaron e, incluso, algunos se asociaron al proyecto imperial. Si bien las defecciones producidos mermaron el bando republicano, tuvieron la ventaja de desbarazarlo de indecisos y agentes dobles, fortaleciendo así sus núcleos más consolidados.

Las fuerzas zuavas tomaron Zitácuaro. Esta población liberal fue cabecera de una zona donde el campesinado (quizá mazahua en su mayoría) se inclinó en favor de los invasores, quienes podían atender sus aspiraciones agrarias y su deseo de restaurar el culto externo. Pero la torpeza de los ocupantes y su falta de perspicacia social los hizo cometer errores, gracias a los cuales los campesinos acabaron por apoyar a las tropas republicanas, cuyos asombrados jefes encontraron en ellos ayuda adicional.

En el mes de abril de 1864, Maximiliano aceptó el trono mexicano y disolvió la Regencia, dando ya existencia formal al Imperio de México. Al mes siguiente, la prefectura política de la Morelia posesionada dió a conocer medidas para censurar la prensa, para formar fuerzas rurales subvencionadas por propietarios y vecinos acomodados y para otros propósitos.

En Pátzcuaro se estableció una guarnición permanente de moradores adictos al Imperio, sumándose a las guarniciones ya establecidas en Morelia, La Piedad y Zamora.

Por su lado, la hostilidad republicana se mantuvo organizadamente en la región de Zitácuaro, donde se incorporó uno de los jefes chinacos más célebres: Nicolás Romero. Espléndido jinete, mestizo oriundo de la región otomí de Nopala en el Hidalgo magueyero, trabajador rural primero y luego obrero textil en la cuenca de México, Nicolás Romero fue guerrillero liberal desde la última guerra civil y durante la lucha antimperialista se convirtió en uno de los héroes de la resistencia armada en el campo.

Así las cosas, Maximiliano y su esposa, la princesa belga Carlota Amalia, desembarcaron en el mes de mayo en Veracruz, para cristalizar la aventura francesa. Con ellos, la lucha social en Michoacán se engarzó al itinerario de la patética tragedia personal de esa pareja de la nobleza europea, cuyas decisiones costaron la vida a un sinnúmero de michoacanos. El drama, a la sazón apenas empezado a vivir por ellos, se desarrolló en una sociedad en movimiento, al filo de una encrucijada histórica, en la cual la violencia desatada dejó poco a la razón y mucho al poder económico y militar como elemento último para imponer voluntades.

Una vez instalado el emperador Maximiliano, se hizo patente la propensión liberal de éste. Como la prefectura imperial de Morelia tomó medidas favorables al clero y a la prensa clerical, el prefecto fue destituido. Sin embargo, los obispos, incluyendo a los michoacanos Labastida, Munguía y Peña, consideraron que debía aprovecharse la oportunidad, pues "la gracia de reparación" que el Imperio vino a realizar en desagravio de la Iglesia católica y la religión, podía ser la última, como en efecto lo fue. Insistieron en la solución de la cuestión eclesiástica, de la cual dependía, según ellos, la solución de los demás problemas del país.⁵

El ejército imperial mantuvo la ofensiva y cuando los republicanos quisieron contrahacer tomando Pátzcuaro, por ejemplo, fueron derrotados estrepitosamente. La moral bajó en las filas republicanas, reducidas a ochocientos hombres frente a



Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán (litografía de Salazar)

resca conducta protocolaria, de las familias distinguidas adheridas al régimen monárquico. Así por ejemplo, la prefectura de Zamora acordó, con motivo de la visita de su emperador, vestir a los señores capitulares de frac y pantalón negros, centro blanco y sombrero redondo. Moverían a risa esos afanes, si no fuera por el costo social implicado en ellos.

El lapso imperial

Aunque Michoacán distó de haber sido dominado totalmente, se le consideró incorporado al Imperio, lo cual se enfatizó con la visita de Maximiliano en octubre de 1864. La importancia conferida al suceso se reflejó en las propias palabras del austriaco:

nos trasladamos ahora por los montes hacia la turbulenta Morelia, donde el país es más hermoso, el espíritu más vivo, pero también la sangre más caliente. La propia ciudad de Morelia es, como todas las capitales de estado, muy grande y de importancia política y comercial. Es muy liberal y por eso tanto más digna de ser visitada.

Procedente de León, el visitante llegó a la próspera y devota población de La Piedad y de ahí paso a Panindícuaro donde pernoctó, para luego salir a la hacienda de Tecacho donde fue hospedado. En su trayecto fue protegido por columnas franco-mexicanas y se dispuso de fuerzas de Zacapu, Coeneo, Puruándiro, Quiroga y Pátzcuaro, para cualquier contingencia. Arribó a Morelia a las diez horas de la mañana, vestido con chaqueta y chaleco blanco, pantalonería con botones de plata, sombrero galoneado y una llamativa corbata roja, montando un caballo negro con silla vaquera. Nada agradable resultó al conservadurismo que el emperador se presentara ataviado a la chinaca. Con todo, se le recibió con entusiasmo desbordado:

En Morelia, la ciudad más peligrosa y políticamente más difícil del imperio, fui recibido con un entusiasmo que todavía no había visto nunca en mi vida; apenas si podía avanzar mi caballo y cuando me apeé la multitud casi me ahogaba. Es un pueblo inflamable y por eso, también peligroso; la ciudad es muy hermosa, tiene ricos palacios construidos con sillaría y una maravillosa catedral, también de sillaría, con dos altas torres. El campo es risueño y rico.

El monarca se instaló en casa de una familia aristocrática, pero se esforzó por mantener a raya a la clerecía y ostentar su tendencia liberal, negándose incluso a recibir al implacable conservador Leonardo Márquez, general a cargo de las fuerzas mexicano imperiales en el estado. La estancia de siete días se acompañó del boato desplegado por las familias acomodadas y el cabildo catedralicio. El emperador procedió a sustituir al prefecto Dionisio del Castillo, quien había caído bajo la influencia de los imperialistas más irreductibles. En su lugar, nombró a un acaudalado licenciado de 40 años, Antonio del Moral, honrado conservador independiente, nacionalista y con ideas propias. Aunque favorable a las aspiraciones eclesiásticas, este abogado se opuso a la injerencia extranjera en la conducción del gobierno y el ejército. El nuevo prefecto nombró como su secretario al monárquico Alejandro Ortega, quien, aunque fue hombre de confianza de la jerarquía eclesiástica michoacana, se había distanciado de la opinión de ésta. Ambos hombres mitigaron desde entonces la tiranía militar francesa.

El día 18, Maximiliano partió hacia Toluca, despidiéndose de Michoacán en un banquete en la mesa del puerto de Medina, límite con el estado de México. Nunca retornó.

Por su parte, en Michoacán los republicanos se esforzaron en poner en entredicho al gobierno y al ejército del emperador.

los ocho mil del Imperio, el cual dominó todas las ciudades importantes, excepto Uruapan.

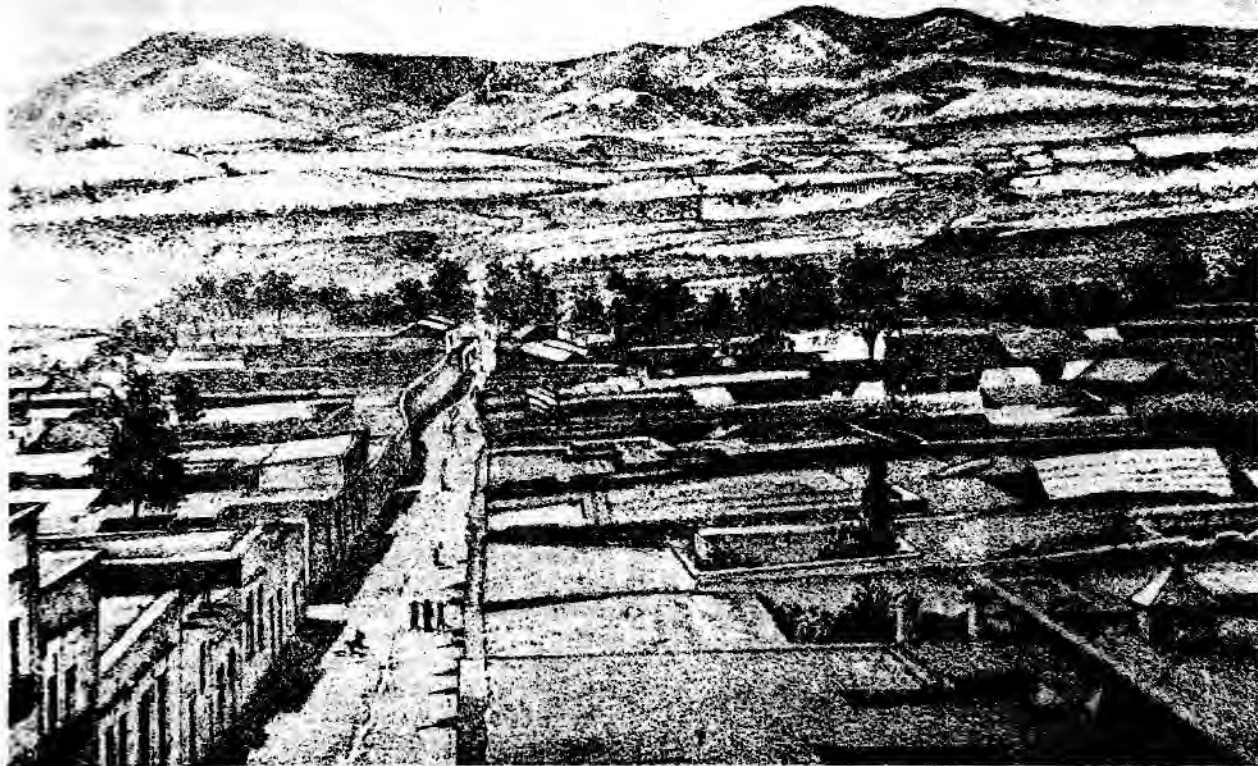
Agravado todo por las pugnas internas, se redujo la resistencia a la guerra de guerrillas:

partidas sueltas, intangibles cuando se les perseguía, imponentes y terribles cuando atacaban por sorpresa, inextingibles en la derrota, pues antes de emprender el ataque, por medio de una cita expresa o por costumbre sabían el punto en que debían reunirse.

Estas guerrillas chinacas que se distinguieron por su uso de las reatas y las lanzas, siempre mantuvieron viva la lucha incluso en los peores momentos. Desafortunadamente, prevaleció la confusión producida por la acción de gavillas de bandoleros, las cuales tuvieron que ser perseguidas o bien, asimiladas a la resistencia con todo y los perjuicios que ello conllevó frecuentemente. Por su parte, el ejército interventor aplicó una política contraguerrillera y adoptó también a los bandoleros para evitar el uso de éstos por parte de los republicanos.

Pese a la incontenible expansión militar imperial, sólo varada ante tierra caliente, se produjeron defecciones en los contingentes ocupantes. Tal fue el caso de un par de argelinos pasados a las fuerzas republicanas, a las cuales sirvieron hasta su triunfo.

Mientras la campaña de ocupación del estado se desarrolló, las autoridades imperiales administraron la nueva era, dada por asentada, y se preparó el recibimiento del emperador en tierras michoacanas, para formalizar el nuevo régimen de gobierno en el estado. Esa supuesta época nueva se abrigó en una caricatu-



Vista de la ciudad de Morelia, donde se observa la valle de Buenavista que baja de las lomas de Santa María, pasando por la gartta del sur

Pero a pesar de ello, la administración imperial funcionó y publicó *La gaceta oficial* como órgano de la prefectura (además se publicaron los periódicos conservadores: *La razón católica* y *La bandera imperial*). Y las fuerzas imperiales continuaron anotándose éxitos, aunque también tuvieron algunos contratiempos, los cuales frustraron entre otros planes, el sometimiento de la zona de Zitácuaro. El intento del Ejército del Centro por volver a emprender una guerra regular se vino abajo, cuando fue destrozado en las cercanías de Jiquilpan, viéndose obligado a retornar a la guerra de guerrillas en las montañas, complementada con la agitación en Morelia, donde una red de agentes logró la desertión de soldados franceses.

Además, las diferencias entre los grupos liberales continuaron dificultando la formación de un frente único y provocando el cambio constante de gobernador y jefes militares. Por lo cual, se alejaron algunos liberales que, a diferencia de quienes claudicaron o traicionaron la causa republicana, se vieron orillados por las circunstancias políticas internas a un retiro voluntario o forzoso. Como el bando conservador, el republicano fue heterogéneo. Cabe esta observación para evitar simplificaciones intencionadas que escindan la historia michoacana en la simple lucha entre patriotas y traidores, con objeto de imponer una justificación política al margen de la explicación crítica y la comprensión científica.

Durante diciembre, en la capital mexicana, Munguía y Labastida se vieron involucrados en el fracaso de las pláticas entre Maximiliano y el nuncio papal para tratar la cuestión eclesiástica. Pese a los ruegos de los obispos, esa ruptura provocó la puesta en vigor de disposiciones liberales, como la de la tolerancia civil de cultos, lo cual deterioró la relación de los obispos con el emperador. Con el tiempo, el clero le retiró silenciosamente su apoyo, mermandole así una de sus bases políticas.

La persistente resistencia michoacana se vio amenazada por otro despliegue ofensivo. Este consistió en la ocupación militar del conjunto del territorio del estado y en la promoción de otra campaña política de pronunciamientos firmados en favor del Imperio. En consecuencia, ocho mil hombres otorgaron a éste el dominio territorial en demérito de los tres mil quinientos del Ejército del Centro. Repercusión negativa fue la toma de prerrogativas tanto militares como de gobierno, por parte de los jefes del ejército expedicionario francés.

Con ese alarde, el Ejército del Centro y el gobierno estatal se vieron acosados. La derrota, aprehensión y fusilamiento del legendario guerrillero chinaco Nicolás Romero fue un golpe militar y moral, al cual se sumó la caída de los baluartes de Zitácuaro y Uruapan. El ejército y el gobierno se vieron reducidos a sus propias fuerzas, sin apoyo directo de otros estados (aunque el desarrollo de los combates en el resto del país sí llegó a favorecer su situación).

A pesar de todo, las circunstancias mejoraron cuando los jefes franceses decidieron, presionados por órdenes superiores, abandonar su favorable posición en Michoacán, reduciendo sensiblemente su presencia. Ello facilitó al nuevo gobernador del estado, general Vicente Riva Palacio, el retendido de los hilos de la cohesión desmoronada, instalando en Tacámbaro el gobierno estatal y el cuartel general del Ejército del Centro. El Imperio, para paliar el vacío dejado, envió una legión belga para establecerla en Zitácuaro y Morelia. Y se practicó en ambas regiones la política típica de las guerras imperialistas modernas, consistente en el asolamiento del territorio ocupado, para reducir el apoyo popular brindado a las guerrillas chinacas. Después, se ocupó también Tacámbaro donde se estableció otra guarnición belga. De esa manera, se abrió el segundo periodo de la guerra, presidido por las tropas belgas, las cuales gozaron

de la confianza preferente del emperador. En ese tiempo, fueron patentes las diferencias entre franceses, belgas, monárquicos mexicanos y clero católico.

El Ejército del Centro cayó sobre Tacámbaro, donde libró un combate atroz, tras el cual se derrotó a la guarnición belga. El hecho provocó en Bélgica la puesta en duda de la participación de ese país en el apoyo al Imperio mexicano. Y en represalia, se llevó en Zitácuaro a sus últimas consecuencias la táctica de asolamiento, aplicando la de tierra arrasada, quemando Zitácuaro y poblados circunvecinos, asesinado y apresando hombres y animales. Ahí se conoció cómo el supuesto proceso civilizador emprendido por las potencias imperialistas de la época, tomó en sus manos las vidas y los destinos de las víctimas de su ambición depredadora.

Pese al retiro del apoyo francés, las recompuestas fuerzas imperiales llegaron a levantar diez mil hombres, manteniendo su superioridad sobre el ejército republicano, el cual ascendió a cuatro mil elementos, pero dispersos y fraccionados. Con todo, el ejército republicano, siempre recomponiéndose una y otra vez, emprendió otra campaña ofensiva, logrando tras sangriento combate, derrotar a las fuerzas estacionadas en Uruapan, aunque después debieron batirse en retirada dada la imposibilidad de retener la ciudad. Pero, como también le ocurrió sucesivamente, luego del resurgimiento se sucedió otra sonada derrota en julio, cuando se produjo un desastre total cerca de Tacámbaro, donde los belgas obtuvieron su satisfacción militar. Con esa batalla, el Imperio logró finalmente el triunfo militar en Michoacán. . . sólo mientras de las cenizas volvía a emerger la resistencia.

En junio de 1865, el arzobispo Munguía abandonó el país, rumbo a Roma, con pretexto de atenderse la vista, la cual efectivamente estaba perdiendo. En esa ciudad continuó interviniendo en asuntos mexicanos, pero aunque mantuvo correspondencia con el cabildo catedralicio, de hecho, su partida marcó el fin de su carrera política y su desaparición del escenario michoacano, donde fue memorable polemista defensor de fueros y atavismos.

A mediados de julio, el predominio belga finalizó para dar paso al de las fuerzas mexicanas adheridas al Imperio, al mando de Ramón Méndez, nombrado comandante imperial de Michoacán. Méndez, oriundo de Ario e hijo de un humilde velero, fue soldado en las tropas conservadoras, en las cuales hizo su carrera. Firmé partidario del Imperio, tomó el mando del llamado Batallón del Emperador, el cual condujo exitosamente, encabezando el último periodo del combate monárquico.

En ese mismo mes, al prefecto político imperial Antonio

del Moral se le aceptó finalmente su renuncia, después de haberla presentado en varias ocasiones, siempre debido a su posición independiente, contraria al intervencionismo extranjero en la administración pública.

En octubre, el supuestamente extinto ejército republicano volvió a levantarse en Uruapan, pero sólo para que una parte fuera derrotada estrepitosamente por el ejército imperial. Este aplicó férreamente la política de luchar a muerte sin clemencia ni prisioneros, a los cuales pasaron por las armas, particularmente cuando se trataba de oficiales, incluyendo al general José María Arteaga comandante del Ejército del Centro. A pesar de todo, otra parte del ejército sobrevivió, aunque dispersa, sin cohesión y sin municiones. En tierra caliente, su último refugio, fue tirando literalmente en la miseria. En cambio, el ejército imperial marchó en grandes columnas combinándose con sus guerrillas y contraguerrillas.

El gobernador Riva Palacio asumió el mando del ejército y en noviembre, para exasperación de sus enemigos, éste logró recuperarse nuevamente y emprender batidas de resistencia, al mismo tiempo que se mantuvo funcionando al gobierno civil. Aunque el triunfo estuvo fuera de su alcance, continuó viva la voluntad republicana.

En diciembre, el obispo del recién fundado obispado de Zamora llegó escoltado por soldados, a tomar posesión de la sede de su diócesis. Fue recibido con solemnidad y regocijo. El prelado se mantuvo en su puesto durante todo el resto del Imperio, estableció la curia y el cabildo y fundó su seminario.

En el transcurso de la campaña bélica, el general Méndez notificó la existencia de prometedores placeres de oro. El espíritu empresarial pudo estar presente en esa observación. En efecto, el inventario de recursos y las perspectivas de inversión interesaron tanto a la intervención francesa como al conservadurismo mexicano. Desde los albores de la injerencia extranjera, el canónigo de la catedral moreliana, José Guadalupe Romero, hizo publicar sus *Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán*. Y ya en pleno Imperio, el mismo autor hizo imprimir unas *Noticias estadísticas sobre el partido de Coalcomán*, para mostrar las favorables condiciones ahí existentes para la colonización regional y extranjera.

Cuando se extinguía el año de 1865, la intronización francesa se hizo cada vez menos tolerable, aunque algunos monarquistas la siguieron considerando como una garantía para la existencia del Imperio. Pero para otros, se podía volver a ganar el apoyo del campesinado si a cambio se restablecía la seguridad pública, manteniendo fuera a los militares franceses "universalmente odiados":

Michoacán no ha recibido de ellos otra cosa que multas, despotismo y depredaciones. El ejército francés es causa aquí de más descontento que las bandas disidentes.



Templo parroquial de Huétamo de Núñez, al fondo de la calle de San Juan

El clero michoacano, siempre atento a sus intereses, regularizó sus asuntos internos ante la ausencia de Munguía y escribió a éste para alentarle a oponerse en Roma al buscado concordato entre el Imperio y la Santa Sede, pues el cabildo eclesiástico michoacano temió perder sus atribuciones si este concordato se acordaba. Pese a la ya franca oposición clerical al Imperio, éste siempre se interesó en tener como uno de sus pilares a la Iglesia católica mexicana, si bien para ello deseó reformarla conforme a criterios liberales. Muestra de ello fue la solicitud del imperial Ministerio de Justicia al obispo de Zamora, para que procediera a erigir un seminario en su diócesis.

En febrero de 1866, el ejército republicano logró dos victorias, la primera en Ario y la segunda en el cerro de La Magdale-

na, cerca de Uruapan. Además, después de una emergencia suscitada en Tuxpan, felizmente resuelta por la acción solidaria de los grupos liberales armados de las zonas de Zitácuaro y del valle de Toluca, se reconciliaron ambos grupos anteriormente distanciados. Hubo pues, momentos ejemplares también en las filas liberales, aunque lamentablemente la tónica fue otra. Así, cuando el Ejército del Centro retornó a la guerra regular enfrentándose infructuosamente a las huestes imperiales en un llano cerca de Uruapan, los jefes estatales y los agrupados en torno al presidente Benito Juárez entraron en conflicto. Ello condujo al desplazamiento del general Vicente Riva Palacio como jefe militar, perjudicando su ascendencia política alcanzada entonces. Vicente, chilango nieto del consumidor independentista Vicente Guerrero e hijo del hacendado y político Mariano Riva Palacio, liberal hasta la médula, abogado, escritor, hombre de acción y singular protagonista de su tiempo, se vio obligado a solicitar licencia para salir temporalmente hacia la tierra de su abuelo, Guerrero, donde tenía ligas. Debido a ese contratiempo, por enésima vez se hizo un cambio general de cuadros políticos y militares, esta vez inclinando la balanza hacia los allegados del general Nicolás Regules. Los acontecimientos, implacablemente, hicieron a un lado a los hombres para dar paso al ascenso del poder, aunque entonces éste fuera sólo potencial en el horizonte futuro.

En marzo, la situación de los republicanos se vio nuevamente agravada por el envío de nuevas fuerzas imperialistas a Michoacán, formadas por Cazadores de África, zuavos y tiradores argelinos. La milicia imperial de esa manera reforzada y renovada, entró en una intensa actividad sin tregua. Quizás, ese fue el periodo militar más favorable al Imperio. A pesar de ello, la ya desgastada resistencia republicana se mantuvo activa, aunque fuera con campañas temporales de guerrillas chinacas, que se disolvían con todo y sus caballos y armas en épocas de siembra y cosecha.

En Roma, el derrotado Munguía, quien como Labastida, consideró ya perdida la situación de su iglesia, renunció al arzobispado de Michoacán y sugirió como obispo coadjutor con derecho a sucesión a José Ignacio Arciga, oriundo de Pátzcuaro, egresado del seminario de Morelia y canónigo de la catedral moreliana. Pero el Imperio negó el pase a la bula papal correspondiente, por lo cual, Arciga sólo fue consagrado hasta después de la caída de Maximiliano. Para Munguía, el "enfermo" país mexicano había entrado en agonía:

comparado el estado de mi espíritu desde que llegue a París, con el que tenía cuando estaba en Roma, respecto de las cosas de México, puede decirse que allá tenía si no esperanzas, por lo menos ilusiones, pero ahora y aquí no tengo nada sino el convencimiento de que todo está perdido.¹⁰

A despecho de ese fatalismo simplificador, el más realista obispo Peña de Zamora, continuó trabajando en su diócesis cuyo territorio dió en visitar. A la larga, con esa conducta se abrió el camino de su sobrevivencia de la extinción del Imperio.

En junio, los republicanos recuperaron para nunca más perder el dominio coartado por un tiempo en tierra caliente, donde —de hecho— el Imperio dejó de existir. Pero el Ejército del Centro, otrora operante en varios estados, redujo su acción a una fracción del territorio michoacano. Asimismo, el gobierno estatal establecido en Huetamo vió reducida su jurisdicción a las zonas de Huetamo propiamente dicho, Zitácuaro, Ario, Tacámbaro y Apatzingán. Como entonces las comunicaciones con el gobierno nacional se hicieron imposibles, el estatal y el ejército actuaron autónomamente durante una temporada.

Sólo un cambio favorable en la situación internacional y na-

cional pudo hacer salir a los republicanos de su callejón sin salida. Francia terminó abandonando deshonorosamente a Maximiliano, pieza desgraciada del ajedrez político internacional, quien careció de la inteligencia y prudencia suficientes como para abdicar, tan pronto como se percató que gran parte del pueblo mexicano lo rechazaba. El apoyo militar francés se retiró, los Estados Unidos —recuperados de su guerra civil— se opusieron a la presencia francesa, las fuerzas republicanas en el Norte y Noroeste del país ganaron terreno y se hicieron imbatibles en Tamaulipas, el valle de Toluca y el camino de México a Veracruz.

Tan pronto como empezó la evacuación extranjera del estado, los republicanos fueron aprovechando la situación. Ciertamente, nunca lograron derrotar a los invasores en Michoacán, pero tampoco éstos lograron exterminar a sus enemigos. La estrategia republicana de llevar adelante una guerra prolongada de resistencia, dió sus frutos al hacer posible el restablecimiento de la República liberal, tan pronto como la invasión y el Imperio fueron finiquitados.

La proximidad del desenlace se presintió, Michoacán empezó a desperezarse después de esa su dilatada noche imperial. El entusiasmo renació, mientras la emperatriz Carlota salió, desesperada, a oponerse a que el régimen francés le arrancara el apoyo a su ya imaginario imperio. Sólo fue a encontrar el infinito crepúsculo de su vida, victimada en intrigas palaciegas y en un oscuro complot para silenciarla y reducirla al encierro, atrás de una dudosa como oportuna leyenda de locura súbita. Después de su depedida de Maximiliano, todavía vivió Carlota Amalia ¡sesenta y un años! secuestrada en residencias de la Casa Real belga. Duro castigo el suyo.

Huetamo, en cambio, simultáneamente al tiempo de Carlota Amalia, vivió el suyo propio, tan diferente como fueron los espacios sociales de ella y el de un pueblo asediado pero de pie. Ahí, en tierracalienteña, Vicente Riva Palacio, después de haber paladeado café traído desde Uruapan, le dictó a su secretario unos versos para publicarlos en *El pitoreal*, el satírico periódico local distribuido entre ancheteros y varilleros en la plaza dominguera de Huetamo, desde donde lo regaban a lo largo del estado. A los versos la chinacada presta los puso música, transformándolos en el canto popular antimperialista por excelencia de la última y decisiva etapa de la resistencia armada:

*Alegre el marinero
con voz pausada canta,
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.
La nave va en los mares,
botando cual pelota:
¡Adios, mamá Carlota,
adios, mi tierno amor!*¹¹

La desintegración

Después de la evacuación francesa, la fuerza imperial mexicana al mando de Méndez quedó dueña de la situación, aunque tampoco logró exterminar la resistencia armada. Sin embargo, entre septiembre y noviembre de 1866, logró sonados triunfos sobre el Ejército del Centro.

Aún así, a veces los republicanos pudieron pasar a la ofensiva, aunque desunidos. En la región de Zitácuaro, el general Riva Palacio encabezó una campaña con los reagrupados jefes chinacos. Y en otra parte del estado y por separado, el Ejército del Centro al mando del general Regules, afrontó la implacable persecución imperial y varias derrotas ante ella, distanciado

NOTICIAS

VIAJE IMPRESO

LA HISTORIA Y LA ESTADÍSTICA

DEL

OBISPADO DE MICHOACÁN

PRESENTADA

A LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA EN 1867

POR SU SOCIO DE NUMERO

El Sr. Dr. D. José Guadalupe Romero

CANONIGO DOCTORAL DE LA SANTA IGLESIA
CATEDRAL DE MICHOACÁN

MEXICO

IMPRESA DE VICENTE GARCÍA TORRES

Calle de S. Juan de Letran núm. 3

1867

Portada de la primera edición de las Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán

de los republicanos de las áreas de Huetamo y Zirátuario. Diversas circunstancias llevaron a la escisión, obligando a Riva Palacio a abandonar definitivamente el estado, quedando el ejército republicano reducido a su mínima expresión. Por fortuna, en tierra caliente una fuerza republicana continuó activa encabezada por el coronel José Vicente Villada. Por su parte, el gobernador michoacano Justo Mendoza enfrentó otro conflicto entre políticos liberales, para impedir la anexión del departamento de Coalcomán al estado de Colima.

Aunque las fuerzas imperiales tuvieron claramente el predominio en el estado, el agravamiento de la situación general del Imperio de Maximiliano obligó a concentrar sus fuerzas, entre ellas las de Michoacán, dejando así el campo libre al ejército republicano y al gobierno estatal. En diciembre, al evacuarse Uruapan, éste fue rápidamente ocupado por los hombres del coronel Villada, único ejército regular en todo el estado. Fue recibido con el entusiasmo de sus vecinos, convencidos de que el Imperio se había retirado de ahí para siempre.

Al iniciarse 1867, aunque sólo se contaba con el contingente de Villada, brotaron por doquier pequeñas partidas, las cuales se fueron uniendo hasta levantar una ola ofensiva que fue cubriendo el territorio michoacano. La hora de la reinstauración republicana se acercó y sus partidarios michoacanos se aprestaron a acudir a la cita: "era como la labor subterránea de un volcán próximo a estallar".¹² Uruapan fue el centro donde, finalmente, se irguió otra vez el Ejército Republicano del Centro. De ese lugar se partió para tomar a sangre y fuego el bastión

monarquista de Pátzcuaro. De inmediato, se fueron reinstalando las instituciones como los ayuntamientos y las dependencias judiciales.

El 5 de febrero, el ejército expedicionario francés abandonó la capital del país, rumbo a Veracruz, para embarcarse hacia Francia. El arzobispo Labastida lo despidió y ese mismo día renunció a su cargo, para prepararse él mismo a abandonar México. Lo supo bien, era el principio del fin. Ese mismo día, el Ejército del Centro tomó el más caro bastión del conservadurismo monárquico en Michoacán: Zamora. Fue el golpe de muerte. Militar y políticamente, "con el ataque a Zamora acabó en Michoacán la guerra de intervención".¹³

El día 13, Morelia fue evacuada por el nunca realmente derrotado ejército imperial mexicano. La tarde de ese mismo día, una pequeña partida de caballería republicana entró en la ciudad. El día 17, el Ejército Republicano del Centro y fuerzas guerrilleras entraron en medio del repique a vuelo de las campanas, el tronar de cohetes y el júbilo de sus simpatizantes morelianos. Al día siguiente, arribó el gobernador Justo Mendoza quien reinstaló ahí la capital estatal. Y el día 20, el ejército partió para sumarse a la batida final de Querétaro.

Entonces, al hacer para la posteridad el recuento de los hechos, fue fácil referir las barbaridades imperialistas; más difícil fue relatar las cometidas por los propios republicanos. La guerra tuvo más colores que el blanco y el negro dibujados por los vencedores. La guerra fue una quiebra atroz del orden social prevaleciente, detonante de reacciones muchas veces incontraladas, las cuales infringieron sufrimiento humano desmedido, injusto, arbitrario. La historia de la guerra estuvo llena de innumerables tragedias colectivas y personales. Fue el costo social del conflicto. Motivo adicional de reflexión.

Como todo movimiento, el liberal adoptó mitos propios para agitar a los sectores que convocó y sobre los cuales se apoyó. Por ello, se difundió una visión histórica específica basada en un nacionalismo liberal y en un culto desmedido, casi religioso, a los "héroes de la patria". Pero una cosa fue satisfacer las necesidades políticas y otra confundir las ideas con la realidad. Si se desea sacar conclusiones de los acontecimientos, se requiere atenerse a los hechos en todas sus vertientes. Debe ubicarse la lucha del pueblo michoacano en dónde y como se produjo, independientemente de cómo los esquemas ideológicos de ambos partidos quisieron mostrarlo.

Secuelas

El conglomerado militar arribado a Morelia fue otro diferente, al del puñado de liberales de aquella mañana de noviembre de 1863, quienes desde la colina de Santa María vieron perdido su destino en un incierto futuro. La guerra modificó la composición y los intereses del partido liberal en Michoacán. La guerra concluyó, pero la política siguió viva, sucediéndose el ajuste de cuentas y la lucha por el poder. La cosecha política estaba por levantarse. Michoacán, recuérdese, siguió siendo una sociedad en movimiento.

Al reinstalarse el gobierno estatal, éste procedió a reabrir el Colegio de San Nicolás, máximo centro educativo liberal en Michoacán. Se instaló el congreso estatal y se efectuaron elecciones para nombrar gobernador. Después, se llevó a cabo una política de "mejoras y adelantos".¹⁴ Se continuó, con bajas y altas, con la reforma agraria para desintegrar a las comunidades campesinas.

Los hombres y las mujeres involucrados en los acontecimientos tuvieron las más disímolas suertes. A algunos la experiencia



les costó la vida. Quienes lucharon en el bando republicano optaron por retirarse de la vida pública o continuar en ella, en algunos casos emprendiendo exitosas carreras políticas. Los soldados fueron licenciados en la miseria. Algunos de los liberales que defecionaron y sirvieron a la causa monárquica huieron del país, al cual retornaron cuando el régimen porfirista lo permitió.

Respecto de los jefes militares conservadores más acérrimos, fueron pasados por las armas cuando fue posible aprehenderlos. En general, quienes se involucraron en la aventura monárquica de una manera intransigente, corrieron la peor suerte, y quienes se avinieron a negociar lograron readaptarse y hasta prosperar en la República restaurada. El ultramontano arzobispo Munguía, quien ascendió como ideólogo ilustrado sirviendo a su iglesia más que a su pueblo, terminó como político exiliado. Todo intento por idealizarlo por su obra escrita, debe recordar su papel en acciones que costaron vidas humanas. Por su parte, Labastida logró retornar durante el régimen porfirista y reasumir su arzobispado, para negociar la restructuración de la Iglesia mexicana. Y el obispo Peña continuó construyendo y consolidando su obispado y oponiéndose a las medidas contrarias a los intereses y principios de su iglesia.

Tal como se evita acusar de traidores a los tlaxcaltecas por combatir con los españoles contra los tenochca, con quienes tenían relaciones de pueblos aparte, tampoco se puede llamar desleales a los campesinos, por su apatía en la defensa de un proyecto de nación que les fue ajeno. Pero en el caso de los conservadores, el alto clero y la aristocracia realista, ellos pugnar por un proyecto para perpetuar un mundo opresor del pueblo por el cual pretendieron hablar. Además, quizás los liberales representaron en su momento, el único intento antiaristocrático viable en el futuro de la nación mexicana.

Levantar un país campesino fue una utopía y el Imperio sólo pudo recrear una política paternalista, en vez de una realmente liberadora. La alianza entre campesinos y artesanos no se llevó a cabo. La alianza entre campesinos y trabajadores libres (rancheros y vaqueros) fue inviable y antinatural. La opción liberal fue entonces la que demostró históricamente su razón: a ella se debe la creación y sobrevivencia de la nación mexicana, proyecto en construcción aún hoy en día.

Cada sector social representó determinadas aspiraciones y por ellas luchó. Algunos sectores campesinos o bien apoyaron a la intervención o se mantuvieron neutrales. Pero la chinacada, parte también de los sectores populares, apoyó la resistencia republicana. Hubo pues, base popular en uno y en otro bando. La lucha del pueblo michoacano siguió varios caminos, a veces divergentes. Quizá la moraleja consista en que en todos esos caminos terminó derrotado y todavía busca el adecuado a sus aspiraciones.

Rastro visible en Michoacán de la presencia de franceses y belgas, fueron los llamados "güeros de rancho" (tanto de la región de Tuxpan como en la de la sierra purépecha y en algunas más). Otra consecuencia pudo ser la de la apertura mayor a las inversiones capitalistas anglosajonas, después de haberse mediatizado la competencia francesa. Resultado patente de los acontecimientos fue el premeditado aliento, dado por algunos liberales, a la expansión del protestantismo en México, para afectar el monopolio de la influencia de la Iglesia católica sobre el pueblo y, de esta manera, frenar su intervención en la política. Esto último reforzó los antagonismos entre las poblaciones de estirpe liberal y las de estirpe conservadora, pues en las primeras se implantaron núcleos de habitantes convertidos al protestantismo, ampliando el antagonismo social y político al religioso. De esa manera, las consecuencias de los hechos

fueron penetrando profundamente a la sociedad michoacana.

En todo conflicto bélico, la victoria suele trastocarse en derrota tras el movimiento que la secuela guerrera empuja. El desenlace da el triunfo aparente a unos, solamente para terminar dando paso a quienes, visionarios o hábiles políticos, supieron jugar sus cartas con mayor suerte o mejor destino, con la vista puesta más allá de lo inmediato. Por ello, el conocimiento de la historia permite reflexionar sobre el pasado, pensando en el futuro de los actos presentes.

En México, la solución estuvo lejos de ser definitiva, pues la aparente victoria de la línea radical del liberalismo mexicano terminó convertida en su desplazamiento del poder. En efecto, la presión conservadora y la inquietud agraria de los comuneros michoacanos persistieron. La victoria militar fue definitiva, pero la oposición armada conservadora continuó, sobre todo con los levantamientos religioneros de 1874. Esos y otros factores, ajustaron cuentas pendientes y contribuyeron a dar paso al movimiento tuxtepecano, llevando al poder al general Porfirio Díaz, quien ascendió precisamente gracias a la influencia ganada durante la guerra. Con él culminó un proceso de luchas nacionales, imponiéndose una *entente* estable. En Michoacán estuvo por verse quiénes constituyeron los grupos políticos y militares ascendentes, tras el triunfo militar.

La guerra provocada por el proyecto monárquico precipitó un rompimiento de la conciliación de clases y un combate para defender sus intereses antagonicos. La conclusión de la guerra marcó el triunfo del proyecto liberal de una de las alianzas en pugna. Después de todo, la guerra fue otro medio de hacer política. Siendo, como fue, un espacio abierto a los extremos de la violencia desatada, con todos los riesgos y los costos implícitos en ella, fue un acelerador y transformador social y político, cuyas consecuencias se han ido dilucidando.

En todo caso, lo irreversible de las reformas liberales implantadas en México, arraigadas como en ningún otro país de América, se debió a esta guerra con la cual se dieron parte de las condiciones que hicieron posible, posteriormente, el liberalismo de conciliación nacional del Porfiriato. El proyecto hegemónico perdurable de éste debió en algo su factibilidad a la reconfiguración política producida por la guerra, gracias a la cual se derrotó radicalmente al conservadurismo decimonónico (aunque éste sobrevivió sometido, en la medida en que siguió siendo una realidad vigente). Al fin y al cabo, la victoria militar es un elemento de peso en todo edificio político.

Además, por otra parte, si alguna posibilidad pudo llegar a tener el proyecto conservador, ésta quedó estropeada por haber caído en manos de facciones intransigentes. En efecto, el conservadurismo mexicano pudo tener estadistas con planes vanguardistas de modernización nacional, aunque preservaron una tradición social y cultural opuesta al industrialismo liberal. Sin embargo, la emergencia victoriosa de los sectores más retrógados y menos emprendedores pudo ser un factor de su fracaso global, al sepultarse sus aspectos más lúcidos. Y de todas maneras, puede especularse si una monarquía industrializada, por ejemplo, tuvo alguna vez posibilidades de realización en América; o si la situación internacional hizo ya irrealizable una idea tal.

Finalmente, cabe traer a la memoria una responsabilidad contraída en la agresión desmedida entonces sufrida por nuestro país. Las clases dominantes francesas pretendieron representar a una Francia que, suponiendo, encarnaba a la civilización misma. Y en nombre de ella, en México se cometieron atrocidades, luego llevadas, crecidas, a otras guerras del imperialismo contemporáneo, como en aquella de las inhumanidades masivas perpetradas en Argelia. Buen cuidado tuvieron de hacer olvidar



Arriero (grabado de H. Triarte)

esa historia negra. Pero el olvido es una decisión política, como lo es también el recuerdo; aunque ambas decisiones tienen signos contrarios. Una, sirve a la servidumbre; otra, a la emancipación.¹⁵

NOTAS

- 1 Romero 1972:24-5
- 2 Ruiz 1975:465
- 3 Canción chinaica titulada "Churumbela", cuya letra recogió Riva Palacio (1868:302-3)
- 4 Ruiz 1975:32
- 5 Labastida y otros 1864
- 6 Ruiz 1975:100
- 7 Conte 1983:291
- 8 Conte 1983:291-2
- 9 Powel 1974:123
- 10 Munguía 1866
- 11 Fragmento tomado de Ruiz (1975:689) e Ibarra (1944:144-5)
- 12 Ruiz 1975:717
- 13 Ruiz 1975:730
- 14 Romero Flores 1960:256

15 En este artículo se utilizaron impresos y documentos de la administración imperial michoacana, fotocopiado por el colega Gerardo Sánchez Díaz en el Archivo del Poder Judicial de Michoacán. Se empleó un volumen del ramo de *Historia del Archivo General de la Nación* para documentar la conducta de los párrocos y la práctica de la arriería durante la época colonial en Michoacán. En la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia se encuentran las actas del ayuntamiento de Zamora, levantadas durante la Intervención y el Imperio, así como correspondencia del obispo Munguía. Se revisaron fotocopias de documentos sobre la

cuestión eclesiástica mexicana, obtenidas por el doctor Luis Ramos en el Archivo Secreto Vaticano.

Para esbozar el contexto internacional, se utilizaron textos de un analista alemán de la época, a quien se debe una crítica del régimen republicano de Luis Bonaparte, antes del restablecimiento del Imperio francés (Kugelmann 1983; Marx 1969, s.f.; Monjarás Ruiz 1983). El panorama socioeconómico mexicano fue proporcionado por C. Cardoso (1980). Y la situación socioeconómica michoacana fue reconstruida con las noticias históricas y estadísticas compiladas por José Guadalupe Romero (1972). Respecto del liberalismo nativo, se dispone de una antología de artículos del político liberal Melchor Ocampo (Arreola 1975). Otras publicaciones versan sobre la cuestión agraria (Gutiérrez 1984; Meyer 1973; Powel 1974; Reina 1980; Sánchez Díaz 1979). Y sobre la cuestión eclesiástica se dispone de generalidades y datos particulares sobre las relaciones entre el imperio y la Iglesia, el asunto de los bienes eclesiásticos y la posición de los prelados michoacanos (Blumberg 1971; Bartolini 1864; Bazant 1977; González Navarro 1971, 1983; Labastida y otros 1864; M. O. M. 1895; Quirarte 1980). Se consultó datos biográficos de estos últimos (Alvarez García 1968; Heredia Correa 1984; Méndez Plancarte 1940; Romero Flores 1960; Vargas Cacho 1968; Velásquez 1931; Willman 1976).

Información sobre la instauración, fin y consecuencias del imperio, fue tomada de varios textos (Alvarez 1977; Bastian 1983; Conte 1983; Ibarra 1945; Molina 1981; Monjarás Ruiz 1974; Varios 1864). Y sobre la historia michoacana y sus secuelas en esta época, varias publicaciones aportan información (Anónimo 1865; Barbabosa 1905; Bravo Ugarte 1984; Cerda; Fernández de Córdoba 1943; Galván Rivera 1951; González Méndez y Ortiz Ibarra 1980; Ochoa S. 1978, 1981; Pérez Gil 1890; Pola 1959; Ramos Arizpe y Rueda Smithers 1984; Romero 1864; Romero Flores 1960; Rubio 1895; Sánchez Díaz 1984; Vega 1965; Zamacois 1880). Pero sin duda, la más importante fuente es la conocida *Historia de la guerra de intervención en Michoacán* del escritor liberal Eduardo Ruiz, a quien también se debe una novela romántica recreada en esa época: *Un idilio a través de la guerra*. Por cierto, Vicente Riva Palacio escribió otra novela del mismo corte: *Calvario y Tabor*. Estos tres libros contienen datos antropológicos, sociales, políticos, militares y otros, además de recrear el ambiente de esos años, como ninguna otra fuente lo hace.

FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRÁFICAS

Documentos e impresos archivados

- Archivo del Poder Judicial de Michoacán (Morelia)
Documentos e impresos sueltos del Imperio de Maximiliano (sin clasificar).
- Archivo General de la Nación (México)
"Tanganciquaro". *Ramo de historia*, vol 578-A, 1789-93.
- Biblioteca Nacional de Antropología e Historia Eusebio Dávalos H.
Actas de ayuntamientos. Estado de Michoacán, Fondos Especiales, Colección Antigua, 13 bis I-1, 1820-68, 271 fs.
- Carta de Clemente de Jesús Munguía a José María Andrade, febrero 18. *Fondos especiales*, 4a. serie, documentos varios, leg. 38, f. 6, 1854.
- Colognesi, Ernesto
"A su eminencia reverendísima el señor cardenal Antonelli, secretario de estado de su santidad", febrero 26 de 1864, Roma, Archivo Secreto Vaticano, Fondo Secretaría de Estado, año 1866, R:251, facs. 6.
- Labastida y Dávalos, Pelagio Antonio de
"Messico. Intorno alla monarchia da stabilirsi in Messico. Questioni. 1863", Roma, Archivo Secreto Vaticano.
- "Copia de la carta que con fecha 27 de enero de 1864 dirigió al excelentísimo señor mariscal Forey, en contestación a la suya del 15 de diciembre del año anterior escrita en París", Roma, Archivo Secreto Vaticano, Fondo Secretaría de Estado, año 1866, R:251, fcs. 6.
- Labastida y Dávalos, Pelagio Antonio, Clemente de Jesús Munguía y otros
"Copia de una nota dirigida por el ilustrísimo señor arzobispo y sus ilustrísimos hermanos, a su excelencia el ministro de negocios extranjeros del emperador (10 de enero de 1864)", Roma, Archivo Secreto Vaticano, Fondo Secretaría de Estado.
Representación que los Ilmos., señores arzobispos de México y Michoacán dirigen a S. M. el emperador, pidiendo la derogación

de la ley de 26 de febrero de 1865, sobre tolerancia de cultos", 29 de diciembre de 1865, Roma, Archivo Secreto Vaticano.

- Magaña, Ramón, José Guadalupe Romero y Mariano Carrión
"Ilmo. Señor, Impuesto este cabildo de la muy atenta nota oficial de U.S.Y. fechada el 9 del mes próximo pasado. . .", Morelia, Cabildo Eclesiástico de Michoacán, 25 de enero de 1866, 2 hs. ms., en Archivo Secreto Vaticano.
- Munguía, Clemente de Jesús
"Excmo. Señor, En la audiencia que me dió nuestro santísimo padre el 12 del corriente. . .", Roma, 14 de mayo de 1866, 2 hs. ms., en Archivo Secreto Vaticano.
- "Reservada. Del Ilmo. Sr. Munguía de Michoacán. 12 de junio 1866", Roma, Archivo Secreto Vaticano.
- Pinedo, Luis G.
"Por el correo ordinario último, venido de la Corte, se ha recibido la suprema circular que a continuación se inserta. Ministerio de Gobernación. Sección 3a. Circular núm. 57. Méjico, octubre 17 de 1865", Morelia, Prefectura de Michoacán, Sección de Gobernación, 1 h. impresa (en Archivo del Poder Judicial de Michoacán).
- Ugarte, José
"Por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación se me comunica la siguiente circular. Palacio de la Regencia del Imperio. Méjico agosto 1o. de 1863", Morelia, Imperio Mejicano, Prefectura Política de Michoacán, mayo 2 de 1864, 1 h. impresa (En Archivo del Poder Judicial de Michoacán).
- "Por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación se me ha dirigido la siguiente circular. Palacio imperial. Méjico abril 3 de 1864", Morelia, Imperio Mejicano, Prefectura Política de Michoacán, mayo 2 de 1864, 1h. impresa (en Archivo Poder Judicial de Michoacán).
- "Por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación se me ha dirigido la siguiente circular. Palacio del Supremo Poder Ejecutivo Provisional. Méjico, julio 2 de 1863", Morelia, Imperio Mejicano, Prefectura Política de Michoacán, mayo 2 de 1864, 1 h. impresa r. y v. (en Archivo Poder Judicial de Michoacán).
- "Por la Secretaría de Estado y del Despacho y Crédito Público, se me dice lo siguiente. Sección 5a. Circular. Palacio Imperial. Méjico, abril 8 de 1864", Morelia, Prefectura Política de Michoacán, 1 h. impresa (en Archivo Poder Judicial de Michoacán).
- "Por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación, se me dice lo siguiente. Palacio de la Regencia del Imperio. Méjico agosto 5 de 1863", Morelia, Prefectura Política de Michoacán, 1864, 1 h. impresa.
- Impresos y trabajos inéditos
- Alvarez, José Rogelio (dir.)
Enciclopedia de México, México, Enciclopedia de México, S.A., 12 tomos, 1977.
- Alvarez García, Isafas
"Clemente de Jesús Munguía". *Guía. Un semanario de ideas*, Zamora, año XVII, diciembre 22 de 1968, no. 858, p. 13.
- Anónimo
Campagne du Régiment Impératrice-Charlotte dans Michoacan. Combat de Tacambaro. (Extrait du Journal de l'Armée Belge), Bruselas.
- Arreola Cortés, Raúl (ed.)
Melchor Ocampo. Textos políticos, México, Sría. de Educación Pública, Dir. Gral. de Divulgación, 1975, 192 pp. (SEP/Setentas, 192).
- Barbosa, Manuel
Apuntes para la historia de Michoacán, Morelia, Talls. de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 1905, 305 pp.
- Bartolini, D.
Bula de su santidad, Morelia, Imprenta de Ignacio Arango, 1864, 7 pp.
- Bastian, Jean Pierre
"Metodismo y clase obrera durante el porfiriato". *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, vol. XXXIII, julio-septiembre de 1983, no. 1 (129), pp. 39-71.
- Bazant, Jan
Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875. Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal, 2a. ed., México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, XIV-364 p. (Nueva serie, 13).
- Blumberg, Arnold
"The mexican empire and the Vatican. 1863-1867". *The Ameri-*

- cas, Washington, The Academy of American Franciscan History, vol. XXVIII, julio 1977, no. 1, p. 1-19.
- Bravo Ugarte, José
Historia sucinta de Michoacán. III. Estado y departamento (1821-1962), México, Editorial Jus, 1964, 290 p. (México heróico, 36).
- Cardoso, Ciro (coord.)
México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social, México, Editorial Nueva Imagen, 1980, 526 p. (Serie Historia).
- Cerda, Ignacio
Michoacán durante la guerra de intervención extranjera.
- Conte Corti, Egon Caesar
Maximiliano y Carlota, trad. Vicente Caridad, iconografía José Ignacio Conde, Present. Alfonso Reyes, reed., México, Promociones Editoriales Mexicanas, 1983/622 p. (Los grandes libros de México).
- Fernández de Córdoba, Joaquín
Nuevos documentos para la historia de la imprenta en Morelia. Impresores e impresos morelianos del siglo XIX, México, Biblioteca Benjamín Franklin, 1943, 62 p.
- Galván Rivera, Mariano
Colección de efemérides publicadas en el calendario del más antiguo Galván desde su fundación hasta el 30 de junio de 1950, México, Antigua Librería de Murguía, 1951, 848 pp.
- González Méndez, Vicente y Héctor Ortiz Ibarra
Los Reyes, Tingüindín, Tancitaro, Tocumbo y Paribán, present. Carlos Torres Manzo, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1980, 749 p. (Monografías municipales del estado de Michoacán).
- González Navarro, Moisés
La reforma y el imperio, México, Secretaría de Educación Pública, 1971, 216 p. (SEP/Setentas, 11).
— *Anatomía del poder en México 1848-1853*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, VIII-510 p.
- Gutiérrez M., Angel
"Investigación histórica y lucha ideológica. El caso de las comunidades michoacanas". *La cuestión agraria: revolución y contrarrevolución en Michoacán (tres ensayos)*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Depto. de Investigaciones Históricas, 1984, p. 11-26. (Historia nuestra, 6).
- Heredia Correa, Roberto
"Presencia de los clásicos en forjadores del nacionalismo", 1984, 39 hs. ms.
- Ibarra de Anda, F.
Carlota. La emperatriz que gobernó, México, Ediciones Xochitl, 1945, 194 p. (Vidas mexicanas, 18).
- Kugelmann, Franziska
"Pero doy más importancia a la persona que a las cosas". *El gallo ilustrado. Semanario de El día*, México, abril 10 de 1983, no. 1085, p. 17-8.
- Labastida y Dávalos, Antonio Pelagio, Clemente de Jesús Munguía, Carlos María Colina, José María Covarrubias, Francisco Ramírez, Bernardo Gárate, Juan B. Ormachuea, Manuel Ladrón de Guevara, Francisco Suárez Pedrero, José Antonio de la Peña y Antonio Serrano
Carta pastoral que los Ilmos. Sres. Arzobispos de México y Michoacán y obispos de Puebla, Oaxaca, Caradro, Querétaro, Tlancingo, Chiapas, Veracruz, Zamora y Chilapa dirigen, a sus diocesanos con motivo de la entrada de sus magestades el emperador Maximiliano primero y la emperatriz Carlota a la capital, México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1864, 12 p.
- M. O. M.
Apuntes históricos del antiguo convento de San Diego de Morelia hoy edificio del internado anexo a la Academia de Niñas, Morelia, Imprenta de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 22 p.
- Marx, Karl
"El dieciocho brumario de Luis Bonaparte". *Obras escogidas*, introd. V. I. Lenin, Moscú, Editorial Progreso, 1969, pp. 97-185.
— *La intervención en México*, trad. Marinela Barrios, México, Partido Revolucionario Institucional, CEN, s.f., 20 pp. (Materiales de cultura y divulgación política clásica, 3).
- Méndez Plancarte, Alfonso
"Claros varones de Zamora". *Abside. Revista de cultura mexicana*, México, vol. IV, 1940, nos. 11 (noviembre), pp. 19-29 y 12 (diciembre), pp. 31-43.
- Meyer, Jean
Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910), México, Secretaría de Educación Pública, Dir. Gral. de Divulgación, 1973, 236 pp. (SEP/Setentas, 80).
- Molina, Daniel
"Presentación". *La contraguerrilla francesa en México 1864*, México, Secretaría de Educación Pública, Dir. Gral. de Publicaciones y Bibliotecas/Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 9-52 (SEP/Ochentas, 12).
- Monjarás Ruiz, Jesús
México en 1863. Testimonios germanos sobre la intervención francesa, trad., introd. e índice onomástico de . . ., México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 208 pp. (SEP/Setentas, 146).
— "Karl Marx y México: un acercamiento preliminar a sus escritos y fuentes". *Históricas. Boletín de información*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-abril de 1983, no. 11, pp. 21-40.
- Ochoa S., Alvaro
Jiquilpan, introd. Carlos Torres Manzo, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1978, 231 pp. (Monografías municipales del estado de Michoacán).
— "La protocristiada: los religioneros michoacanos". *La cultura purhé. II Coloquio de Antropología e Historia Regionales*, comp. Francisco Miranda, México, Colegio de Michoacán, Fondo para Actividades Sociales y Culturales de Michoacán, 1981, pp. 237-43.
- Pérez Gil, Francisco
"Noticias sobre los hechos de armas más notables ocurridos desde las luchas de Reforma, en cada uno de los municipios del estado". *Memoria sobre la administración pública del estado de Michoacán de Ocampo leída ante el Congreso del mismo por el secretario del despacho Lic. Francisco Pérez Gil en la sesión del 26 de septiembre de 1890*, Morelia, Talleres de la Escuela de Artes, 1980, pp. 5-50.
- Pola, Angel
José María Arteaga, mártir de la intervención francesa, Uruapan, Escuela Popular de Arte Manuel Ocaranza, 1959, 14 pp.
- Powel, T.G.
El liberalismo y el campesinado en el cenro de México (1850 a 1876), trad. Roberto Gómez Ciriza, México, Secretaría de Educación Pública, Dir. Gral. de Educación Audiovisual y Divulgación, 1974, 191 pp. (SEP/Setentas, 122).
- Quirarte, Martín
El problema religioso en México, 2a. ed., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980, 408 pp.
- Reina, Leticia
Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906, México, Siglo Veintiuno Editores, 1980, 438 pp. (América nuestra, 28).
- Riva Palacio, Vicente
Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres, introd. Ignacio M. Altamirano, ils. Constantino Escalante, Manuel C. de Villegas y Compañía Editores, 1868, 596 pp.
- Ramos Arizpe, Guillermo y Salvador Rueda Smithers
Una visión subalterna del pasado a través de la historia oral. Jiquilpan 1895-1920, Jiquilpan, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, Archivo de Historia Oral, 1984, 344 pp.
- Romero, José Guadalupe
Noticias estadísticas sobre el partido de Coalcomán y condiciones favorables del mismo para la colonización regnicola o extranjera, Morelia, Imprenta de Ignacio Arango, 1864, 24 pp. *Michoacán y Guanajuato en 1860. "Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán"*, est. prel. Agustín García Alcaraz, Morelia, Fimax Publicistas, 1972, 80-252 pp. (Estudios michoacanos, I).
- Romero Flores, Jesús
Diccionario michoacano de historia y geografía, colab. Eugenio Pérez Mejía, Morelia, Edición del Gobierno del Estado, Talleres Gráficos de la Escuela Técnica Industrial Alvaro Obregón, 1960, 530 pp.
- Rubio, Jesús
Apuntes para la historia de Michoacán. Periodo de la campaña de intervención. Cange de prisioneros en Ahuítzio. el 5 de diciembre de 1865, Zamora, Imprenta Moderna, 1895, 21 pp.
- Ruiz, Eduardo
Un idilio a través de la guerra. Novela histórica, pról. Julio Zárate, México, Librería de la Vda. de Ch. Bourcet, 1923, XIV-394 pp.
— *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*, ed. fás., pról. Eugenio Pérez Mejía, Morelia, Balsal Editores, 1975, XII-744 pp. (Documentos y testimonios, 2).
- Ruiz, Eduardo y otros

- Leyendas y cuentos michoacanos (antología)*, selec. y pról. Jesús Romero Flores, México, Ediciones Botas, 1938, 356 pp.
- Sánchez Díaz, Gerardo
El suroeste de Michoacán. Estructura económico-social 1821-1851, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Depto. de Investigaciones Históricas, 1979, 144 pp. (Historia nuestra, 2).
- "Zitácuaro en la guerra patriótica contra la intervención francesa 1864-1867", 15 hs. ms.
- Vargas Cacho, Arturo
 "El primer obispo de Zamora". *Guía*, Zamora, año XVI, marzo 31 de 1968, no. 820, p. 26.
- "Mons. José Antonio de la Peña". *Guía*, Zamora, año XVI, abril 21 de 1968, no. 823, p. 26.
- Varios
Documentos relativos a la misión política encomendada a la Asamblea General de Notables que dió por resultado la adopción del sistema monárquico en México, y la elección para emperador de S.A.I. y R. el archiduque Fernando Maximiliano de Austria.

- Discurso pronunciado en Miramar el 3 de octubre de 1863, por el presidente de la Comisión Mexicana al ofrecer la corona al príncipe electo, y contestación de S.A.I.*, México, Imprenta Literaria, 1864, 74 pp.
- Vega Villanueva, Aureliano
Histórica batalla de la toma de Tacámbaro, Tacámbaro, Fimax Publicistas, 1965, 12 pp.
- Velázquez, Primo Feliciano
La aparición de Santa María de Guadalupe, México, Imprenta Patricio Zaenz, 1931, XVI-450 pp.
- Williaman, John B.
La iglesia y el estado en Veracruz, 1840-1940, trad. Ana Elena La
- Williaman, John B.
La iglesia y el estado en Veracruz, 1840-1940, trad. Ana Elena Lara Zúñiga, México, Secretaría de Educación Pública, Dir. Gral. de Divulgación, 1976, 190 pp. (SET/Setentas, 289).
- Zamacois, Niceto de
Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, barcelona, J. F. Parres y Cía. Editores, 1880, 20 tos.



UN FANDANGO TIERRACALENTEÑO

Entre tanto se habían apeado ya todos los jinetes y comenzaron a circular entre ellos grandes vasos de refino para los hombres, de mistela para las mujeres.

El patio estaba lleno de puestos de licores. Sus dueños habían acudido desde la Huacana y hasta desde Ario, pues no sé qué telégrafo sin hilos lleva a inmensas distancias en tierra caliente, la noticia de una boda.

El arpa no cesaba de tocar, ya un jarabe alegre y bullicioso como el "Gusto federal"; ya uno de esos sonos melancólicos y voluptuosos de la costa o de la tierra caliente, como la "Indita" o la "Malagueña". En esos bailes no se acostumbra invitar a la compañera. La mujer es la que busca la ocasión, provocando, por decirlo así, a su compañero. Se coloca en un extremo de la tarima que forma el palenque y comienza a bailar sola. Al instante se presenta un hombre, no siempre un desconocido, sino antes bien, el que de antemano ha podido hacer una seña imperceptible, el que está de acuerdo desde la víspera, el escogido, en suma, por la discreta bailadora. Aquella música sencilla, pero llena de sentimiento, la sensualidad del baile, el constante agitar de los pañuelos que sirven de abanicos, el calor que, como fuego se siente circular en las venas, todo esto revela que en aquellas almas se ha llegado al colmo del placer y de la alegría.

De repente, vuelven a oírse los bordones en el arpa y un nuevo trovador entona una de esas canciones de la tierra, expresivas e intencionadas:

Hermosísima sandía,
 mi corazón te idolatra;
 yo te he de cortar la guía
 sin que lo sienta la mata;
 ¡A ver si la dicha es mía,
 o la suerte me es ingrata!

No falta algún otro cantor aficionado que responda:

En un llano muy florido
 me pusiste una emboscada:
 con el clarín de Cupido
 me tocaste retirada. . .
 ¿qué, no soy tu consentido?
 ¡vuélveme a tocar llamada!

Luego sucede que alguna de las hembras presentes contesta las alusiones y canta en el mismo tono:

Debajo de un limón verde
 corre el agua y no se enfría;
 yo le dí mi corazón
 a quien no lo merecía:
 por eso no es bueno fiarse
 de los hombres de hoy en día.

El arpa no cesa de sonar y algún enamorado doncel a quien tienen herido los desdenes de su ingrata rancherita, alza la voz y exclama:

Oyes, indita del alma:
 llorando tomé la pluma,
 con ternura te escribí,
 si algún borrón encontraste,
 no me eches la culpa a mí:
 son lágrimas que escurrieron
 acordándome de tí.



LAS SOLDADERAS

Las mujeres que siempre acompañan a los soldados en traje de campaña, hacían sus últimos preparativos: cubiertas con sus anchos sombreros de petate, con sus enaguas formadas de cien piezas de distintos géneros y colores, cargadas de todo un mobiliario, llevando en el hombro un perico y seguidas de uno o dos perros, entraban y salían a las tiendas, hablaban con los soldados, sostenían disputas y diálogos acalorados con las mujeres del pueblo, reñían a los muchachos; en fin, introducían en la plaza ese exceso de movimiento que se llama desorden.

VICENTE RIVA PALACIO 1868:167

Estas mujeres sirven a los hombres con entera abnegación; para alimentarlos saquean los víveres de las casas; se desvelan para

atenderlos en sus enfermedades; les ayudan a cargar el fusil en las marchas; durante una acción de guerra no cesan de acarrear agua para dar de beber a su hombre y a sus compañeros; son soldadas, cabas o sargentas, según la jerarquía de sus queridos y si alguna de ellas tiene un niño, todas lo cuidan, por más que a veces se aborrezcan entre sí. Cuántas ocasiones se les utiliza para que repartan el parque a la hora del combate. No temen las balas, y se las ha visto curar a su herido o sacarlo en hombros durante lo recio de la pelea. Algunas son tan listas que sirven admirablemente de espías, cualquiera que sea el peligro que puedan correr; siendo tan reservadas, que inspiran toda confianza, pues su lema es: "primero mártires que confesoras". Son suspicaces y vigilantes, y muchas sorpresas se han evitado por los avisos que dan.

EDUARDO RUIZ 1975:463-4

**EL ASALTO DE
TACAMBARO**

El parque estaba ya casi agotado, y sin embargo, todos los batallones avanzaron en un solo movimiento y treparon sobre los parapetos. . . No se escuchaba más que un solo disparo, sordo, amenazador, como el aliento jadeante de la muerte; el espacio parecía saturado de blasfemias; se oía el silbido de las balas que se esparcía por todos los ámbitos de la ciudad.

En aquel solemne instante, del techo de una casa conti-

gua se vió surgir, elevándose al cielo, una inmensa llamada desprendida de una nube de humo. Era la casa del comandante del batallón don Tiburcio Mejía, incendiada por él mismo para que se transmitiese el fuego al templo parroquial. Un grito unánime de los asaltantes y de los sitiados acogió, con entusiasmo los unos, y con terror por los otros, aquel acto de una sublime abnegación.

El ejemplo fue seguido. El valiente Jesús Villanueva, comandante de los patriotas de Quiroga, traspasó el parapeto con el fusil armado de bayone-

ta en una mano y en la otra una tea inflamada, y envuelto en la lluvia de proyectiles puso fuego a la puerta de la parroquia. Aquel jefe, Jiménez y Rivera, penetraron los primeros por entre las llamas, batiéndose palmo a palmo con los belgas: unos y otros jugaban el todo por el todo. El recinto se llenó de cadáveres empapados en la sangre que corría por el pavimento.

"Los cañones vomitaban metralla —dice el escritor belga— metralla fuera del recinto fortificado, metralla en el interior de la iglesia; el incendio

crujía sobre nuestras cabezas; estábamos rodeados de moribundos, de heridos que gemían clamando por un trago de agua que no teníamos; se escuchaban gritos de cólera, de dolor, de agonía. ¡Yo oí todo esto! Por intervalos el eco de las burlas salvajes de nuestros vencedores llegaba hasta nosotros a pesar del inmenso ruido del combate. ¡Oh, todo esto era espantoso! Hubo un momento en que creía que todos íbamos a volvernos locos de terror, de rabia impotente. . ."

EDUARDO RUIZ 1975:368-9

**LA QUEMA DE
ZITACUARO**

Las llamas envolvieron a la ciudad; el humo en densas y negras nubes ocultaba el firmamento; los árboles crujían y se desgajaban; anchas grietas se abrían en las paredes que resistían al impulso del voraz elemento; y el ruido de los derrumbamientos y el polvo

que se confundían con el humo, hacían de aquel espectáculo un cuadro digno del infierno.

Desde los peñascos de la loma de La Palma, desde las mesetas del cerro de Camébaro, desde los encinales que cubren la falda del Cacique, los pobres vecinos de Zitacuaro vieron a su ciudad como una hechicera de los tiempos de la Edad Me-

dia, agitarse entre las llamas, estremecerse, consumirse, desaparecer. . . y luego, . . un manto de ceniza como un sudario, tenderse sobre el antiguo recinto de la ciudad heroica.

La furia de los invasores no estaba saciada.

Salieron expediciones a los pueblos de los alrededores, como a una partida de caza, y todo lo incendiaron, casas,

trojes, semillas, sementeras; allí se mataba todo lo que se movía y que no podía ser arrebatado por ellos, ya fuese un hombre, o un niño, o una mujer, ya un perro, un cerdo o una gallina. Las cenizas marcaron el lugar de las habitaciones, los cadáveres el lugar de las calles.

VICENTE RIVA PALACIO
1868-319-20



Clemente de Jesús Munguía, obispo de Michoacán (litografía de Salazar)